Vega Fountain

OBJETIVO: tu felicidad



Selecta

Objetivo: Tu felicidad

Vega Fountain

Selecta

Capítulo 1. Martina

He llegado exhausta, el día de hoy ha sido duro en el trabajo y aunque tenía planes para después los he cancelado. He preferido estar pronto en casa, darme un baño relajante y esperar a Max. A veces hacemos estas cosas, preparamos la bañera con sales, velas aromáticas, un par de copas de vino o cava, música ambiental y disfrutamos de nuestro tiempo juntos. Ambos trabajamos demasiado y a menudo viajamos, por lo que en nuestro hogar hemos construido nuestro refugio. Un lugar en el que aislarnos de todo y en el que estar en conexión. He llamado a Max al móvil y no he obtenido respuesta, es muy probable que esté en una reunión o que no lo haya escuchado, así que he decidido bañarme sola. Él trabaja como decorador de una cadena internacional de tiendas de diseño y decoración. Se mueve por toda España y en ocasiones viaja al extranjero para recibir formación o para reunirse con sus superiores. Mi trabajo es absorbente también, pero nada comparado al suyo; trabajo como secretaria de dirección en una empresa de ingeniería. Mi jefa es de las pocas mujeres al mando dentro de este mundo mayoritariamente masculino. Estudiamos juntas y no hemos separado nuestros caminos en todos estos años, nada más que para

formarnos y después volcar todo el conocimiento adquirido en la compañía. Ella viaja bastante, yo un poco menos, y cuando lo hace soy yo la que soy sus ojos y sus manos aquí en España, por lo que se podría decir que tengo un trabajo de responsabilidad y eso hace que a menudo el estrés acuda a mi vida.

Me he puesto cómoda y mientras apuro la copa de vino tinto que me he servido durante el baño me deleito con la música de piano que inunda toda la casa. Vivimos en un sitio privilegiado, lo suficientemente alejado de la gran ciudad y relativamente cercano a todo. Es una zona bastante tranquila, rodeada de vegetación y bastante exclusiva. La casa la compramos al poco de conocernos Max y yo. Lo nuestro ha sido una historia de amor de película como se suele decir. Nos conocimos en Nueva York una Nochevieja hace 15 años. Él estaba allí por trabajo y yo de vacaciones con la que ahora es mi jefa. Por esas casualidades del destino coincidimos en una de las discotecas y desde entonces no nos hemos separado. Al mes estábamos viviendo juntos y a los seis nos casamos. Todo muy rápido y muy loco. La verdad es que ahora que lo pienso, tenía más probabilidades de salir mal que bien, pero aquí estamos. Max y yo nos complementamos en todo. Él siempre ha sido muy detallista, flores todas las semanas, mensajes pegados en el frigorífico, cenas sorpresas, escapadas románticas… quien se podría resistir a semejantes regalos, pero lo que más me gusta es que compartimos tiempo juntos. Nuestras vidas ya están saturadas como para no disfrutar de los momentos que disponemos. Él siempre dice que le doy paz, que veo las cosas de diferente manera, que soy más tranquila y que el tenerme a su lado le da otra perspectiva de la vida. Yo me río porque no me creo nada, pero si él lo dice, será.

Es demasiado tarde para que Max no esté en casa, tal vez se le haya complicado el día, pero siempre suele avisarme. Termino mi

copa y me pongo con la cena, así cuando llegue lo tendré todo listo. Es muy probable que vuelva cansado y se vaya directo a la cama tras comer algo.

He cenado y llamado a Max en varias ocasiones, no contesta, no lee los *Whatsapp* y en la oficina no está. Hace horas que allí no hay nadie. Estoy intranquila, miro por el ventanal del salón por si entrara en ese instante en el garaje, pero nada. Comienzo a caminar por toda la casa sin saber qué hacer, noto el estómago encogido y no me gusta nada esta sensación. Intento calmarme, hacer respiraciones profundas, inhalar, exhalar, llenarme los pulmones de aire y expulsarlo lentamente para calmar mis pulsaciones. Parece que tiene efecto en mí y me sumerjo en cierta somnolencia. Un ruido me despierta de mi duermevela, estoy en el salón tapada con una manta, la chimenea se ha apagado hace horas y la luz tenue del amanecer ya entra por las ventanas.

—¿Max? —pregunto con la boca pastosa.

—Duerme Martina —me pide y no creo lo que estoy viviendo.

Ni siquiera se ha acercado a darme un beso y eso hasta hoy nunca había ocurrido. Siempre nos hemos saludado y despedido con uno y que hoy no lo haga me resulta muy extraño. Me desperezo y voy hasta nuestro dormitorio, Max se ha desvestido y se ha metido en el baño directamente. No dudo ni un instante y hago lo mismo que él. Todavía huelo el aroma de las sales de baño y las velas perfumadas de ayer. Está de espaldas a mí, en la ducha de nuestro enorme baño. Empiezo a acariciar la ancha espalda de Max, me abrazo a él, pero con un movimiento brusco se deshace de mi gesto dejándome impactada. Nunca antes se había comportado así.

—¿Qué ocurre Max? ¿Qué tienes? —pregunto intentando no perder los papeles.

—Nada, ayer no tuve buen día, eso es todo —explica saliendo de

la ducha y dejándome allí, con el pelo pegado a mi cabeza y con la cara de no entender nada. Cierro el grifo y salgo detrás de él. Envuelvo mi cuerpo en el albornoz y lo sigo hasta el vestidor.

—¿Por qué no me explicas Max? Tal vez pueda ayudarte —le digo mientras observo cómo escoge el primer pantalón que pilla, una camisa y unos zapatos. Mi intuición o esa paz que dice que le transmito espero que sean suficientes para que me cuente lo que le tiene así. Parece una persona totalmente diferente a la que estoy acostumbrada.

—No es nada, más vale que te arregles o llegarás tarde al trabajo —zanja abandonando la habitación. Me siento imbécil e ignorada.

Hago lo que dice Max, me arreglo y salgo de casa. Tal vez a la tarde esté más tranquilo y podamos conversar de lo que ha sucedido. Es muy posible que su mal día sea un caso aislado y no vuelva a repetirse.

El día en el trabajo ha estado bien pero no he dejado de pensar en lo ocurrido con Max, es todo tan extraño que he pensado miles de problemas por los que se ha comportado así. Algo grave en el trabajo, no cumplir objetivos, bronca con los jefes, tiendas que van mal, proyectos nuevos que por ser ambiciosos provocan nervios, viajes inesperados, clientes insatisfechos…, pueden ser tantas cosas y en el peor de los casos: infidelidad. Lo sé, me ha dado un ataque de cuernos, he pensado que Max tiene a otra mujer y que no es feliz conmigo.

Capítulo 2. Max

Tengo que encontrar la solución a todo esto. Siempre he sabido gestionar personal, tiendas, proyectos… pero esto se me escapa de las manos. Lo peor de todo, y ahora me doy cuenta, es cómo he tratado a Martina, no se merece mi indiferencia y desprecio. Es el ser más maravilloso con el que podría compartir mi vida y cómo me comporté ayer no me lo perdonaré jamás. Se merece una explicación, un argumento coherente y sobre todo creíble de por qué actué de esa manera. Debí disimular, contestar a sus mensajes, cogerle el teléfono, pero de repente me vi tan frágil que no tuve fuerzas para ello. Tengo que enmendar esto de alguna manera, que pase desapercibido y que quede en una anécdota. No se lo merece.

Martina ha sido mi todo desde hace 15 años, desde la primera vez que nos vimos en Nueva York hasta ahora hemos sido inmensamente felices. Hemos tenido las cosas muy claras desde siempre, tiempo de calidad para nosotros y pequeñas parcelas para cada uno. Nada de hijos, ese fue un tema en el coincidimos casi de inmediato, no porque no nos gusten los niños; de hecho, los adoramos, pero nuestros trabajos son muy absorbentes como para poder criar una familia tal y como queremos. De momento ese tema

está aparcado y creo que tal y como se desarrolla todo no va a haber posibilidades. Nuestra familia somos ella y yo. Ya está.

En mi trabajo soy feliz, me encanta y hoy el estar aquí y ahora me da cierta tranquilidad. Tengo tiempo suficiente entre una tarea y otra para idear una excusa asequible y hacerme a la idea de que jamás se volverá a repetir mi comportamiento. Si lo hiciera tendría que dar muchas explicaciones y la bola se haría cada vez más grande, una mentira tras otra que no me apetece alimentar.

Me siento mucho mejor, he mandado flores a Martina a su trabajo y he reservado una mesa para cenar en un bonito restaurante. Además, le he comprado unos zapatos preciosos que estarán en casa justo cuando llegue del trabajo. Estos detalles siempre los he tenido con ella, así que esta vez, se los merece más que nunca.

—Buenos días amor, ¿cómo va tu día? —pregunto nada más que descuelga.

—Bien, ahora que me llamas —admite —. ¿Cómo estás?

—Mejor, gracias. Siento lo de ayer. Debí avisarte —me disculpo.

—Sí —admite ella.

—Lo siento cariño, no volverá a ocurrir —prometo.

—Vale —musita en tono quejumbroso. Está dolida y es lógico que esté así.

—Te resarciré por todo ello. Ponte guapa esta noche, a las nueve cenamos en La Trattoria de Luigi —le descubro.

—¿Allí? —pregunta sorprendida —. ¡Hay lista de espera de meses!

—¡Sí!, pero tengo mis contactos —admito sonriendo y es que sé que está sorprendida.

—Ya veo ya. ¿A qué hora me has dicho? —inquiere de nuevo.

—A las nueve —repito.

—¡Perfecto!

—Luego te veo cariño. Te quiero. —Cuelgo satisfecho. Este ha sido

un pequeño paso para nuestra reconciliación.

El resto del día pasa rapidísimo y es que antes de pasar por casa a recoger a Martina tengo muchas cosas que hacer además de mi trabajo. Recoger un traje que tenía encargado, pasar por la joyería y de vuelta a casa donde haré algo de deporte; y es que cuando compramos la casa la remodelamos entera y una de las habitaciones la habilitamos como gimnasio. Allí pasamos horas tanto Martina como yo. Nos gusta mantenernos en forma, además de ser saludable. Yo soy más de pesas y ejercicios aeróbicos, a ella le gusta más la cultura oriental, yoga, taichí y ese tipo de disciplinas; sea como fuere es algo importante en nuestras vidas.

Hoy he despachado pronto todo lo pendiente y llego a casa temprano. Tenemos una asistenta que viene todos los días para tener todo en perfecto estado, nos lo podemos permitir y así es mucho más cómodo para ambos. Pasamos poco tiempo en casa y cuando lo hacemos nos gusta disfrutarlo y no estar pendiente de la limpieza, de la compra o de hacer la comida. Corro veinte kilómetros en la cinta y después me pongo con las pesas, otras veces salgo por la zona, pero ya hace frío y no me apetece. Después de todo esto directo a la ducha y a esperar a Martina. Sé sus horarios y no debe tardar.

—Nena, estoy vistiéndome —grito desde el vestidor. He oído sus pasos.

—Voy —contesta. A los dos minutos la tengo abrazada a mí. Este gesto me demuestra que todo está bien, creo que lo necesitaba yo más que ella. Me siento un auténtico imbécil por hacerla sufrir sin que ella tenga culpa de nada.

Me giro y la miro fijamente, ella es transparente y cuando algo va mal la primera parte del cuerpo que lo refleja es su cara; sobre todo sus ojos.

—¿Cómo estás amor? —pregunto con admiración.

—Bien, ya bien —admite.

—Lo siento, ayer perdí los papeles —confieso.

—Podrías haberme dicho lo que te pasaba y entre los dos… haber encontrado la solución —comenta y sé por su mirada que su ofrecimiento es sincero.

—Lo sé, cosas del trabajo. Todo se complicó, nada salió como teníamos previsto y eso hizo que me pusiera así de irascible —explico tal y como lo tenía pensado en mi cabeza.

—¿Tan grave ha sido? —quiere saber y no la culpo. Mi reacción fue desmesurada.

—En la distancia te puedo decir que no, pero ayer todo se me vino encima —aclaro y reflexiono acerca de lo que he dicho.

—Si ya se ha solucionado mucho mejor —añade y me regala una sonrisa que hace que sea inevitable quererla. Nos abrazamos y me gustaría estar así para siempre.

—Te quiero —musito en su cuello.

—Yo también te quiero Max —contesta ella abrazándome más fuerte.

Tras unos segundos en los que no decimos nada y en los que me encuentro en una paz absoluta a pesar de que mi cabeza no para y tiene mil pensamientos no del todo buenos, estoy encantado.

Espero a que Martina se arregle mientras tomo una copa de vino, el crepitar de la leña y el ambiente cálido de nuestro hogar hacen que se me resbale una lágrima traicionera. Ella aparece, está radiante. Lleva un vestido hasta media pierna, medias oscuras y los zapatos que la he regalado. Se contonea delante de mí, se da una vuelta y ríe como una niña pequeña. Me encanta que sea así, con esa inocencia y esa mirada perversa al mismo tiempo. Porque Martina tiene esa mezcla explosiva de ingenuidad y de volcán en

erupción. De sensibilidad pura y de abrumadora pasión. Ella es muchas mujeres en una sola y esto me enamoró.

—Estás preciosa Martina —aseguro mientras dejo la copa sobre la mesa auxiliar que tengo a mi izquierda y a continuación me levanto.

—Muchas gracias, siempre has tenido muy buen gusto —me incita.

—Eso es cierto, por eso me enamoré de ti —corroboro orgulloso.

—Hablaba de los zapatos —me corrige riendo. Sus frases casi siempre tienen un doble sentido, y eso me encanta.

Martina mete su mano por debajo de mi brazo y juntos nos dirigimos al garaje. Iremos en su coche hasta el restaurante donde tengo reservada la mesa. He tenido que hacer verdaderos esfuerzos para que me atendieran, pero una reserva continuada durante más de un año ha tenido el suficiente peso para que me aceptaran. A partir de aquí, hay una mesa reservada a nombre de Martina todos los meses durante los próximos doce meses, aunque ella no lo sabe. He dejado pagado todo y me he encargado de que la avisen con la suficiente antelación para que no tenga que modificar sus planes. Es lo menos que puedo hacer.

La Trattoria de Luigi es un restaurante italiano de prestigio en la ciudad, ha dado un giro a la comida tradicional italiana sin perder su esencia. Se ha convertido en un referente y confirmo que su fama está bien merecida.

La cena con Martina es divertida, omito el episodio de ayer, aunque ella insiste en que le explique lo que me hizo estar así; pensé que no necesitaría más detalles, pero se ve que no llega a comprender del todo el porqué de mi comportamiento. De forma somera le explico un episodio pasado de una tienda que visité, de esta forma no tendré que inventarme nada más y al tenerlo tan presente en mi memoria puedo relatarlo sin problema. Parece que se

queda conforme y aunque lo ve un poco exagerado por mi parte admite mi reacción. Después de la cena insiste en ir a tomar una copa, no es lo que más me apetece, pero no voy a negociar. Lo que ella pida, se lo daré. Me he propuesto un objetivo claro en mi vida, este no es otro que su felicidad. Y si algo soy, es terco como una mula. Lo conseguiré.

Tras la copa nos vamos para casa; he de decir que estaba deseando hacerlo. No estaba a disgusto, pero me molestaba el resto de personas. Quiero disfrutar de Martina todo lo que pueda. Me desvisto y en lo que ella se desmaquilla y se cepilla los dientes me meto en la cama. Estoy impaciente porque llegue.

Aparece sonriente, yo disimulo leyendo un libro. Lo he abierto por una página cualquiera, no estoy centrado para seguir una lectura, no estando ella delante. Me acelera el pulso y es que es tremendamente sexi. Abre la cama y ve una cajita en la parte que suele ocupar ella. Sigo sin mirar, aunque sonrío.

—¿Y esto? —pregunta impaciente.

—No sé de qué me hablas —contesto indiferente.

—Esta cajita Max, no te hagas el tonto —me amonesta como una niña chica. Está de rodillas sobre la cama, me ha dado un pequeño golpe en el brazo para llamar mi atención. No puedo seguir con esta pantomima.

—Ahhh, eso. Un detalle —confirmo sonriendo —. ¡Venga, ábrelo! —la incito.

Ella acata mis órdenes y se deja envolver por la magia de los regalos inesperados. Con sumo cuidado aparta el papel dorado y abre la pequeña caja de terciopelo negro. En ella hay una cadena de oro blanco con un pequeño rubí rojo en forma de corazón.

—¡Oh Max! Es precioso —grita saltando sobre la cama. Parece el día de reyes en una casa cualquiera. Aún me asombra la capacidad

de sorpresa que tiene. Como si no me conociera, como si nunca le hubiera regalado una joya. Es increíble.

Cuando deja de saltar como una loca se aproxima a mí, se recoge el pelo y se pone en posición para que le abroche la gargantilla a su cuello. No puedo evitarlo y en cuanto está cerrado el broche le voy depositando pequeños besos en sus clavículas. Ella se estremece y se deja hacer, me facilita la maniobra y yo disfruto que así sea.

En cuanto me doy por satisfecho, hago que se gire. Ella sonríe y se coloca a horcajadas sobre mí. Nos fundimos en un beso apasionado mientras ella me acaricia la espalda. Estoy excitado, es imposible no estarlo y ella como lo sabe no hace más que moverse de forma sensual sobre mi sexo haciendo que este se ponga más duro aún. Le quito la parte superior de su pijama dejando su torso desnudo, ella hace lo mismo conmigo. Nuestras pieles se llaman haciendo que se fundan en una sola. La pasión nos va invadiendo, vamos dejando que nuestros instintos más primarios nos guíen y terminamos follando como bestias en nuestra habitación. El encuentro ha sido fogoso, intenso y a la vez lleno de ternura. Martina descansa sobre mi pecho que aún se mueve agitado. Yo me entretengo con su pelo, acariciando su cuero cabelludo mientras ella emite un sonido parecido a un ronroneo.

—Te quiero nena —murmuro.

—Lo sé amor —contesta ella sin moverse un ápice de su postura.

—Podría estar así toda la vida —confieso cerrando los ojos y dejando que mis dedos se enreden en su pelo.

—¿En serio? —pregunta —. ¿No ibas a dejarme comer? No me fastidies —pregunta divertida.

No contesto, ella se lo ha tomado como una broma, pero mis palabras van más allá. No pretendo que me entienda porque guardo un secreto que me está empezando a atenazar el pecho. Necesito

hacer las cosas bien a partir de ahora. Se lo merece.

Capítulo 3. Martina

La vida con Max es fácil, apenas discutimos y tratamos de negociar aquellas cosas que nos gustan menos para llevar una convivencia cordial. Ambos somos buenos en eso, nos conocemos demasiado y queremos que el otro esté bien sin olvidarnos de uno mismo, por supuesto.

La reacción de Max por su trabajo me pareció desmesurada, pero también entiendo que en ciertas épocas todo se desborde y no nos pille con tanta energía como para gestionar nuestros enfados. Sé que no volverá a ocurrir, conozco a Max y estará enfadado consigo mismo por hacerme pasar un mal rato. Él es un ser sin maldad. Lo sé.

Llegan las épocas navideñas y todavía no tenemos nada planeado, siempre solemos hacer una escapadita y la verdad es que este año me apetece. Lo que no sé es qué plan elegiremos. Estoy esperando a Max en casa. He preparado una cena rica y me apetece que la compartamos sentados en la alfombra mientras vemos como la chimenea arroja sombras y luces en nuestro salón. Sobra decir que la decoración de la casa fue cosa de Max, él se dedicó durante varios años a encontrar las piezas perfectas para nuestro hogar. Para

hacerlo nuestro. Muchas de ellas se han comprado en nuestros viajes y otras directamente las ha adquirido en la empresa en la que trabaja. Su estilo es funcional, sobre todo en la cocina y los baños; en el resto de las estancias prima la comodidad y la calidez. Tejidos con colores suaves, madera, detalles que le dan cierta magia a cada estancia… A mí realmente me encanta como con diferentes piezas se puede crear este tipo de ambiente. Piezas que a priori no tienen nada que ver se mezclan creando una atmósfera perfecta. Soy cocinillas, me gusta crear platos. Mezclar ingredientes, experimentar y creo que a Max le encanta lo que hago, aunque no sepa qué nombre ponerle o a qué sabe realmente.

Llega contento, me dice que se va a poner cómodo y que cenamos. Yo dispongo todo sobre la mesa de madera maciza de olivo que tenemos en el salón. Pongo unos pequeños manteles individuales y coloco los platos y bandejas. Dos copas para servir el vino y todo listo.

—¿Qué hay de cena, amor? —pregunta dándome un beso.

—De todo un poco, ya sabes —respondo.

—Experimentos —confirma riendo.

—Exacto, cenemos —le pido.

—Sí, si me sirves una copita de vino te lo agradecería —solicita tendiendo su copa.

—¡Cómo no! —respondo divertida. Vierto el vino en su copa y en la mía, brindamos y reímos. Estos momentos son perfectos.

Tras la cena Max y yo llevamos los platos sucios a la cocina. Dejamos todo más o menos ordenado y volvemos al salón. Nos volvemos a acomodar como estábamos a la vez que seguimos con el vino. Solemos bebernos una botella cada vez que organizamos este tipo de cenas o comidas. Estamos muy a gusto. Tenemos televisión, pero apenas la vemos cuando estamos juntos.

—Nena, ¿estas navidades qué te apetece hacer? —me pregunta mientras acaricia mi pelo.

—Hoy, precisamente he pensado en ello. No sé, me apetece una escapadita, pero tampoco tengo las cosas claras —afirmo pensativa.

—Me gustaría celebrar Nochebuena y Navidad en familia, y la Nochevieja, tal vez volver a Nueva York —explica pensativo.

—Ehh —dudo—. ¿A qué te refieres con "en familia"? —pregunto.

—Todos los años nos repartimos, un día donde tus padres, otro día donde los míos. He pensado que este año podríamos hacerlo aquí. Tu familia y la mía juntas —explica.

—¿Todos aquí? —inquiero sorprendida. No he podido evitarlo y me he incorporado.

—Sí, hay espacio de sobra, Martina —dice abarcando toda la estancia. Eso es cierto.

—Eso sí, pero igual es un poco caos, ¿no te parece? —comento algo confundida.

—Puede ser, pero me apetece —suelta como si tal cosa.

—Bueno, lo podemos organizar bien y puede ser perfecto —murmuro pensativa.

—Deja de planificar, que ya sé que tu cabeza bulle ahora mismo —me amonesta.

—¡Vale! —espeto, algo molesta.

—Ya verás como sale bien. Nuestras familias se quieren. No habrá problema —resume como si no hubiera ninguna desavenencia. En realidad, no lo hay, pero va a ser un lío.

—Eso es verdad. Y ¿en Nochevieja? —pregunto.

—Pensaba en ir a Nueva York, como cuando nos conocimos. ¿Qué te parece? —quiere saber con un brillo especial en los ojos.

—No lo sé, no había pensado en eso. Tal vez una escapada a los Pirineos, esquiar, una cabaña… —enumero y no sé muy bien por qué

tenía eso en mente.

—Eso lo dejaremos para Reyes, he pensado en llamar a algunos amigos y celebrar esa noche con todos ellos —afirma.

—Ya veo que lo tienes todo planeado —admito sorprendida.

—Más o menos. Quiero que estas navidades sean especiales —responde riendo.

—Todas lo son, cariño. Nos gustan estas fechas —confirmo y es que soy de las que adornan toda la casa. Cada año de una manera distinta, compro esos jerséis horribles con motivos navideños para toda la familia y hago que se los pongan los días especiales. En el árbol siempre hay regalitos para todos y aunque peco de consumista, me parecen unas fechas idóneas para demostrar amor entre las personas a las que quieres.

El resto de la noche la pasamos ideando cómo y quiénes vendrán a casa en esas fechas. Tal y como ha dicho Max, vendrá su familia y la mía. Por su parte sus padres y sus tres hermanos junto con sus parejas e hijos; en total catorce. Por la mía: mis padres, mi hermana con mi cuñado y sus dos hijas; en total seis. Nos juntaremos veintidós en casa y he de decir que la idea me gusta cada vez más.

La Nochevieja será en Nueva York y de alguna manera rememoraremos el momento en el que nos conocimos. La discoteca ya no existe, seguro, pero iremos de todos modos allí, haya lo que haya.

Para la Noche de Reyes tenemos que planear algo especial con amigos. En el Norte de España, esquiando. Será genial. Estoy deseando que lleguen esas fechas. Va a ser mágico.

Capítulo 4. Max

Quedan pocas semanas para Navidad, y este año la espero con especial ilusión. Quiero que sean mágicas e inolvidables y tengo mis motivos para ello.

Martina está entusiasmada con los preparativos y me tiene loco. Ya le he dicho que de la decoración de casa, la mesa para cenar y del resto de detalles me encargo yo. Ella está comprando un montón de jerséis y gorros para toda la familia y amigos, regalos y miles de cosas más. Lo cierto es que en estas fechas nos invade una sensación extraña que no sabría cómo definir, el caso es que nos encanta mantenernos activos preparando todo para los días especiales. Este año será más especial aún, reuniremos a la familia de Martina y a la mía. Estaremos con amigos celebrando y eso es lo que quiero, es lo que necesito. Tengo que hacer que todo esté perfecto para Martina, sobre todo, pero egoístamente también para mí.

Tengo los pasajes comprados, parte de la comida encargada, las cabañitas de los Pirineos alquiladas, y es que no quiero que falle nada. Estas van a ser las mejores navidades de nuestra vida.

Ya he empezado a decorar nuestra casa, este año he elegido

motivos rústicos para toda ella. Lazos de rafia, sacos de arpillera, manzanas rojas, hojas de acebo, velas en tonos ocres, ramitas de canela, frutos secos… Me entretiene hacerlo, es como lo que a veces hago en mi trabajo, con la diferencia de que esto es para mi hogar. El árbol me lo traen en los próximos días, ocupará un lugar privilegiado en nuestro salón y en cuanto esté listo Martina irá colocando los regalos que ya va acumulando en la habitación de la plancha. La asistenta se enfadará porque cada vez tiene menos espacio de maniobra.

Llega Martina cargada con bolsas, yo estoy subido a una escalera colocando unos detalles sobre la chimenea.

—Hola amor, ¿qué tal tu día? —pregunto.

—Bien, muy bien. ¿El tuyo?

—También bien, pero he salido antes para empezar con todo esto —confirmo.

—Ya veo ya. Voy a dejar todos estos regalos, me pongo cómoda y te ayudo —dice mientras desaparece.

Al poco tiempo veo a Martina con unas mallas, una sudadera mía y un moño. Está bellísima así, con su pelo despeinado, con la ropa tan ancha y esa sonrisa que me vuelve loco. Ella es la mujer de mi vida, nunca podría haber encontrado a otra persona mejor.

Entre los dos prácticamente terminamos toda la decoración, evidentemente la mesa hasta el día de Nochebuena no la montaré y el árbol tampoco lo tengo, pero el resto está casi terminado. Hoy cocinaré yo para Martina, ella me mira mientras preparo algo rápido. Bebe un poco de vino y yo elaboro una ensalada sencilla, está distraída mirando por los ventanales de la cocina mientras yo la observo por el rabillo del ojo. Es preciosa. Esta noche cenamos aquí, en la barra que separa la zona de cocinar de la zona de comer. Es una cocina enorme, una estancia para vivirla, para disfrutarla y lo

hacemos. Queso, embutido y algunas nueces completan el menú. Reímos y comentamos algunas cosas del día, de la decoración, de los regalos y es que estar así es magnífico. No sé si esto será la felicidad, pero se tiene que parecer bastante.

Después de la cena ni siquiera nos sentamos en el sofá, y eso que la chimenea está preciosa. Agarro a Martina de la mano y la llevo directamente al dormitorio.

—Esta noche quiero hacerte el amor —le digo mirándola fijamente a los ojos. Ella los abre mucho y sonríe, de forma instintiva toca el corazón rojo de rubí que le regalé.

—¡Uy! Ante esa proposición no puedo negarme —responde divertida.

Llevo a Martina hasta la cama. La beso, la voy desnudando poco a poco. Acaricio cada parte de su cuerpo con dulzura y es que quiero grabar en mi memoria toda su piel. Ella se deja hacer, también me acaricia y me besa con deleite. Nos tumbamos en la cama, me resbalo entre sus piernas y me dedico a comerle su sexo, está húmedo para mí y no puedo estar más orgulloso de provocar esta reacción en ella. Permanezco ahí el tiempo suficiente para que ella se corra, sus espasmos en mis dedos, su clítoris palpitante me hace sentir vivo. Algo que ahora mismo necesito y es que más que mi placer, prefiero el placer de Martina. Ella gime y respira fuerte. Nos miramos y es ella la que me atrae hacia su boca. Nos volvemos a besar de forma apasionada, se pone de rodillas y se dirige a mi erección. Me la come con fuerza, se la mete muy dentro y eso me encanta. Me mira con esa mezcla de inocencia y de lujuria que me hace perder la razón. Ambos estamos muy excitados y es que tal y como la he prometido quiero hacerle el amor, que cada gemido, cada suspiro lleve mi nombre. Me pongo sobre ella y me inserto con extremo cuidado. Mi polla se desliza en su interior de forma deliciosa

y es que al igual que en la vida cotidiana nos compenetramos a la perfección, en el sexo también. Somos perfectos. Follamos duro, pero también lento. No quiero perderme ninguna de sus expresiones, sus muecas, sus suspiros, sus ojitos cerrados, su lengua juguetona. Tanto ella como yo nos estamos haciendo el amor, y no puedo pedir más.

Esta noche se vuelve muy larga y es que parece que no tengo suficiente. Busco a Martina una y otra vez. Quiero que mi piel se funda con la suya, que su aroma me invada, la quiero tan dentro de mí que es hasta doloroso no conseguirlo de forma real. Ella me sigue el ritmo y es que parece que estamos en el mismo punto. Sin duda esta es una de las mejores noches de nuestra vida.

Capítulo 5. Martina

Por fin ha llegado la noche más esperada. Estoy nerviosa, he pasado todo el día trasteando por casa para que todo esté perfecto. Parte de la comida encargada ya está aquí, otros platos los traerá mi madre y mi suegra; en un principio me negué. pero ellas querían verse útiles y aportar su pequeño grano de arena a la celebración. No las culpo por ello. El árbol que encargó Max es espectacular, pero el toque que le dio lo ha hecho más bonito todavía. La mesa simplemente perfecta. Loza portuguesa, copas de colores y pequeños detalles en el medio para no molestar, velas por todas partes y un ambiente mágico.

Empiezan a llegar a casa unos y otros y no puedo estar más feliz. Mis padres llegan los primeros, cargados de bandejas de canapés y vino para todos. Mi hermana y Mario junto con Aída y Nuria que vienen algo enfadadas, pero en cuanto las beso y las abrazo se les pasa. Vienen conmigo a ver el árbol y todas las luces que las dejan hipnotizadas. A medida que van llegando les entrego su jersey correspondiente, de lana de colores con dibujos de Papá Noel, abetos, estrellas, regalos, renos… o cualquier motivo navideño. Son feos, lo sé. ¡Me encantan! Ya me conocen y es imposible que se

resistan, ya lo han intentado otros años y me he puesto muy bruta hasta que todos nos hemos hecho la foto de rigor con nuestros modelitos. Para mis sobrinos les he comprado el mismo modelo con un reno gigante con un pompón rojo iluminado como nariz. Estarán preciosos.

La familia de Max llega un poco más tarde. Son tres hermanos: Pablo, Dani y Jesús con sus respectivas parejas; Begoña, Mónica y Paloma. Lo de los niños es brutal, tenemos desde recién nacidos hasta casi adolescentes y verlos con la misma ropa me da una ternura increíble. Max está pletórico de verlos aquí a todos. Va repartiendo copas de cava o de vino según apetencias hasta que nos juntemos delante de la mesa. Es mucho trabajo, pero me encanta que estén todos aquí. La noche es divertidísima, los niños lo pasan genial hasta que uno a uno van quedándose dormidos o bien en sus cochecitos o sobre el sofá. Hemos habilitado algunas habitaciones para que se queden aquí pero no todos aceptan. Mis padres y los padres de Max se van los primeros, nos quedamos sus hermanos y mi hermana charlando. Es bonito compartir estos momentos para nosotros.

Pronto, por la mañana, coloco todos los regalos debajo del árbol, creo que este año me he pasado un poco, pero si no voy a ver a mis sobrinos en la noche de reyes porque estamos fuera prefiero que lo disfruten ahora. Hago chocolate para todos y espero a que se despierten mientras miro por la ventana. Si nevara serían unas fechas inolvidables. Noto a alguien tras de mí, me abraza por la espalda y deposita un beso en mi cabeza.

—Feliz Navidad, nena —susurra Max en mi oreja haciéndome estremecer.

—Feliz Navidad, cariño —contesto girándome para depositar un pequeño beso en su boca.

—¿Qué haces? Notaba frío sin ti en la cama —confiesa y me hace reír.

—He preparado chocolate para todos, para cuando se despierten, claro —confirmo orgullosa.

—Eres increíble, después de lo de ayer —responde abrazándome con más fuerza.

—No me importa, el cansancio se cura durmiendo. Tenerlos a todos aquí es increíble —afirmo queriendo quitar hierro al asunto.

—Sí que lo es. Estas van a ser las mejores Navidades de mi vida —asegura mientras se acerca a la cazuela en la que reposa el suculento chocolate.

En pocos minutos la cocina se ha visto invadida por grandes y pequeños impacientes por abrir sus regalos, no quiero hacerlos esperar así que dejamos el chocolate aparcado hasta que los abran. He tirado la casa por la ventana y no me importa. Los pequeños juegan en el salón mientras los adultos compartimos en la cocina el desayuno. Esto es magia.

A mediodía llega el resto de la familia. De nuevo una mesa llena de personas a las que agradecer y querer. La guinda del pastel ocurre a media tarde, a eso de las seis empieza a nevar y todos sin excepción salimos al jardín a tirarnos bolas de nieve. No hay demasiada pero la suficiente para pasarlo bien. No sé quiénes somos más infantiles, si los niños o nosotros. Lo único que sé es que me río, ruedo como una croqueta sobre el césped y creo que soy feliz. Es increíble como cosas tan sencillas pueden aportar tanta dicha.

Cuando todos desaparecen de nuestra casa, noto cierto alivio, pero también soledad. Las vocecitas de nuestros sobrinos, a mis padres bromeando y hablando de sus años jóvenes… no sé, de repente me ha entrado una nostalgia que hacía tiempo no sentía. Es como que nos falta algo. Me meto en la cama exhausta, pero

satisfecha por estos dos días, todo ha estado genial.

—Menudo día —comento ya metida en la cama.

—Ha sido intenso, sí —confirma Max a mi lado.

—Los pequeños son para comérselos y los mayores también —río por la ocurrencia.

—La verdad es que no me arrepiento de todo el follón que se ha montado, estoy muy contento —responde abrazándome.

—La nieve ha sido lo más. Unas navidades perfectas —sentencio cerrando los ojos.

—Te quiero, nena.

—Te quiero, Max —contesto —. Por más navidades así —concluyo. Max ya no me contesta. Ha debido de quedarse dormido.

Capítulo 6. Max

El vuelo hasta Nueva York ha ido sin contratiempos a pesar de las fechas. El aeropuerto abarrotado, la ciudad infernal pero un ambiente maravilloso. Navidad, luces, todo envuelto en ese halo dorado que hace que todo importe un poco menos por unos días. Sé que es un engaño, que la mercadotecnia y el consumismo invade todo, pero así quiero vivirlo. Rememorar la última noche del año como hace mucho tiempo atrás. Conocí a Martina, mi amor, mi compañera y confidente. La chica que iba con su amiga y que me negó una noche de lujuria porque estaba con ella. Que o me lo montaba con las dos o no había trato. En ese momento me enfadé, pero me di cuenta que era simplemente maravillosa. Sus ocurrencias y su buen humor me cautivaron. Pasé la noche más extraña que jamás habría pensado y no me arrepiento en absoluto. Fue el comienzo de una gran aventura que todavía a día de hoy continúa.

Nos instalamos en el hotel con el tiempo justo para ducharnos, cambiarnos de ropa y acudir a la cena de gala que ofrecen allí mismo. He traído conmigo un vestido espectacular para Martina, largo, negro, de lentejuelas y espalda descubierta, un solo tirante y una apertura hasta casi el pubis. Unos zapatos de tacón finísimo y

un bolso a juego. Ella se enfadó conmigo cuando me pidió opinión para el vestido del último día del año y le dije que cualquiera valía. No sabía que en mi maleta ya tenía guardado todo para esta noche mágica. Yo llevo mi esmoquin y mis zapatos de charol a juego con los suyos. La verdad es que formamos una buena pareja.

La cena es amena y divertida. Música en directo y comida bastante buena. Después de recibir el nuevo año como se acostumbra nos movemos buscando la discoteca en la que nos conocimos. Hemos dudado en qué calle estaba, pero al final hemos dado con el local que ahora se ha convertido en una lavandería abierta veinticuatro horas. Lo hemos descubierto porque todavía se lee el nombre de la discoteca y el cartel de neón, que, aunque no funciona, sigue ahí. Justo debajo hay otro que nos dice que el negocio cambió. No es que se lo hayan currado mucho, cambio de instalaciones y poco más. Lo cierto es que nos hemos llevado una decepción bastante grande, sin embargo, Martina se ha echado a reír como una loca y ha entrado sin dudarlo. Aquí estamos vestidos con nuestras mejores galas viendo como las lavadoras industriales dan vueltas mientras dos personas esperan a que su colada esté lista. Ella ha salido y ha encontrado un puesto ambulante, ha comprado dos cafés con leche y ha vuelto a entrar. Me ha entregado uno de los vasos de papel y ha brindado conmigo.

—No es champán ni la misma discoteca, pero esto hay que celebrarlo. Feliz año, cariño —dice y me abraza.

—Feliz año, nena —contesto al borde del llanto.

Martina es tan risueña que es imposible no contagiarse con su optimismo, pero a veces, pienso en todo y mi mundo se tambalea. Martina me agarra y se pone a bailar conmigo en medio de la lavandería; nuestra música es el hilo musical mezclado con las lavadoras. *All I want for Christmas is you* de Mariah Carey es nuestra

banda sonora. Dos personas afroamericanas nos miran extrañados, pero sonríen, pensarán que estamos locos y es muy probable que así sea. A mí, en estos momentos, todo me da exactamente igual. Tras nuestro baile improvisado decidimos volver al hotel, el *jet lag* hace que tengamos el horario cambiado, además me noto algo congestionado.

Llegamos al hotel y mientras Martina se desmaquilla me meto en la cama, tengo frío.

—¿Qué te pasa? —pregunta ella cuando me ve tapado hasta las orejas.

—Creo que la pelea de bolas no me sentó demasiado bien. Debo de haber pillado un constipado —mascullo con la voz tomada.

Martina se acerca a mí, posa su mano sobre mi frente y se asusta.

—¡Santo Dios Max! Estás ardiendo —comenta algo alarmada.

—No es nada nena, tomaré algo para la fiebre y mañana estaré bien —corto para que no se preocupe demasiado por mí. Esto es justo lo que no quiero. Que ella esté preocupada por mí en ese sentido. Me levanto y busco algo en mi maleta. En la reciente visita al médico me recetó un antifebril bastante potente. Me lo tomo y me acuesto.

A la mañana siguiente estoy hecho un asco, he pasado toda la noche en un duermevela bastante raro. He soñado o delirado, no lo tengo claro por lo que opté por dejar a Martina en la cama e irme a uno de los sofás de la suite a ver la televisión americana. Cuando se ha despertado he disimulado diciendo que acababa de levantarme, pero lo cierto es que llevaba horas despierto.

Martina quiere pasear, hacer más compras para la noche de reyes con nuestros amigos y aunque es lo que menos me apetece en este momento hago de tripas corazón y acepto. Ella está entusiasmada, yo bastante cansado. Solo quiero volver a casa y estar relajado unos

días.

La vuelta a España es bastante tranquila, me paso la mayor parte del vuelo dormido y es que estos días han sido intensos. Apenas dos días en la ciudad que nunca duerme para rememorar nuestra primera vez. No ha sido como hubiera esperado, sin embargo, estoy más que satisfecho. Otro recuerdo más que atesorar en nuestro currículum.

Martina me deja descansar, ella lee en su *e-book* alguna novela o algo referente a la cultura oriental que tanto le fascina. Tiene mucho conocimiento al respecto, por eso creo que tiene esa serenidad que tanto me gusta. En cuanto llegamos a casa me acuesto. No me encuentro demasiado bien, la congestión, la fiebre y el viaje me han pasado factura. Ella se queda disfrutando de un baño relajante mientras yo dormito. Oigo la música suave de fondo, el tintineo de la copa al posarla sobre la encimera del baño, cómo se remueve el agua y con esa melodía me sumo en un sueño que espero sea reparador.

Capítulo 7. Martina

Estoy pletórica, hacía años que no tenía unas fiestas tan activas y me encanta. Llevo con preparativos desde que Max me confirmó que quería hacer todos estos planes especiales.

Max lleva unos cuantos días regular, desde la noche de Navidad parece que su cuerpo no responde a tantos estímulos. Puede ser agotamiento o un catarro, lo cierto es que parece cansado todo este tiempo. Cada cuerpo reacciona de una manera y si lo que necesita es descansar, no tengo inconveniente. Nada más nos quedan unos días de celebración con nuestros amigos y a partir de ahí todo se relajará; volveremos a nuestra rutina diaria y a recobrar lo que hacemos durante el resto del año.

Está confirmada la reserva en una cabaña del Pirineo oscense, al principio iban a ser individuales, pero Max encontró una grande, la capacidad es para diez personas y es justo los que seremos. Cuatro parejas más y nosotros. Somos amigos desde hace años, hemos compartido vacaciones, comidas, eventos, bodas, nacimientos, algún que otro funeral… en definitiva momentos que te marcan. Entre estas parejas se encuentra Elisa, mi jefa. Ella irá con su pareja, Diego.

El resto son amigos de Max o míos, y a veces me sorprende cómo personas tan distintas congenian tan bien. Creo que solo nos unimos en ciertas fechas; cumpleaños o alguna celebración importante y todo es concordia. Me gusta que se haya creado este vínculo tan bonito entre todos nosotros. Ya tengo todo listo, maletas, esquíes, equipación … y por supuesto regalos. He comprado para todos, se llevarán una buena sorpresa la mañana del 6 de enero.

Estoy deseando pasar estos días deslizándome por las colinas una y otra vez, comiendo y cenando con ellos, en definitiva, compartiendo. El viaje con Max es animado, siempre hablamos de miles de cosas, de nuestros planes de futuro, aunque esta vez me ha dejado un poco asombrada al decirme que no piensa planear nada, que según se den las circunstancias. Sé que miente ya que siempre me prepara alguna sorpresilla a lo largo del año, una escapada, una cena… y a veces requiere muchísima antelación. Recuerdo un día que me esperaba a la salida del trabajo y me llevó directamente al aeropuerto. Vuelo directo a París, la Torre Eiffel para unos pocos privilegiados, en lo alto, en el exclusivísimo restaurante cenamos con unas vistas maravillosas. Evidentemente aquello no lo pudo improvisar y con muchos meses de antelación tuvo que hacer la reserva. Aquella noche fue mágica, cómo olvidarla.

Llegamos al pequeño pueblito cercano a Jaca a medio día. El sol brilla, la temperatura es fría pero agradable, deseando probar la nieve que cubre todo nuestro alrededor. Es Max el que se dedica a gestionar todo lo referente a la reserva mientras yo me deleito con el paisaje. Nuestros amigos irán llegando a lo largo del día, muchos salen de trabajar y vienen directos, otros ya están de camino; pero de momento disfrutaremos de la cabaña nosotros solos. Es espectacular, de madera, super acogedora, texturas cálidas y todo muy hogareño. De hecho, este lugar lo será por unos días. En

cuanto nos instalamos busco a Max, quiero disfrutar de este momento en solitario, antes de que la casa se vea atestada por nuestros amigos.

—Nenaaa —me amonesta en tono serio, aunque sé de sobra que está bromeando.

—¿Síiii? —utilizo el mismo tono.

—¿Estás juguetona? —pregunta.

—¿Yooo? —exagero —, jamás se me ocurriría jugar contigo —añado mientras le toco de forma descarada el paquete.

—Martina, Martina, Martina, el que juega con fuego se quema —reitera su bronca ficticia y sin mediar más palabras me coge y me pone en su hombro como si fuera un saco y me tira sobre la cama.

Yo río como una descosida, él me inmoviliza poniéndose a horcajadas sobre mí e iniciando una pelea de cosquillas que me deja sin fuerzas. Tengo muchas y aunque al principio pataleo e intento zafarme de él es imposible, me río y me abandona la poca fuerza que tengo. Max es un tipo alto y aunque yo no soy pequeña no puedo con su peso. Él es sabedor de todo esto y se aprovecha de la situación, y yo para qué negarlo, estoy encantada.

Las cosquillas dejan paso a los besos, muy tranquilos al principio y más salvajes después. Max me va desnudando, pero soy yo la que le facilito la maniobra quitándome los pantalones a la vez que él se deshace de mi sudadera. Tengo ganas de mi encuentro con él, estoy excitadísima y por lo que veo él también. Mi sexo está empapado y no ha hecho falta lubricación extra. He de reconocer que me fascina que me lo coma, pero hoy la urgencia ha sido tanta que apenas hemos tenido preliminares, un aquí te pillo aquí te follo en toda regla y menos mal que ha sido así, porque nada más terminar de ducharnos han llegado algunos amigos. Para ser exactos cuatro que venían en el mismo coche; Isaac, Rosana, Eva y Alberto. Pasamos el

resto de la tarde con ellos, paseando por el pueblo y charlando entre nosotros. Mi jefa Elisa y su pareja nos han confirmado que llegarán en breve, solo falta Telmo y Sara que aparecerán entrada la noche.

Tenemos mesa reservada para cenar todos en un restaurante cercano y es que estas reuniones se convierten en comilonas; a todos nos gusta celebrar, comer a parte de hacer deporte, pero eso será mañana. De momento descansaremos del viaje y disfrutaremos de todos estos regalos que nos da la vida.

Son las once de la noche, estamos reunidos frente a la chimenea de la cabaña mientras tomamos unas copas. No quiero beber demasiado, ya que no quiero tener resaca para mañana o no disfrutaré del esquí. Max se ausenta un momento, ha recibido una llamada y se aparta. Lo sigo con la mirada, veo que va hasta la cocina para tener privacidad. Me extraña su actitud, pero no le doy importancia. Mis amigos desvían mi atención y me centro en ellos.

A los pocos minutos vuelve Max con una cara extraña, me aproximo a él y le comento al oído.

—¿Todo bien?

—Más o menos, luego te cuento, amor —murmura—. Creo que va siendo hora de irnos a la cama si mañana queremos estar frescos —añade en un tono más alto para que todos se den por aludidos.

Yo soy la primera que se levanta y se despide, si Max ha sugerido eso será que ocurre algo.

El resto de nuestros amigos nos siguen, nos vamos despidiendo y yéndonos cada uno a nuestras habitaciones. En cuanto Max cierra la puerta lo interrogo, quiero saber qué ocurre.

—¿Qué ha pasado? Te ha cambiado la cara.

—Es Telmo, está esperando en la puerta —confirma sin desvestirse.

—¿Cómo? —pregunto alucinada —. ¿Por qué no ha llamado?

—Ha venido solo, Sara no está con él —confirma.

—¿Y eso? —inquiero otra vez.

—Voy a abrirle, quiere hablar conmigo a solas. Luego te cuento, espero que no te importe —responde cerrando la puerta tras de sí.

No me importa, pero me molesta. Me hubiera gustado saber de primera mano, pero también conozco a Telmo. Es tímido y si está esperando en la calle a que todos nos acostemos tiene que ser algo grave y embarazoso para él. Con la preocupación por saber qué es lo que ha pasado me quedo dormida, me cuesta, pero al final lo consigo.

Capítulo 8. Max

Salgo apresurado a la calle. Allí, en el aparcamiento veo a Telmo esperando. Se ha puesto a nevar y hace bastante frío. Me aproximo hasta él y lo abrazo. No hace falta que me diga que está jodido. Lo veo en su cara.

—¡Venga tío! Hace mucho frío —le invito a entrar.

—¿Duermen? —pregunta, incómodo.

—Todos están en sus habitaciones, no nos molestarán —contesto seguro de que así será.

Volvemos a la cabaña donde reina el silencio. La chimenea sigue encendida y la farola de la calle alumbra lo suficiente el interior como para no tener que dar la luz y evitar tropezarnos o alertar a alguno de nuestros amigos. Telmo se quita su anorak, lo deja en una silla y se acomoda en uno de los sofás color canela que están en el salón. Espero a que se instale y a que quiera hablar. Para romper este silencio embarazoso para él le sirvo una copa; todavía hay hielos en la cubitera así que le tiendo el combinado. Le da un sorbo largo que deja el vaso a la mitad. Creo que el líquido ha hecho que le vuelva el valor para contarme lo que sea que le pase.

—Sara me ha dejado —espeta sin preámbulos.

—¿Cómo? —pregunto. Es evidente que no están juntos, si lo estuvieran hubiera venido con él.

—Llevábamos una temporada algo complicada, pero pensé que se podría arreglar —comienza a relatar.

—Entiendo —acierto a decir. No sé muy bien qué añadir. Seguro que Martina encontraría las palabras adecuadas para darle ánimos, pero me ha pedido que estuviéramos solos y así lo he hecho.

—Nunca me ha querido, Max —confiesa con lágrimas en los ojos.

—No me lo creo Telmo, sí que te ha querido —refuto convencido de mis palabras.

—No. Estoy seguro, si lo hubiera hecho podríamos haber superado la crisis —añade y ahí no sé qué más decir —. Yo quería algo así como lo que tenéis Martina y tú, algo real —se sincera mientras mira cómo la nevada es cada vez más copiosa.

—Cada pareja es de una manera tío, nosotros también discutimos y hemos pasado malas épocas —confirmo acordándome de la discusión pasada y todo por la falta de tacto por mi parte.

—Como todos Max, pero no sé. Se nota que os queréis, que Martina solo tiene ojos para ti, que tú te desvives por ella. Que os cuidáis… yo estaba dispuesto a todo eso por Sara, pero se ve que eso no era lo más importante para ella —explica incómodo. Se remueve en el sofá sin encontrar la mejor postura.

—Y… ¿Qué era lo más importante para ella? —me atrevo a preguntar y al instante añado —, si no quieres, no contestes.

—Dinero —espeta apurando la otra mitad de la copa. No lo dudo y le sirvo otra, creo que va a ser una noche larga.

—No te creo —respondo sin entender. Sara no es de ese tipo de mujeres.

—Pues sí, ha sido así desde siempre; lo que pasa es que nos ha engañado a todos con su dulzura y su cara bonita —argumenta.

—¿Quieres decir que todo era fachada? —pregunto cada vez más confundido.

—Sí, me ha arruinado. Se ha llevado todo mi dinero y seguirá haciéndolo —confirma y no doy crédito.

Durante las siguientes horas Telmo me explica que mientras ha durado su relación, grababan sus encuentros sexuales para visionarlos después. Era algo consensuado y que les gustaba a ambos. Cuando la cosa empezó a ir peor en la empresa de Telmo, los beneficios no eran tantos y la vida holgada que tenían dejó de serlo, Sara no se adaptó a los nuevos cambios. Quería seguir con su vida de derroche, de gastar sin importar… Telmo le advirtió que ese tren de vida no podía seguir así, que tendrían que prescindir de ciertas comodidades y caprichos y que con apretarse un poco los cinturones saldrían de esa situación. Por nada del mundo Telmo quería prescindir de sus trabajadores, eran muchas familias las que dependían de él, sacrificaría sus beneficios, pero no del personal que lo acompañaba desde hacía años. Muchos de ellos habían empezado con su padre, y habían continuado con él. Sara no entendió la postura de su marido y lo ha estado extorsionando y aún continúa amenazando con sacar a la luz esos vídeos, arruinando su vida con ello si no le sigue dando los caprichos y pagando grandes cantidades de dinero. Me quedo atónito al escuchar semejante historia propia de una telenovela. Intento serenar a Telmo, pero él me dice que nada sirve, que ha intentado dialogar con ella, hacerle entender que es un delito lo que está haciendo, pero Sara no lo ve capaz de llevarla a un tribunal.

—Tiene razón Max, ha sido un farol por mi parte. Sara sabe que estoy locamente enamorado de ella y que no quiero hacerle daño —concluye derrotado.

—Una cosa es no querer hacerle daño y otra que te tome por

tonto, ¡es un delito! Por el amor de Dios Telmo. Que no te chantajee —sentencio enfadado de verdad.

—No sé qué hacer tío —admite sin fuerza.

—De momento olvidarte de este asunto y lo segundo disfrutar de estos días con nosotros, te vendrán bien.

—Por eso estoy aquí, no me apetecía, pero necesitaba salir de todo aquello. Me estaba asfixiando y aquí sé que estaré arropado con vosotros —añade un poco más animado.

—De eso puedes estar seguro. Lo que no entiendo es cómo no nos has contado nada antes, te hubiéramos apoyado en todo el proceso. Para eso están los amigos Telmo —le amonesto en tono cariñoso.

—Soy tímido, ya sabes que no me gusta airear mis cosas por ahí, aunque seamos amigos. Por eso te he pedido discreción, no me apetece contar la historia al resto —me pide.

—No te preocupes, por mí no hay problema. Podemos decir que Sara se encontró indispuesta y que te animó a que vinieras a despejarte —improviso.

—Sí, algo así —acepta sin poner ni un pero a mi excusa.

El resto de las horas las pasamos hablando y también en silencio. Respeto los tiempos de Telmo y lo único que hago es acompañarlo en su duelo, si es que se puede llamar así. Me habla de sus sentimientos por Sara, y desde aquí puedo confirmar que es auténtica devoción lo que ha sentido por esa mujer; el problema es que nunca ha sido correspondido y la herida que tiene es grande. Me gustaría que encontrara a una mujer que lo quisiera por lo que es y no por lo que tiene. En su confesión también me cuenta que nos envidia a Martina y a mí, que cuando estamos juntos lo disfrutamos un montón y que también tenemos nuestro espacio que no invadimos. Tanto él como yo hablamos de nuestra vida, de

nuestras parejas, me atrevo a decirle lo de la discusión pasada. Él lo ve desmesurado, mi reacción y mi sentimiento de culpa. He mantenido la mentira que le conté a Martina, pero si él supiera la verdad, estoy seguro de que me entendería.

La charla se dilata hasta las cuatro y media de la madrugada, a esa hora decidimos irnos a dormir. Me siento cansado y con mucho frío y mañana será un día de mucha actividad física.

Capítulo 9. Martina

A las siete suena el despertador, si queremos pasar el día esquiando hemos de madrugar. Muevo a Max para que se espabile y lo noto empapado. Toco su frente con mis labios y arde.

—Max, cielo, estás ardiendo —me alarmo. No se mueve.

Me levanto sobresaltada y voy hasta el neceser a por el termómetro. Se lo pongo a regañadientes y confirmo que tiene fiebre.

—Nena, acércame el antifebril que está en mi bolsa de aseo. Me lo tomaré y seguro que se pasa —murmura con la voz tomada.

—Últimamente tienes mucha fiebre, deberías ir al médico —sugiero preocupada. Max nunca ha estado enfermo.

—Desde el día de la nieve no he vuelto a ser el mismo. Seguro que es un catarro mal curado, además no hemos parado —afirma y es posible que tenga razón.

—Ya, descansa un rato más —le arropo y me aproximo a la puerta de la habitación.

—Nena, no creo que suba a esquiar, me duelen todos los músculos —me anuncia y aunque me fastidia, sé que ni no estuviera mal no se lo perdería por nada del mundo.

—¡Me quedo contigo! —confirmo sin pensármelo dos veces.

—Nena, no. Te encanta esquiar, aprovecha el tiempo. Yo estaré bien, además Telmo vino solo y necesita estar arropado por nosotros —me comenta en voz baja.

—Es verdad, ¿cómo está? —quiero saber —. Anoche no te pregunté, me quedé dormida esperándote.

—Está jodido. Sara lo ha dejado, pero no quiere que digamos nada. Se lo he prometido —murmura apesadumbrado.

—¡Vaya! Tenía que ser algo así para no querer entrar solo. Además, conociendo su timidez, se estará tragando toda su angustia y eso no es bueno —reflexiono más para mí, que para que Max me oiga.

—Ayer le hubiera venido bien que hubieras estado tú, siempre tienes las palabras adecuadas para cada situación —afirma y me hace sonreír.

—Luego intentaré hablar con él —me ofrezco.

Dejo a Max que descanse y me reúno con el resto. Saludamos a Telmo que es el recién llegado y nos vamos poniendo al día. Telmo nos explica que Sara estaba indispuesta y que lo invitó a que disfrutara de su quedada anual con los amigos, y que por eso está aquí. Nos hemos mirado y no ha hecho falta que dijera más. Él sabe que lo sé y él agradece con una inclinación de cabeza que no comente nada más. Le ha costado contar la excusa sin que se le quiebre la voz, pero lo ha disimulado bastante bien.

El desayuno es muy divertido. Todos somos bastante chistosos y cuando no es uno es otro el que suelta una chorrada que nos hace reír. Dejamos todo recogido y nos ponemos en marcha, si queremos aprovechar el día ha de ser así.

Vuelvo a la habitación y Max duerme, parece que la pastilla le ha bajado un poco la temperatura, pero aun así tiene calor. Ya estoy

más tranquila y poco puedo hacer si me quedo con él así que tal y como me ha pedido me iré a esquiar con el resto, de esta manera él descansará.

Estamos instalados en los coches, yo iré con Telmo. En cuanto cerramos las puertas habla.

—Gracias por no delatarme Martina —espeta sin preámbulo.

—No me las des, ha sido Max el que se ha ido de la lengua —río —pero lo hubiera notado en cuanto te hubiera visto.

—Lo sé, siempre has tenido esa capacidad —dice mirándome con cariño.

—No lo sé, lo que sé es que necesitas o bien soltar todo lo que tienes dentro, o bien olvidarte de este asunto durante estos días —afirmo rotunda.

—Bueno, lo primero sabes que me cuesta —se excusa.

—Conmigo no hay obligación, tal vez con Max estés más cómodo —le sugiero.

—Ya veré —duda.

—Poco a poco —lo animo.

En cuanto llegamos a las pistas nos activamos y es que todos tenemos muchísimas ganas de disfrutar. La nevada de la noche ha dejado las pistas espectaculares, brilla el sol y estamos dispuestos a pasarlo muy bien.

Aún no hay demasiada gente así que podemos campar a nuestras anchas, a mí me gusta el riesgo y opto por las pistas más complicadas. Conmigo viene Telmo, Diego y Elisa. Nos va la caña e intentamos exprimir al máximo las experiencias. Subidos en el telesilla vamos charlando Telmo y yo.

—Creo que sigo enamorado de Sara —confirma.

—Lógicamente, ese sentimiento no se va a ir de la noche a la mañana —afirmo.

—¿Crees que algún día dejaré de estarlo? —pregunta.

—Seguro. No es un sentimiento perpetuo y mucho menos si no se alimenta, así que sí; un día dejarás de estar enamorado de Sara —sentencio convencida de mis palabras.

—Si con todo lo que me ha hecho no dejo de estar enamorado de ella, no sé qué más necesito —apunta apesadumbrado.

—Cuando lo aceptes, dolerá menos y dejarás paso a nuevas personas, pero de momento es complicado —comento mientras llegamos a la cima de la colina. No hay tiempo para más, en pocos segundos estamos deslizándonos por la nieve.

No coincido con Telmo más que en otra ocasión, pero comentamos el estado de las pistas y la adrenalina que nos provoca la bajada, es bastante técnica y tienes que estar alerta para no caer. Creo que este ejercicio le vendrá bien para olvidarse de sus problemas personales.

A eso de las tres volvemos a la cabaña. Yo estoy algo intranquila, Max no ha dado señales de vida en toda la mañana y quiero saber cómo está. Un aroma maravilloso nos invade nada más cruzar el umbral de la puerta. Max ha cocinado para nosotros y no sé lo que será pero huele espectacular y esto solo puede indicar una cosa, que está mucho mejor.

Capítulo 10. Max

—¡Venga chicos! Una ducha y a comer, estoy famélico —les incito.

—¿Cómo estás amor? —pregunta Martina dándome un beso.

—Mucho mejor, ya lo ves. Esperando a que llegarais para comer —contesto abrazándola.

Telmo se nos ha quedado mirando y he visto por el rabillo del ojo una mueca de dolor en su cara. Pediré a mi mujer, que mientras él esté cerca nos contengamos en nuestras muestras de cariño. Sé que le duele demasiado.

Martina se va a la ducha dejándonos solos en la cocina. El resto están en sus habitaciones ya.

—¿Cómo ha ido? —pregunto a Telmo.

—¡Genial! Era justo lo que necesitaba, probarme y soltar adrenalina tío —responde algo más contento que ayer.

—Me alegro un montón, sabía que te vendría bien —añado alegre porque se haya desahogado de alguna manera.

—Martina está como una cabra, le gusta el riesgo. Se subió a las pistas negras sin pensárselo —me explica algo confuso.

—Es una experta esquiadora, además de gustarle el riesgo; a

veces pienso que demasiado —comento mientras doy un sorbo a la copa de vino que me he servido. Me gusta cocinar dando pequeños tragos.

—Es maravillosa —murmura algo vergonzoso como si su subconsciente le hubiera traicionado. O tal vez porque se da cuenta de algunas cosas que no es Sara.

—Lo sé amigo, por eso me casé con ella. Y aunque no me hubiera casado sabía que era ella la mujer de mi vida —sentencio orgulloso.

—Uff —resopla.

—¿Qué ocurre tío? —pregunto.

—Ojalá lo hubiera tenido tan claro como tú —confiesa bebiendo de su copa.

—Sé qué harías todo lo posible porque ella estuviera bien, cuidada, se sintiera querida, apoyada en todos sus proyectos… —enumero.

—¡Claro colega! De eso se trata y además de que sea recíproco, tú me entiendes porque Martina y tú sois así. El uno para el otro —sentencia y estas palabras de Telmo me han dado una idea que tendré que madurar, pero de momento voy a disfrutar de estos días.

Poco a poco la cocina se va llenando, voy sirviendo copas de vino a todos mientras los más rezagados llegan a comer. Me ha dado tiempo a preparar la comida, la mesa y todo lo necesario para alargar la tarde en casa. Se ha puesto a nevar y es prácticamente imposible volver a las pistas. Por mí sin problema, ya no tengo fiebre, pero me noto cansado. La sobremesa es larga, larguísima, de hecho, se nos ha hecho de noche en el salón de la cabaña. Ya no saldremos, pero creo que a ninguno nos importa, el alcohol está haciendo su efecto y algunos ya estamos algo tocados. Suerte que dejé algo preparado para cenar, de este modo no tendremos que liarnos más de la cuenta y podemos proseguir con la celebración. A

las doce en punto Martina se ausenta y vuelve cargada con un montón de regalos. Yo sabía que tenía algo preparado, ella es así de detallista. Se ha tomado la molestia de regalar a cada uno un detalle simbólico o acorde con su personalidad. Todos se lo agradecen y yo estoy orgulloso de que sea como es. Un amor.

Nos acostamos a las cuatro de la madrugada y en cuanto lo hacemos Martina me tiende una cajita. Intuía que aparte de lo que me ha dado delante de todos, había algo más.

Abro con sumo cuidado lo que me da y descubro un anillo de acero con piedras negras brillantes; es precioso. Lo extraigo y veo que tiene una inscripción en el interior: INDESTRUCTIBLES. Es leerlo y echarme a llorar. De todas las palabras que podría haber elegido esta es la menos apropiada en estos momentos, pero evidentemente no se lo digo. Ella saca otro anillo gemelo al mío de debajo de la almohada y me explica que en el suyo también pone lo mismo. Que jamás se lo quitará. Beso y abrazo a Martina y terminamos esta noche mágica haciendo el amor mientras afuera la nieve cubre todo. Esta es sin duda la mejor noche de Reyes de mi existencia.

Capítulo 11. Martina

Todavía estaremos un par de días en la cabaña, al ser fin de semana podremos alargar la estancia, aunque algunos de nuestros amigos han decidido irse antes ya que tienen compromisos familiares que tienen que atender.

Al final, mi jefa y Diego, Telmo y nosotros dos somos los que moramos en la cabaña que tan acertadamente alquiló Max. Hoy vamos todos a esquiar. La afluencia de público es grande, pero en las pistas negras hay menos que en las otras. Me gusta deslizarme por aquí, me siento libre y pruebo mi resistencia y capacidad de reacción ante las adversidades. Es una forma de probar mi fortaleza. Me encanta sentir esta adrenalina en el cuerpo, creo que a todos nos gusta esta sensación. A Elisa y a Diego les encanta también, y ayer Telmo me demostró que también es un poco kamikaze, Max es el más reacio a jugársela, pero hoy ha estado como un niño pequeño. Ha disfrutado un montón y ver que es feliz es contagioso.

A mediodía y después de tomar el aperitivo en la cafetería de la estación volvemos a la cabaña, nos damos una ducha y comemos en compañía. Elisa y Diego emprenden viaje a pesar de decirles que se esperen, que después de estar todo el día esquiando estarán

cansados. Declinan la oferta, no quieren alargar más su estancia ya que Elisa viaja en las próximas horas a Dubái dejándome a mí el trabajo de oficina. Tenemos un proyecto allí bastante ambicioso y quiere ir a supervisar todo. Entiendo su postura por varias razones; una porque nos jugamos mucho dinero y segunda porque son demasiadas horas de vuelo y querrá estar lo más descansada posible.

Telmo, Max y yo somos los que quedamos en la cabaña. Hemos dado un paseo por el pueblo aprovechando que no nieva, bebemos unas cervezas en una de las cantinas que encontramos y nos hemos distraído que era de lo que se trataba. A última hora de la tarde ya estamos de nuevo en casa, ropa cómoda y a esperar para cenar.

—Creo que tengo fiebre otra vez —murmura Max acurrucándose en el sofá.

Es oírlo y saltar mis alarmas, no es normal que esté así. Fiebre de forma intermitente, hay algo que no anda bien en su cuerpo, tiene que ir al médico. Vuelvo al salón con el termómetro y hago que se lo ponga.

—En cuanto volvamos a casa pides cita para el médico, que te haga un chequeo completo. Evidentemente hay algo que no va bien, no es normal que tengas estos episodios de fiebre tan seguidos —sentencio sin lugar a réplica.

—Me tomaré el antifebril y listo —añade Max para quitar importancia al asunto.

—Eso creo yo también Max, no pierdes nada porque te examinen concienzudamente —interviene Telmo.

—Que sí, que sí, no seáis pesados, es un constipado mal curado; pero iré —afirma tapándose más con la manta.

El termómetro pita y compruebo que tiene fiebre. Hago que se meta en la cama tras darse una ducha algo más fría de lo que le

gustaría. Max ha protestado de lo lindo, pero si queremos que la fiebre no vaya a más, así ha de ser.

—Nena, ya. Déjalo —me pide en la cama —. Deja de arroparme tanto, no soy un bebé —bromea.

—Deja de quejarte, como enfermo eres lo peor —río.

—Sí ¿verdad? —pregunta.

—Creo que por norma general todos los hombres sois pésimos pacientes, pero no puedo generalizar, solo decir que sí, que tú lo eres —afirmo divertida.

—Ve al salón, me sabe mal amargaros la velada a Telmo y a ti, soy lo peor —asegura cerrando los ojos.

—No dramatices hombre, cosas que pasan. Ahora voy, lo primero es lo primero.

Termino de arropar a Max y vuelvo al salón donde Telmo está entretenido mirando su móvil.

—¿Todo bien? —pregunto al ver que frunce el ceño.

—La verdad es que no, pero eso no importa —zanja —. ¿Cómo está Max? —pregunta.

—Refunfuñando, ya sabes —comento —. Todos sois iguales en cuanto a enfermedades se trata.

—¿Tú crees? —pregunta extrañado.

—Eso dicen —río como una imbécil.

—Yo jamás me quejo, me guardo mi dolor y me lo trago solo —afirma y sé que es verdad.

—A veces hay que desahogarse, sea cual sea o provenga de donde provenga el dolor; no hablo del dolor físico solamente —aconsejo. He notado cierta tristeza en sus palabras, conozco a Telmo y sé que le cuesta abrirse.

—Lo sé Martina, pero para ello tienes que tener al lado a alguien que te escuche —apunta.

—No necesariamente, a veces nos abrimos con personas que apenas nos conocen y ¿sabes por qué? —inquiero.

—¿Por qué? —pregunta él curioso. Ha cambiado de posición, su lenguaje no verbal denota atención por saber.

—Porque no nos juzgan, no saben nada más que cuatro pinceladas de nuestra vida y no se atreven a dar su opinión. Por eso —contesto, segura de que es así muchas veces.

—Es posible, pero a veces quieres que te escuche o te entienda tu compañera de vida —responde con suma tristeza.

—Eso también, pero si no le sale… —Me encojo de hombros.

—Nunca le ha salido —asegura.

—¿Tú crees? —pregunto.

—Sí, cada vez estoy más seguro. La venda se me está cayendo. Estoy analizando su comportamiento desde el principio y puedo decirte que efectivamente nunca hemos tenido esa complicidad, esa confianza, esa conexión… —enumera.

—A mí me parece que hacíais una muy buena pareja —afirmo recordando como se comportaban delante de todos.

—De cara a la galería sí, Sara es experta en eso. Da una imagen que dista mucho de la realidad, de puertas hacia dentro no tenía nada que ver con lo que mostraba al resto —asegura con tono amargo.

—Nunca lo hubiera pensado y eso que suelo tener un sexto sentido para captar a las personas —añado. Es algo que me sale de forma innata, no es premeditado.

—Es verdad, siempre lo has tenido, pero con ella no —añade.

—No es infalible. —Me encojo de hombros y sirvo dos copas de vino más.

La noche está agradable y que Telmo se vaya abriendo así me hace sentir bien, solo quiero que vaya soltando un poco de lastre,

relativice todo y tire para adelante. Su matrimonio está roto, solo queda intentar ser feliz en la medida de lo posible. Cuanto antes mejor, somos sus amigos y si podemos echarle una mano lo haremos.

Capítulo 12. Max

He dormido como un lirón, Martina se acurrucó contra mí en cuanto se metió en la cama y me dio tanta paz que volví a quedarme dormido. Hoy me noto más descansado, como si hubiera dormido días y no horas. Me doy una ducha rápida y salgo a la cocina. Me apetece preparar un buen desayuno, tengo un hambre atroz. Anoche no cené y se nota. Huevos revueltos, tiras de beicon, café, zumo natural, incluso me atrevo con las tortitas. El aroma de todo invade el salón y el resto de la cabaña, hecho que hace que los inquilinos se despierten casi de inmediato.

—¡Qué bien huele tío! —exclama Telmo acercándose a la cocina.

—Os he preparado el desayuno, para que luego digáis. ¿eh? —bromeo.

—Hace que no desayuno así ni me acuerdo —confirma —. Creo que, desde las últimas vacaciones de verano con Sara, pero ella no me acompañó, prefirió quedarse durmiendo en la habitación hasta casi las doce la mayor parte de los días —añade cabizbajo.

—¡Pues hoy es un día estupendo! —corto para que no se venga abajo. Parece que todo le recuerda a ella y lo pasa mal.

—Sí, no me voy a negar a comer todo esto —dice un poco más

animado.

—¡Venga entonces! —lo animo.

—¿No esperamos a Martina? —pregunta algo confundido.

—No te preocupes por ella, como le dé por dormir hasta el mediodía nada. Puede juntar el desayuno con el aperitivo y la comida. Todo en uno —respondo riendo por su forma de proceder.

—¡Es increíble! —añade Telmo.

—Sí, lo es. ¿Qué tal ayer con ella? —me atrevo a preguntar.

—Genial —confirma y me hace sonreír —. No sé cómo explicarlo, te da esa confianza para contarle lo que te apetezca sin presiones, acepta los silencios y el espacio. Es fácil —confirma y no puedo estar más de acuerdo.

—Exacto, ella es paz —añado.

—Sí, ojalá Sara hubiera sido así en algún momento. A veces me he sentido solo en una relación de dos —confiesa y es pensarlo y no entender cómo ha aguantado tanto.

—Eso es triste amigo, yo no lo concibo —respondo y me arrepiento al instante, no quiero echar más leña al fuego.

—No me daba cuenta, lo había normalizado. Su forma de ser era así, y me parecía bien; pero con todo lo que ha pasado y viendo que otra forma de convivencia es posible me he cerciorado de que mi modo de pensar no era el correcto.

—Tampoco te fustigues, estás enamorado de ella. No se ven los defectos.

—Estaba —asegura, aunque creo que no es del todo cierto.

—Como sea amigo, poco a poco.

El resto del desayuno lo pasamos hablando de varios temas, laborales, personales, de Martina, Sara y realmente las comparaciones son odiosas. Martina es especial para mí, y lo digo porque es mi esposa, mi amor, mi compañera de vida… pero no

quiero que lo sea de muerte. Sara para Telmo era lo mismo, con la diferencia abismal entre ellas. Porque no se parecen, ni falta que las hace. Martina es única, y solo deseo que mi amigo encuentre una mujer como la mía, que le haga olvidar lo mal que se lo hizo pasar la anterior, que comprenda lo que es el amor verdadero, compartir, quererse, enfadarse, —porque también es necesario—, reconciliarse, amarse, desearse… todas esas cosas que por lo que cuenta no ha vivido de forma plena. Me cuesta creer que Telmo haya soportado tanto, pero dada su timidez, es muy posible que lo haya admitido sin más por ese cierto temor que le da su condición retraída.

En vistas de que Martina no tiene intención de levantarse decidimos darnos una vuelta por el pueblo, los dos como amigos que somos. Poco a poco noto que Telmo se va soltando, que se atreve a confesarme sus temores y yo le escucho y le aconsejo como puedo. En algunos aspectos no puedo hacer otra cosa que acompañarlo. Nuestra charla se ve interrumpida por una llamada de Sara, no quiero ser partícipe de ello, pero Telmo pone el altavoz y me percato de su falta de empatía, de su mala educación y de la maldad de cada palabra que escupe. Porque eso no es hablar, es escupir veneno. Definitivamente Sara nos tenía engañados, y muy bien engañados. Todo lo que nos ha contado Telmo es cierto y cuanto antes se deshaga de esta mujer mucho mejor. Si puedo ayudarlo, lo haré sin dudar. Ahora más que nunca se merece a alguien mucho mejor.

Capítulo 13. Martina

¡Qué duras son las vueltas a la rutina! Estas navidades han sido espectaculares y creo que no las olvidaré en la vida, pero ahora toca activarse y seguir adelante.

Estoy sola en la oficina ya que Elisa estará en Dubái al menos una semana, por lo que cualquier problema que surja pasará por mí. Estamos en permanente contacto, pero si puedo aliviarle la carga de trabajo mucho mejor. Además, Max también está fuera, con la reactivación del nuevo año parece que todo corre prisa y no puede esperar.

Estaremos unos días sin vernos, pero sabemos que esto es así y que debemos adaptarnos a nuestros trabajos, ya aprovecharemos el tiempo cuando estemos de nuevo juntos.

Como no tengo prisa por llegar a casa me dedico a ir de rebajas, siempre cae alguna cosilla, que en la mayor parte de los casos no necesito, pero que compro. Para Max siempre tengo algún detalle, me gusta ser así. Él me cuida y yo a él. En cuanto vuelvo, me pongo cómoda y me dedico a meditar un rato; a dar gracias por todo lo que tengo, a encontrar la paz que a veces me abandona y a intentar ser feliz. Mi teléfono suena rompiendo el ambiente que había creado

en la habitación que utilizamos como gimnasio, ignoro la llamada y prosigo con mi mantra. Realmente tenía la mente en blanco y me estaba sirviendo para relajarme. Quien sea que espere.

El teléfono no deja de sonar, así que no tengo más remedio que cogerlo si no quiero que se vaya la poca paz que había encontrado.

—Hola amor, ¿cómo estás? —pregunta Max al otro lado.

—Hola, pues me has fastidiado la meditación, pero ¡bien! —bromeo.

—Lo siento nena —se disculpa —. Te echaba de menos y quería saber qué hacías.

—Pues he salido del trabajo, rebajas y ahora en casa —enumero.

—Ya veo ehhh, en cuanto desaparezco te las arreglas para no estar en casa —me amonesta riendo.

—¡Ya ves! —contesto alegre.

—Me ha llamado Telmo. —Cambia de tema de forma radical.

—¿Ha pasado algo? —pregunto algo inquieta.

—Bueno, más de lo mismo. Sara no se lo está poniendo fácil la verdad —asegura pesaroso, se ve que Telmo quería desahogarse.

—Ya, qué pena llegar a ese punto. Si ya no hay amor, pues cada uno por su lado y ya está. Sería mucho más fácil, pero nos empeñamos en ponernos zancadillas —argumento, seria.

—Ya amor, tú lo ves así. Pero la inmensa mayoría no —sentencia.

—Voy a llamar a Telmo, ¿te importa? —pregunto.

—No, claro que no. Le vendrá bien hablar contigo, ya verás cómo mejora su estado anímico —me alienta.

Me despido de Max y no lo dudo. Telmo es nuestro amigo y tenemos que apoyarle en todo lo que podamos, para eso estamos.

—Hola —saludo.

—¿Martina? —pregunta sorprendido.

—Sí, soy yo. Te llamaba por si quieres venir a casa a cenar. Max

está fuera y la verdad es que he pensado que no nos vendría mal hacernos compañía. Sinceramente, necesito hablar con alguien cara a cara —confieso riendo. En parte es verdad y por otra parte es una excusa perfecta para que se distraiga un poco. Sería raro que lo llamara sin ningún plan. Telmo es más amigo de Max que mío. Tenemos confianza, aunque ellos mucha más.

—Vale, ¿a qué hora? —pregunta.

—A eso de las nueve y media, ¿te va bien? —inquiero.

—¡Hecho! Nos vemos en un rato.

En cuanto cuelga me activo, la excusa ha sido improvisada y no pensaba en preparar nada especial, sin embargo, tendré que hacer algo rápido para que cuando venga Telmo todo esté listo. Cenaremos en el salón, sentados en el suelo. He preparado picoteo y creo que para ser una cena informal estará genial. Me doy una ducha y me pongo ropa cómoda. Telmo es puntual, a la hora prevista está tocando el timbre. Abro las puertas y a los pocos minutos está en el portal de casa.

—¡Bienvenido! —saludo dándole dos besos. No nos vemos desde la noche de reyes y lo noto más delgado, ahora lleva barba de dos días, y aunque le da un aire atractivo se nota que ha bajado peso.

—Muchas gracias Martina, eres un encanto —contesta dándome dos besos y entregándome una botella de vino.

—No tendrías que haber traído nada —comento mientras camino hacia el salón.

—¡Qué menos! Ya que vengo de gorrón —responde divertido.

Telmo y yo tomamos asiento sobre unos cojines enormes, delante de nosotros tenemos pequeños cuencos y platos donde he dispuesto todo. Canapés, nachos, guacamole, una ensalada, algunos encurtidos, embutido, patés y queso.

La cena es distendida, al principio Telmo no habla de nada

personal. Temas laborales, sus hijos y por último Sara. Es ahí cuando el asunto se torna oscuro. Se nota que lo está pasando mal y que necesita aliviar un poco el peso que lleva encima.

—No hay vuelta atrás ¿no? —pregunto.

—No Martina, la situación es insostenible. No estoy por la labor. Si me hubieras preguntado esto hace unos meses, no lo hubiera dudado. Pero ahora ya no —afirma rotundo.

—¿Qué hizo cambiar tu perspectiva? —inquiero curiosa y apostillo —: si no quieres contestar, no importa.

—No hay problema. La verdad es que no estoy dispuesto a darle más dinero. Me está arruinando —afirma.

—¿Más dinero?

—Me está extorsionando —contesta y antes de que pueda preguntar más prosigue —. Amenaza con sacar a la luz unos vídeos de carácter sexual y arruinar mi vida.

—¿Cómo? —pregunto y él asiente con la cabeza —. ¡Denuncia! — lo animo.

—Si lo hago, saldrán a la luz. ¿Sabes el daño que podría hacerle a mi familia y a mí? —pregunta desesperado.

—¡No puede hacer eso! ¡Es ilegal! —elevo la voz indignada.

—Ya, pero tiene esos vídeos y me ha dicho que los pone en todas las redes sociales y en medios de comunicación. La creo capaz — afirma serio.

—Uff —resoplo.

—Ya, Martina, tengo una situación complicada. Si mis padres no estuvieran vivos y mis hijos en una edad delicada, me daría igual.

—Te entiendo. Y ella ¿no sale? —pregunto —. También podrían perjudicarla a ella.

—Sí sale, pero no se la reconoce. En la mayor parte de ellos solo se me ve a mí de forma nítida —confirma y cada vez estoy más

enfadada.

Hablamos largo y tendido del tema. No entiendo cómo puede haber personas con tan mala idea, para mi sorpresa Telmo confiesa que esas grabaciones son antiguas. Que hace años que no mantienen relaciones sexuales porque ella no quería que la tocara y que pasaron de grabarse a prácticamente ni rozarse. Es todo tan extraño que cuesta hasta creerlo.

Nos bebemos la botella de vino por completo y creo que por eso Telmo se suelta, está más desinhibido y se atreve a contarme su vida más íntima. Yo escucho, nunca juzgo e intento darle los mejores consejos posibles, aunque a veces no sé ni qué decir. Lo que está pasando con Sara no tiene nombre.

—Eres increíble Martina —me dice en uno de los silencios que se han creado entre nosotros. Al menos yo no estoy incómoda.

—No creas, yo también tengo mis sombras —admito algo apesadumbrada.

—Entiendo que Max esté locamente enamorado de ti, no es para menos —añade mirando a la chimenea.

—Nos complementamos bien, la verdad —admito —. Yo también estoy enamorada de él.

—Lo sé, eso se nota. No hace falta que lo digáis.

—También discutimos, no hace tanto lo noté rarísimo. Nunca antes se había comportado así —confieso pensativa y es que no he vuelto a pensar en ello.

—Discutir no está mal, es necesario para que la relación funcione —confirma.

—Exacto, en el momento en el que todo da igual, la relación está rota —murmuro.

—Eso es, yo ya no discuto con Sara. Dejo que hable, hable y hable y cuando se cansa deja de hacerlo. Ya no pierdo el tiempo en algo

que está roto —afirma abatido.

—Te noto resignado, y eso no es bueno —añado.

—No sé, más bien cansado de todo esto —admite.

—Pues hay que poner solución a esta situación. Yo te ayudo —me presto.

—No sé ni por dónde empezar —resopla inquieto.

—Por el principio: divorcio, papeles y cada uno por su lado —enumero.

Tras esta frase empezamos a idear un plan para que Telmo empiece a tomar las riendas de su vida. Hasta ahora ha sido Sara la que ha dirigido sus pasos con sus amenazas y sus chantajes. Ya está bien. Telmo necesita cortar esa relación, y por duro que sea, de raíz. No se lo merece.

Capítulo 14. Max

Llevo toda esta semana hablando con Martina y el único tema de conversación es Telmo. Por un lado me molesta, pero por otro estoy muy satisfecho. Sé que mi mejor amigo está en buenas manos con ella, y que, si Martina se ha tomado como algo personal el que él salga adelante, lo hará. Es algo así como un reto personal y sé que pondrá todo de su parte para que vaya bien. Con sus consejos, su compañía y sus palabras el camino se hará más fácil.

Mi ausencia ha sido por motivos laborales, pero la alargaré unos cuantos días más para hacerme un chequeo exhaustivo en Houston. La fiebre de estos días me ha dejado agotado y aunque sé que es parte del proceso, tal y como me dijeron, necesito saber más. Cómo evoluciona todo y saber a qué me tengo que atener. No quiero decir nada a Martina, quiero que esté tranquila y no se asuste.

—Hola nena, te echo de menos —digo nada más que descuelga. Tenemos mucha diferencia horaria, pero he calculado bien para que esté en casa y podamos hablar.

—Hola Max, ¿qué tal? Yo también, la verdad —contesta con tono quejicoso.

—Ya falta menos, en cuatro días me tienes allí haciéndote el amor

como una bestia —aseguro.

—Mmmm, me encanta la propuesta. No veo el momento —responde riendo.

—Ni yo nena, ni yo. Estoy que no me aguanto —confirmo con una erección increíble.

—¿Estás cachondo? —pregunta riendo.

—Como un mandril —aseguro.

—¡Venga! Esto hay que solucionarlo —me incita.

—Ah ¿sí? ¿Cómo? —pregunto sabiendo muy bien la respuesta.

—Haremos sexo telefónico ¿te apetece? —inquiere.

—No —contesto rotundo.

—¿No? —pregunta incrédula.

—Quiero sexo en persona. Sexo duro, sucio, perverso —enumero.

—¡Toma! Y yo, pero no se puede —ríe.

—Sí, se puede. Pero no el uno con el otro —afirmo.

—Ah ¿sí? Así que con estas estamos ehh, ¿vas a buscarte a una amiga para pasar la noche? —bromea.

—Claro, mi chica está a miles de kilómetros —afirmo divertido.

—Pues muy mal. ¿Sabes que ella podría hacer lo mismo? —contesta entre bromas.

—Lo sé, pero no lo va a hacer —confirmo, rotundo.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiere saber. Siempre ha sido muy curiosa, y eso me encanta de ella.

—Porque me quiere y está enamorada de mí —sentencio.

—¡Correcto! —ríe como una niña pequeña.

Lo que estaba claro es que íbamos a tener un encuentro virtual. A veces lo hemos hecho, no es lo mejor, pero al menos nuestras ganas se ven algo mermadas. Martina es increíble, me ha llevado al orgasmo con un baile sensual. Para ello me ha colgado y me ha hecho llamarla tras 15 minutos, tiempo que ha dedicado a

cambiarse. En cuanto he abierto la pantalla del móvil la veo con un liguero, un tanga y sujetador rojos. Estaba en el cuarto que utilizamos como gimnasio, allí tenemos una barra de pole dance, ella es buena en eso. Me ha puesto a mil, llevaba los últimos zapatos que le regalé. Me ha excitado tanto que no he podido remediarlo y he eyaculado rapidísimo. Eso sí, no ha acabado ahí, ella también ha tenido su orgasmo que ha ido a la par de mi segundo. Ha sido brutal y ella es la más morbosa de los dos, le encanta jugar conmigo y a mí por supuesto que lo haga.

A la mañana siguiente estoy a primera hora en la clínica de Houston en la que tengo cita. Analítica completa, escáner y todo tipo de pruebas que van a darme una idea de cuántos y cómo serán los próximos días de mi vida. Necesito tener esta información en mi poder para proseguir con mi plan, es importante para mi futuro y el de Martina. En cuanto vuelva a casa tengo que ir al notario a dejar todo arreglado por lo que pudiera ocurrir.

Las pruebas son exigentes y termino agotado de todos los médicos a los que he visto y test a los que me he sometido, pero en pocos días tendré lo que quiero. Los resultados. Tengo cita al día siguiente para hablar con el equipo que lleva mi caso.

No hay duda ninguna tras ver todas las analíticas, la enfermedad avanza de forma rápida y poco se puede hacer. Cuidados paliativos para mitigar el dolor y la fiebre y poco más. Ya me había mentalizado de todo esto, ahora tengo que ver la forma de llevarlo lo mejor posible para que Martina no sospeche ni se preocupe más de la cuenta. Reconozco que he pasado unos días malos, la soledad y la incertidumbre me han jugado una mala pasada, pero por otro lado ha sido lo mejor. Martina se hubiera percatado de que algo andaba mal y eso es lo último que quiero. En cuanto al trabajo, todo va bien. La empresa confía en mí y aunque les he ido adelantando

algo cumpliré hasta que no pueda más. El mantenerme activo me servirá para no pensar demasiado. Asimilar todo esto no es fácil y seguro que con la ayuda de Martina hubiera sido mucho más sencillo, pero por una vez desde que estamos juntos no le voy a hacer partícipe de mis problemas. Quiero ahorrarle este trago. No se lo merece.

Capítulo 15. Martina

Estos días sin Max se me están haciendo un poco duros, sobre todo cuando llego a casa y sé que no está. Sin embargo, he ocupado mi tiempo para minimizar de la mejor manera posible su ausencia. He quedado con amigas, he hecho bastante deporte y he pasado horas y horas hablando con Telmo. Lo cierto es que creo que básicamente eso es lo que necesita, hablar y que alguien lo escuche. No hablamos siempre de su problema con Sara, hablamos de cualquier tema; actualidad, educación de sus hijos, sus padres, su trabajo… aunque la mayor parte del tiempo el tema es su tema sentimental que se ha convertido en tema judicial. Animé a Telmo para que denunciara a su ex, pero que antes debería consultar con un abogado especializado por lo que pudiera pasar. Así lo ha hecho y me lo ha comentado bastante más tranquilo que al principio. Entiendo que tiene que ser un trago amargo para él, que la persona con la que ha compartido gran parte de su vida y con la que construyó su familia, ahora de repente se haya convertido en una total desconocida y un enemigo al que parar los pies.

Telmo me ha demostrado que es un ser honesto y cabal, aspecto que ya conocía, y que el tomar esta decisión ha sido por su hartazgo

y su bienestar emocional. Ha entendido que tiene que estar bien para poder seguir adelante. La última artimaña de su ex ha sido poner en contra a sus hijos. No logro comprender cómo una madre puede llegar a ese extremo. Sería entendible si el padre fuera mala persona, si no quisiera a sus hijos, pero no es el caso. Sé que se desvive por ellos. Por suerte, los niños están más equilibrados emocionalmente que su madre y no han entrado por el aro al menos de momento, el miedo que tiene Telmo es que dadas las circunstancias puedan cambiar de opinión y pensar que no los quiere o algo parecido.

Intento que esté bien, que se distraiga y que comprenda que esto es una época mala, que como ocurre casi siempre, todo pasa. Y esto también pasará. A veces flaquea, y no me extraña ya que tiene una situación complicada.

Hoy llega Max y estoy pletórica. Llevo todo el día nerviosísima y es que me muero por abrazarlo. He organizado todo en casa. Saldré antes del trabajo para que cuando llegue me encuentre. Comida rica y espero que una tarde de mimos en el sofá, o donde sea.

Sé que su avión aterriza a las dos del mediodía, por eso hoy he reducido mi jornada. Pensé en esperar a Max en el aeropuerto, pero me pidió que no lo hiciera; que él vendría directo a casa.

La casa huele a incienso, tengo la música puesta, un sonido envolvente de música clásica que sé que le gusta. La comida está preparada y solo es cuestión de tiempo que aparezca por la puerta. Estoy impaciente, me muevo sin saber muy bien qué hacer. Me siento, me levanto, ordeno alguna cosa, me vuelvo a sentar, observo por la ventana… No sé muy bien en qué ocupar este tiempo.

A las tres aparece Max por la puerta, es oír la cerradura y levantarme como un resorte del sofá y es que creo que me he quedado algo traspuesta. La puerta se abre y espero con los brazos

abiertos a que entre. Un gran ramo de rosas rojas aparece ante mí. Son preciosas. Las aparto con delicadeza para encontrarme con mi amor, su cara denota cansancio, pero su sonrisa me confirma que está contento por estar en casa.

Nos abrazamos sin decir nada, el ramo de flores cuelga de mi mano y aprieto fuerte mi pecho junto al suyo. Respiramos a la vez.

—Te he echado de menos nena —confirma con la voz algo tomada.

—Yo también —contesto apretando mi cuerpo contra el suyo.

Nos separamos y nos miramos a los ojos. Noto alguna arruga más alrededor de ellos, pero seguro que son porque está sonriendo. Nos besamos lento para ir acelerando poco a poco. Nos movemos sin dejar de besarnos, la puerta queda abierta y las flores en el suelo. No importa nada, nos hemos vuelto a encontrar y esto hay que celebrarlo. Max dirige nuestros pasos al dormitorio. La música suena y nos envuelve al igual que el aroma del incienso. Nos tumbamos en la cama y seguimos con nuestros besos. Recorro con mis manos la espalda de Max y él la mía. Mis muslos, mis brazos, mi cuello. Es como si quisiera aprenderse el volumen y las dimensiones de este cuerpo que tanto le ha echado de menos. Nos desnudamos poco a poco y hacemos el amor sin dejar de mirarnos. A veces cierro los ojos, pero cuando los abro me encuentro con los de Max que me observa con una devoción infinita. Creo que jamás en todos estos años me ha mirado así. Nos hemos extrañado mucho y eso se nota. Nuestro encuentro ha sido lento, pero con mucho deseo, mucho cariño en cada gesto y sin apartar el morbo y la lujuria nos hemos entregado el uno al otro.

Ahora estoy acurrucada en el pecho de Max. Acaricio su torso mientras escucho su respiración que poco a poco se va tranquilizando, el piano sigue sonando y creo que no necesito nada

más para ser feliz.

—¿Estás bien? —pregunta con la voz algo cascada.

—Sí, perfectamente. ¿Tú? —quiero saber.

—Ahora sí —contesta.

No digo nada, rumio su respuesta; pero estoy en un estado catatónico que hace que mi cerebro no pueda procesar esa información por el momento.

Me despierto a eso de las cinco de la tarde. Max sigue a mi lado dormitando también. Lo observo en silencio, acaricio su cara repasando con la yema de mis dedos la comisura de sus labios, sus cejas y sus pestañas. Él se remueve al notar mis caricias y continúo con ellas. Parece que le gusta porque emite un sonido similar al ronroneo de un gato. Poco a poco abre los ojos y en cuanto se encuentra con mi cara me sonríe. Todo está bien. Yo respondo a esa sonrisa con otra. De repente, me agarra por la cintura y me aproxima a él, me besa con desesperación, pasa sus manos por mi cuerpo con ansia y hace que me encienda de deseo. No lo dudo y le sigo el juego, si quiere guerra la tendrá. Nos sumergimos en una vorágine de besos, mordiscos y caricias, para llevarnos a otro orgasmo brutal en el que hemos sido egoístas y nos hemos dedicado a disfrutar el uno del cuerpo del otro. Hemos exprimido cada segundo para encontrar nuestro propio placer y es arrollador el resultado.

Exhaustos y sobre la cama recobramos el resuello. No podemos ni hablar, estoy sudando y el cuerpo de Max también. Si antes nos habíamos entregado el uno al otro como un gesto de amor profundo lo de ahora ha sido un desahogo físico y mental y creo que necesitábamos ambas cosas. Yo tengo mis razones y supongo que a Max le pasará algo similar. El mundo se puede acabar, no me importa nada en estos momentos.

Capítulo 16. Max

—¿No piensas comer? —pregunto a Martina mientras salgo de la ducha. Ella se ha quedado en la cama.

—¿Tú? ¿Quieres más? —contesta tocándose de forma explícita.

—Me refiero a comida nena —respondo riendo.

—Hace horas que está preparada —afirma mientras se levanta de la cama, pasa por mi lado y no puedo evitar darle un azote.

Me visto y voy hasta la cocina, tengo el horario cambiado pero un hambre atroz también. Todo estaba preparado, pero no hemos probado bocado, teníamos más urgencia en encontrarnos que en ingerir cualquier otra cosa. A los pocos minutos aparece Martina con ropa cómoda y un turbante en la cabeza.

—¿Te apetece comer esto o quieres que prepare otra cosa? —pregunta mirándome.

—Esto está bien nena. No hace falta más.

Nos sentamos frente a la mesa de la cocina, es demasiado tarde para comer y muy temprano para cenar, pero ahora mismo creo que la hora importa poco. Le cuento mi estancia en Estados Unidos, aunque obvio algunos detalles. Martina hace lo mismo, habla de su trabajo, de su día a día y sobre todo de Telmo. En estos días he

hablado con él un par de veces, pero poco tiempo debido a que los horarios estaban cambiados; sin embargo, ella me ha puesto al día rápidamente. Martina es excepcional para estas cosas, es comprensiva, empática y muy cariñosa, hecho que hace que te dejes querer y aconsejar por ella. Tiene ese don, esa capacidad. A veces pienso que es un poco "bruja" o atesora esa psicología tan carente en estos días que hace que se anticipe a lo que vas a decir, o que sepa qué es lo que te pasa sin hablar. Espero que no utilice este superpoder suyo en mí. Así será mucho mejor.

Nos acostamos pronto y Martina se vuelve a poner mimosa, yo no estoy por la labor. Creo que es la primera vez que me niego a un nuevo encuentro, estoy cansado. Ella no protesta, me pide disculpas y me dice que entiende que quiera descansar. Abrazados nos quedamos dormidos casi de inmediato.

A primera hora de la mañana escucho a Martina, yo iré más tarde a trabajar; de hecho no tendría que ir, pero quiero actualizar información con mis jefes y comentarles algunas cosas y tendencias que me gustaría incorporar en breve. Me tomo mi tiempo y cuando ella abandona la casa decido llamar a Telmo.

—Buenos días, ¿cómo vas? —pregunto.

—Buenos días Max, ¿qué tal por los *States*?

—Trabajo, ya sabes —respondo queriendo omitir otro tipo de información. No es lo que me interesa en estos momentos.

—Ya, me imagino

—Va, ¿cómo estás? —reitero mientras doy un sorbo al café mirando por la ventana de la cocina. Parece que quiere llegar la primavera anticipadamente.

—Voy mejor, la verdad —admite y prosigue —. Martina me está ayudando un montón, de hecho, ya me ha llamado a primera hora y me ha dado esa energía que parece que te impulsa en un nuevo día

—comenta riendo.

—Ella es así —admito riendo también. Desconocía que mi mujer llamara a uno de mis mejores amigos a diario, pero comprendo que dadas las circunstancias y conociendo como la conozco, sé que se lo ha tomado como algo personal y no cejará en su empeño de verlo subir.

El resto de la conversación gira en torno a mi mujer. Nada que no sepa, ella es muy buena persona, sin embargo, admito que oírlo de parte de otro hombre en algunos momentos me ha hecho sentir celos y algo de desasosiego. Sé que Martina está ayudando a Telmo en un mal momento, pero no por ello puedo evitar que me escueza su atención para con él. En cuanto cuelgo a Telmo me activo y voy al trabajo. He apartado por un momento los pensamientos malos que me han surgido para centrarme en mis nuevos proyectos.

El día es entretenido, vengo cargado de ideas, con ganas de ponerles voz y que mis jefes me den el *ok*. La verdad, es que como suele pasar en estos casos, son ideas que tendrán cabida en un periodo más o menos largo; no son inmediatas y puede que no llegue a verlas materializadas, sin embargo, doy detalles de cómo me gustaría que fuera la próxima campaña, qué colores, texturas, qué espacios me gustaría decorar… ellos saben como soy y por supuesto prestan atención a todas mis inquietudes, aunque sea de manera póstuma me gustaría que esta nueva colección se llevara a cabo. Me he puesto muy serio en el nombre, les he pedido que se llame VIDA. Creo que es un canto a eso mismo, a las ganas de seguir, y dado que la mía está llegando a su fin, qué mejor manera de hacerle un homenaje. Todas estas apreciaciones están en mi cabeza, aunque creo que ellos han captado a la perfección el espíritu de la campaña. Tejidos orgánicos, mucho algodón, lino, maderas, fibras, piedras, colores neutros pero llenos de espiritualidad,

ambientes muy acogedores, simpleza de formas… En pocos minutos he llenado un bloc con diseños realizados a mano alzada, anotaciones sobre disposición de elementos, texturas preferidas… y mis jefes han alucinado al ver que tenía todo eso en la cabeza y que lo he expuesto en un pedazo de papel. En estos días he pensado mucho, acerca de todo lo que tengo, lo que he conseguido, y en definitiva todo lo que voy a dejar aquí. He llegado a la conclusión de que al final, la vida es eso, momentos vividos. Nada material, por eso creo que en los espacios que he diseñado prima eso, lugares para vivir, para compartir, para favorecer momentos agradables entre personas, mucho más que la ostentación, la decoración, el puro adorno… Pensando en todos estos años, reconozco que he vivido momentos maravillosos con Martina, no los cambiaría por nada del mundo y pienso seguir haciéndolo hasta que el cuerpo aguante sin olvidar mi único objetivo claro que no es otro que su felicidad.

Capítulo 17. Martina

Los días pasan y parece que todo toma su rumbo. Max está centrado en su trabajo, pero especialmente ansioso con la nueva campaña a la que quiere llamar VIDA. Me cuenta sus ideas, imagina espacios, lugares, incluso lo describe tan claramente que puedo percibir el efecto de la luz al entrar sobre unas cortinas de tejido liviano. Las mismas se mecen con una suave brisa del mar Mediterráneo, en una casita situada al pie de un acantilado de cualquier parte de España, Italia o Grecia. Me lo narra como si fuera un cuento y en realidad es como algo tan real que puedo vivirlo. Me lleva también a Portugal con sus pensamientos, una pequeña casa de pescadores reconvertida en un estudio de arquitectura. Sogas como tiradores, maderas con una pequeña pátina de barniz, suelo con azulejo hidráulico… podría transportarme allí con solo escuchar sus ideas. De hecho, me ha propuesto varias escapadas para buscar emplazamientos, quiere hacer fotos para sus próximos diseños y como siempre no he podido negarme. Todo dependerá de mi trabajo, pero si es un fin de semana no creo que haya inconveniente. Debo decir que ha venido enchufado de los Estados Unidos, con más vitalidad que nunca, con muchos planes por hacer

y esto, aunque a veces me abruma, me llena de ilusión.

Telmo parece que también va remontando el vuelo, creo que va viendo un poco de luz a su vida caótica. Es duro darse cuenta que todo lo que había formado durante años se ha venido abajo. No todo por su culpa, gran parte de ella la tiene su ex. Se está portando bastante mal con él y lo del chantaje me pareció una de las peores cosas. Parece que ese tema, de momento, está estancado, pero no sé por qué me da que volverá a la carga en cuanto menos se lo espere. Solo deseo que esta vez él esté más fuerte y pueda tomarse las cosas de otra manera, con más templanza y que las consecuencias no le dejen hundido como en este último ataque.

Intento hablar con él a diario, sé que necesita alguien que escuche sus mierdas, que sienta compasión por él y que, de alguna manera, le acompañe en este camino. Es cierto que es él y solo él el que lo tiene que recorrer, pero no es lo mismo sentirse arropado que solo y desamparado. Respeto sus silencios, sus espacios, y no presiono más de la cuenta si no quiere hablar. Hasta donde él decida, hasta donde él quiera. Creo que eso también es importante. A veces le doy caña, quiero que reaccione, que no se deje enterrar por las circunstancias, haciéndole ver que hay más vida que ella, que, aunque todo esté mal ahora siempre hay motivos para sonreír. Le digo que ahora es un ateo del amor, pero que pronto recobrará esa fe, evidentemente no quiere ni escuchar eso y me hace gracia, pero sé que tarde o temprano encontrará a una mujer maravillosa que querrá estar con él por encima de todo. Aún no es el momento, pero todo llegará. No está preparado y en lo que menos piensa es en rehacer su vida. Que irrumpiera alguien como un elefante en una cacharrería creo que solo lo desestabilizaría más y no tomaría las decisiones correctas, sin embargo, si ocurre yo estaré ahí para apoyarlo, aunque meta la pata hasta el fondo.

Max me llama al trabajo, me dice que prepare una maleta con lo básico que salimos para Portugal en pocas horas. Es viernes y solo trabajo hasta el mediodía, pero es tan precipitado que hace que mis planes se trastoquen. Hago lo que dice y a eso de las 4 estamos de camino a Portugal. Va enchufado, me cuenta que sus jefes están ilusionadísimos con la nueva campaña, que no quiere que se enfríen todas sus ideas pero que tampoco puede descuidar lo que está vigente ahora. Él dice que podrá con todo, lo actual y lo que venga. Tiene tanta energía que da gusto escucharle. Vamos en busca de localizaciones para lo que tiene en mente. Sabe muy bien lo que busca y creo que lo encontraremos sin problema. A última hora de la tarde llegamos a orillas del Atlántico. La luz es espectacular y mientras Max inmortaliza la puesta de sol yo lo observo sentada sobre la arena de la playa. Disimulando le hago una foto a él junto con la puesta de sol, es un bonito recuerdo que guardaré. Estamos en Ferragudo, un pueblo del Algarve portugués, su casco antiguo conserva el trazado original de callejuelas estrechas y desordenadas. Casas encaladas con molduras de colores vivos, suelos empedrados que recorremos dados de la mano como dos turistas más. Sin duda, la atmósfera es mágica. Ya es hora de la cena y es notorio que estamos en un pueblo costero, el olor a pescado a la brasa invita a sentarse en algunas de las tascas donde lo sirven. Un par de cervezas y un plato de pescado cocinado a la forma tradicional nos sirven como cena. Nos acercamos después cerca de la Praia de Rocha, donde hay bares y pubs con bastante movimiento de gente. Noto a Max algo distraído o incómodo, como si no quisiera estar aquí; algo que me parece raro cuando ha sido él el que ha sugerido este viaje.

—¿Te pasa algo? —pregunto mientras miro al frente.

—Estoy cansado Martina, creo que no ha sido buena idea venir

hasta aquí.

Sin dudarlo, me levanto de la mesa, aunque acaban de llegar nuestras consumiciones, pero él en un gesto cariñoso hace que me vuelva a sentar de nuevo.

—Si no estás bien, no vamos a hotel —sentencio seria.

—No Martina, tú estás a gusto aquí —afirma mirándome serio.

—Sí, estoy bien. Pero si tú estás a disgusto, es fácil. Nos vamos —concluyo decidida a irme.

—Ni para ti ni para mí, acabamos la bebida y nos vamos a descansar —sentencia. Sonrío y accedo de buen grado.

De camino al hotel Max no habla tanto como durante el camino de llegada, es como si todas sus energías se hubieran ido y efectivamente solo necesite descansar. No insisto en preguntar, sé que si quiere contarme algo, lo hará. Llegamos a un pequeño hotel escondido de lo más comercial, nos instalamos y en cuanto llego a la cama Max duerme. Me hubiera gustado una noche de amor, pero no voy a despertarlo. El día de hoy y toda la semana han estado bastante cargadas de trabajo y es necesario descansar.

Capítulo 18. Max

Portugal: sus colores, su luz, su gente, sus contrastes me encantan. Este lugar es mágico y me está dando tanta energía que parezco invencible, aunque sé muy bien que no lo soy. Mi enfermedad está en fase terminal, no me han dado fechas concretas, pero queda poco así que el tiempo corre en mi contra para que todo lo que tengo pensado suceda. Martina lo hace todo facilísimo y muchas veces me sorprende mirándola con auténtica devoción y me pregunta por qué la miro así, de esa manera; simplemente me encojo de hombros y sonrío. La culpa que me pesa sobre los hombros de no ser honesto al cien por cien con ella sigue aquí, y no puedo evitar que me sienta mal, pero ella no se merece esto. Quiero su felicidad a toda costa, que sea feliz para cuando yo no esté, que esté arropada, que se sienta querida… y me encargaré de que así sea. Ya tengo casi todo zanjado en cuanto a aspectos legales, testamento vital incluido. No quiero ser un vegetal durante años y que ella se entierre en vida por cuidarme. Es algo que lo tengo claro.

Estoy haciendo las cosas a mi manera, ¿Qué no son las correctas? Posiblemente. Muchas personas lo podrían cuestionar por no hacerle

partícipe de lo que me ocurre, también es factible; sin embargo, y aunque parezca un capricho por mi parte, está todo pensado y bien pensado. No es una decisión que haya tomado de manera frívola. Nada de eso.

Nuestros días aquí son maravillosos, han sido pocos, pero intensos. Ferragudo tiene esos rincones tan mágicos que no me cansaría de venir aquí nunca, de hecho tengo previstas unas cuantas visitas más para terminar mi proyecto. Esto nada más ha sido la toma de contacto, pero quiero volver. La idea es que venga Martina, pero no sé si por trabajo será factible. En cualquier caso y sea como sea, si viene aprovecharé para traer amigos aquí incluyendo a Telmo si es posible. A él también le vendrá bien un cambio de aires y si no puede venir mi mujer conmigo la invitaré a que haga su vida, se divierta y se distraiga de igual modo. Siempre hay posibilidades y creo que todas pueden ser favorables para mis planes.

—Menudo finde, ha estado genial ¿verdad? —comenta Martina nada más llegar a casa.

—Sí, la verdad es que ha estado muy bien. Encontré el lugar indicado para lo que quería y la compañía no ha podido ser mejor —respondo cogiendo a Martina por la cintura y encerrándome entre su cuello y pelo.

—¡Anda! Qué adulador eres —responde dándome un azote en el culo.

—¡Me encanta! —rebato

—El azote, ¿no? —inquiere melosa.

—¡Eso también!

Nuestra conversación se corta cuando bajamos las maletas del coche y nos ponemos cada uno a gestionar la ropa sucia, ponernos cómodos, un poco de cena…. La casa está fría y es que todo el fin de semana fuera ha hecho que baje la temperatura. Me encuentro

cansado así que con el pretexto del viaje ceno de forma ligera y me acuesto temprano.

Capítulo 19. Martina

La semana ha empezado fuertecita, mil cosas pendientes o urgentísimas me han hecho trabajar más horas de las que debería: concesiones, fechas límites de entrega, presupuestos, nuevos proyectos, reuniones, llamadas y es que con Elisa fuera de España todo recae en mí. Es parte de mi trabajo, lo tengo asumido, pero a veces vendría bien que se aligerara un poco la carga. He hablado en estos días con Max lo justo y es que volvía a casa y él ya estaba dormido; a veces en el sofá esperándome otras en la cama, y me iba antes que él por la mañana. Estoy deseando que me cuente sus progresos con su nueva colección, que me contagie de su energía y alegría de sus creaciones y es que cada temporada ocurre lo mismo; es un renacer, cuando le llega la inspiración te transporta a otros lugares a los que quieres ir sí o sí. Tiene esa capacidad de transmitir, además de estilo, formas de vida, aventuras, se deleita contándome todo lo que le ha servido de inspiración y yo me dejo llevar. Soy consciente de que igual que me ocurre a mí les ocurre a todas aquellas personas que deciden comprar alguna de sus piezas o decorar sus espacios con sus ideas. Es maravilloso.

Max me ha llamado a mediodía para decirme que tenía una

reunión de trabajo que se alargaría bastante y que no llegaría a casa hasta bien entrada la noche. Es lo de siempre, mucho trabajo, pero después con los ánimos más cansados y todo rodando se permiten un poco de relax, cena, algunas copas y a celebrar que todo va encarrilado. La verdad es que me apetecía estar con él, pero dado que tendré la casa para mí sola, tal vez me dedique unas horas; me lo merezco. Además, estoy cansada, me vendrá bien. He salido sobre las seis y media del trabajo, he pasado por el súper y ya montada de nuevo en mi coche recibo una llamada de Telmo.

—¡Hola! —contesto entusiasmada.

—Hola Martina, ¿tienes tiempo? —me corta de sopetón con voz grave.

—Sí, sí, claro —me apresuro a contestar.

—Me gustaría quedar contigo, verte si es posible —prosigue algo apurado.

—Pues, voy de camino a casa; llegaré en media hora aproximadamente. Vente si quieres —le invito deseando que diga que sí. No me apetece ir a ningún otro sitio que no sea mi casa. Lo necesito.

—Ehh —titubea —. No era mi primera opción, pero…

—Llevo una semana bastante complicada y no me apetece demasiado socializar —intento convencerlo.

—De acuerdo, llegaré en una hora más o menos —acepta y cuelga.

Mientras llego voy cavilando, y no hay que ser demasiado listo para saber que algo ha sucedido entre Telmo y su mujer o ex mujer. Tengo claro que si quiere hablar conmigo es porque es grave. Me ha dado una hora de margen, en lo que llego, descargo la compra y me doy un baño relajante. Llevo horas pensando en ello, sí es cierto que llevaba otro plan en mi cabeza, pero no importa. Me bañaré y

hablaré con Telmo. Creo que lo necesita.

Agua más caliente de lo que puedo soportar, sales de baño, mascarilla en el pelo, velas aromáticas por todo el baño y música suave de saxofón me llevan a otra dimensión. Me he servido una copa de vino que deleito a pequeños sorbos mientras me dejo mecer por las burbujas del jacuzzi. Si el cielo existe tiene que ser muy parecido a esto. Necesitaba este tiempo para mí, esta desconexión y aunque sé que si no tuviera la visita de Telmo prevista lo alargaría debo salirme. Mis cuarenta minutos de remojo me han reiniciado el cuerpo. Todavía con una toalla en el pelo llaman a la puerta. Debe de ser él.

Capítulo 20. Telmo

Reconozco que estoy de los nervios, la última de Sara no tiene nombre. Necesito desahogarme con alguien y no he dudado en llamar a Martina, ¿por qué? No lo sé, ella me da paz, siempre encuentra la palabra adecuada en el momento oportuno, ella sabe aplacar mi ira, calmar mi desasosiego. No me considero un hombre iracundo ni que pierda los papeles así como así pero últimamente alcanzo niveles de enfado, frustración y desesperación muy a menudo. Parece que Sara sabe que tecla tocar, dónde dar y lo que más me duele para sacar lo peor de mí. O mi capacidad de contención ha desaparecido o estoy tan harto de esta situación y tan cansado que me supera todo rapidísimamente.

Aparco el coche en la casa de Martina y Max, es increíble. A parte del buen gusto es como encontrar un remanso de paz en la vorágine de la ciudad y si esa era su intención lo han conseguido con creces. Me he permitido comprar una botella de vino, no sé, creo que lo voy a utilizar a modo de escudo; estoy tan vulnerable que llevar algo conmigo me hace más valiente, menos pusilánime. Sé que mi estado de ánimo está por los suelos y esto solo será una manera de defender mi fragilidad, vete a saber, el caso es que cojo la botella y

llamo a la puerta. ¿Cómo puedo pensar que un simple envase de vidrio con un líquido dentro puede darme valor? De verdad que empiezo a pensar que estoy loco.

Aparece Martina con una toalla en el pelo y ropa cómoda, como siempre me recibe con una sonrisa en la cara. Si es que es imposible no quererla, me ha dicho que estaba muy cansada, pero haciendo honor a la verdad, yo la veo estupenda.

—¡Hola Telmo! ¿Cómo estás? —Me recibe dándome un pequeño abrazo y un beso en la mejilla. Casi lloro con el gesto.

—La verdad es que estoy jodido —suelto y no sé ni cómo ni por qué lo he expresado así. No suelo ser tan claro de primeras —, por cierto, he traído vino —añado queriendo rebajar mi tono catastrofista del inicio.

—De acuerdo, vamos por partes —contesta ella cogiendo el vino —. ¡Vaya! Vendimia seleccionada, muy buena añada, 98 % Tempranillo y 2 % Cabernet Sauvignon, muy buena elección ¡Sí señor! —comenta entusiasmada. Su forma de decirlo ya me ha hecho tranquilizarme.

Tomo asiento en su salón, ella pone dos copas de cristal sobre la mesa central, la chimenea está encendida y se pasea por la estancia buscando el sacacorchos. La miro sin pensar en nada, solamente en esta mujer que se comporta de forma tan natural que da paz.

—¡Salud! —Brindamos y el primer trago, aunque me cuesta, ha calentado mi garganta. Ella cierra los ojos y se deleita con lo que está saboreando —. Está riquísimo.

—Gracias, no sabía si te gustaría. Me dejé asesorar por el dependiente, estaba algo confuso con la elección —reconozco.

—Con esta bodega acertarás siempre, es una apuesta segura — sonríe guiñándome un ojo.

—Gracias por el consejo, la verdad es que últimamente dudo con

todas mis decisiones —comento en tono abatido.

—A ver, cuéntame —me insta. Suspiro, bebo otro sorbo de vino y esta vez sí me parece menos astringente, más suave y me infunde el valor que necesito para confesarme.

Durante las siguientes dos horas me explayo con Martina, le explico que mi ex hace todo lo posible y más para joderme la vida, que está malmetiendo a los niños contra mí y ellos no quieren verme. Esta es una de las cosas más dolorosas que he sufrido nunca. Sus chantajes no cesan, no deja de pedirme dinero, no se cansa, siempre quiere más y más, nunca se sacia, es una máquina de destrucción. Me está arruinando la vida y no hablo solo en lo económico. No me reconozco, no duermo por las noches, me cuesta llevar una conversación, tomar decisiones. Estoy realmente triste y no veo que esto vaya a mejorar. No veo la salida.

Capítulo 21. Martina

Sabía que Telmo estaba mal, pero no lo había visto tan triste nunca. Noto tanto dolor en su mirada, sus palabras son derrotistas, está perdido y no sabe muy bien por donde tirar. Yo no soy nadie ni voy a decirle lo que tiene que hacer, ya es un ser adulto y responsable como para tomar sus propias decisiones y debe ser él el que siga su camino. Lo puedo acompañar, arropar y dar los consejos que creo que le vendrán bien, pero jamás le diría que hiciera tal o cual cosa. Nunca y mucho menos juzgar sus actos. Cada uno sabe sus motivos y razones para actuar de la forma que lo hace. Durante nuestra charla se ha puesto a llorar en varias ocasiones, se ha sentido impotente ante los acontecimientos que le ha tocado vivir, sobre todo por el tema de sus hijos y no puedo más que entenderlo y sentir lástima de él. No se lo merece. Es un hombre honesto, leal, trabajador, amigo de sus amigos. La vida que le está dando su mujer no es la que debería tener. Se merece a una persona bonita en su vida, que lo quiera, que le apoye y que sea su amiga, su amante, su confidente… en definitiva lo que viene a ser una pareja.

Llevo hablando con Telmo cerca de una hora y la botella de vino está casi terminada. Está un poco más calmado, pero creo que se

debe a la ingesta de alcohol más que otra cosa, le he ofrecido algo de comer, pero apenas ha probado bocado. Se ha limitado a llenarse la copa una y otra vez.

A los pocos minutos llega Max, se le nota cansado, pero saluda amigablemente a su amigo y a mí con un beso suave en los labios. Nos pide disculpas y se ausenta para darse una ducha rápida y ponerse cómodo. Nos hemos mirado y no ha hecho falta hablar, sabe que Telmo nos necesita y que debemos acompañarlo en este trago amargo por el que está pasando.

—¿Qué os apetece cenar? —comenta Max en cuanto entra en el salón aproximándose hacia la cocina.

—No te molestes, de verdad, yo me iba ya. —Se levanta Telmo apurado.

—No es molestia —intervengo apoyando mi mano en su hombro para que vuelva a tomar asiento —, además has bebido y no has comido nada. Debes esperar un rato.

Me levanto y voy hacia la cocina tomando el relevo de mi marido, le ofrezco una copa vacía y le invito a que se quede con Telmo con un movimiento de cabeza.

Dejo a los hombres hablando de sus cosas y cómo cambia el discurso, los oigo reír y comentar aspectos más banales de la vida. Se ve que cuando cambia el interlocutor el tema de conversación también lo hace, el ambiente se refresca y todo es más ligero.

Preparo algo fácil, unos canapés, una ensalada y algo de embutido. Quiero acompañar a Telmo y para qué engañarme, estoy cansada como para entretenerme a cocinar algo sofisticado. Vuelvo al salón, me siento sobre un cojín e invito a Max y a Telmo a que hagan lo mismo para poder ir cenando mientras charlamos. Lo cierto es que la atmósfera es increíble, chimenea, vino, algo de comer sencillo y una conversación amena. Son estos pequeños placeres los

que valoro en la vida, mucho más que un reloj caro o unos zapatos de firma.

Seguimos intercambiando pareceres, mezclamos una conversación con otra. Sale a relucir Sara y el ambiente se enrarece haciendo que Telmo se entristezca. En ocasiones llora y en otras esboza una sonrisa. Es frustrante no poder hacer nada por mejorar su ánimo. Sé que es un duelo por el que tiene que transitar él, pero que no desaparezca definitivamente de su vida lo hace difícil. Cuando las aguas están calmadas vuelve a remover toda la mierda y hace que viva en una montaña rusa de emociones. Considero que Telmo necesita ayuda de un profesional que lo ayude a enfrentarse a todo esto y así se lo he hecho saber, pero no lo veo convencido para dar el paso.

Max sufre un ataque de tos en un momento que prácticamente le hace ahogarse. Me alarmo ante la situación, pero él le quita hierro al asunto, le toco la frente y está ardiendo. Me impongo y le digo que se vaya a descansar, no tiene buen aspecto. Con un gesto apesadumbrado acepta, se despide de nosotros y se va descansar. Telmo también se levanta, pero tropieza y cae sobre el cojín en el que estaba sentado riendo como un niño. Definitivamente está borracho. La buena noche que estábamos pasando se ha visto empañada por el episodio vivido por Max, pero he de reconocer que ver así a Telmo me ha hecho gracia. No puede conducir en este estado, así que le invito a que se quede a dormir y cuando mejore que se vaya.

Capítulo 22. Telmo

He bebido más de la cuenta y me siento algo avergonzado, pero también he de decir que me ha venido bien. Por un lado, soltar todo lo que me oprime el pecho y por otro reír con mis mejores amigos. Sin duda esta es una de las mejores cosas que tengo, personas como Martina y como Max en mi vida.

Ella sigue aquí acompañándome, le he pedido que se quede un ratito más, justo hasta que acabemos la botella de vino que está empezada. No quiero que se vaya, no quiero estar solo, no otra noche más. Se me está haciendo demasiado duro todo esto y las noches son el peor momento del día. Me meto en un bucle de pensamientos que son autodestructivos, lo sé, pero paradójicamente es lo único que hace que consiga dormir. Creo que me estoy volviendo loco.

—En cuanto se acabe la botella me voy a dormir —comenta Martina mirando el fuego.

—Sí, lo siento… —titubeo —. Para serte sincero creo que no quiero que acabe nunca —musito en un tono casi inaudible.

—Telmo —me amonesta cariñosamente.

—Martina, no miento —me defiendo.

—Lo sé —afirma ella sin mirarme.

—No quiero estar solo —prosigo con mi arrebato de sinceridad.

—Es dura la soledad cuando es impuesta —confirma mirándome con una sonrisa dulce en la cara.

—Lo es, muy dura —balbuceo.

—Confía en que todo cambiará y mejorará con el tiempo —me alienta.

—Ya. —Muevo la cabeza en señal de negación. No lo veo muy claro —. ¿Sabes? —pregunto.

—¿Qué? —Me mira curiosa.

—Lo que más me apetecería ahora en este momento sería besarte —confirmo y se me viene el mundo encima y a la vez me siento liberado.

—No dudo de tu palabra, pero creo que no es lo correcto —contesta serena.

—No. Nada de lo que hago parece ser lo correcto —afirmo y me doy cuenta de que suena patético este ataque de victimismo que me ha dado.

—Haces muchas cosas bien —añade Martina removiéndose en el cojín.

—Dime tres —la provoco.

—Eres muy bueno en tu trabajo, cuidas de tus hijos y eres amigo de tus amigos —enumera.

—Bueno… —pienso y replico, será cierto pero ahora mismo mi autoestima no se cree todo esto —, ser bueno en un trabajo solo implica que gane dinero que otra persona se está gastando, en cuanto a mis hijos y la gestión que está haciendo su madre con ellos poco más puedo hacer y en cuanto a lo de mis amigos…ahí si tengo que darte la razón. Intento cuidarlos, pero con lo que te acabo de confesar creo que si Max se enterara dejaría de ser un buen amigo.

—Cualquier cosa de las que te diga no te va a cuadrar Telmo —interviene Martina seria —, y créeme que lo entiendo. Estás en ese punto en el que solo ves oscuridad, pero estoy segura de que todo irá recolocándose.

—Tienes más confianza tú que yo en que todo eso ocurra y te lo agradezco, pero… siento ser tan negativo.

—No lo sientas, es tu proceso, tu tiempo y tu espacio —sentencia levantándose.

Es el momento de la despedida, yo también me incorporo y juro que no quiero estar solo y que mejor compañía que con Martina, pero no debo ir más allá y mucho menos en su casa. Martina y yo nos miramos fijamente, estamos uno frente al otro y no sé ni cómo actuar, estoy algo descolocado. Ella me sonríe y se acerca. Me abraza. Me dejo llevar, agarro su cuerpo con desesperación pero es tal la calma que me aporta que es uno de los mejores momentos de la noche.

—Gracias por estar en mi vida —murmuro.

—Gracias por dejarme estar —contesta sin cambiar la posición, pasa la palma de su mano por mi espalda y es reconfortante. Sin duda lo es —. Buenas noches Telmo.

—Buenas noches Martina y gracias —me despido viendo cómo se va a su habitación.

Me tumbo en el sofá, me arropo con una manta que me ha dejado y mirando el fuego me adormezco. Espero que esta noche sea tranquila.

Capítulo 23. Max

La noche ha ido mejor de lo que esperaba, me tomé un antifebril y remitió, a esto le añado el vino y ha hecho que durmiera como un bebé. Cuando me despierto por la mañana Telmo sigue en mi casa, está tumbado en el sofá y por cómo está todo creo que ha dado bastantes vueltas. Tenemos otra cama pero no quiso utilizarla. Intento no hacer ruido para no despertarlo, pero se ve que su sueño es bastante ligero.

—Buenos días —musita con la voz pastosa.

—Buenos días —saludo —. ¿Cómo estás?

—Con resaca, pero creo que he dormido más que en estas semanas —confiesa.

—¡Venga! Date una ducha y desayunamos juntos —lo aliento.

—No quiero molestar más, debería haberme ido hace horas —apunta apesadumbrado.

—No molestas, venga. Desayunemos, después te duchas que no quiero llegar tarde.

Me afano en la cocina, zumo, tostadas, café en grandes cantidades mientras veo a Telmo mirar por la ventana algo ido.

—Gracias por acogerme, soy patético ¿verdad? —me pregunta.

—No. No lo eres, simplemente estás pasando por una mala racha y es ahí cuando los amigos tienen que estar para acompañarte.

—Supongo que esa es la teoría, cuando me casé con Sara pensé que duraría para toda la vida —confiesa. Es hablar de su ex y el tono de voz se vuelve angustia.

—Nada dura para siempre —confirmo.

—¿Cómo puedes decir eso? —me pregunta extrañado —. ¿Estás mal con Martina? —inquiere curioso.

—No, nada de eso, solamente digo que mañana puedo morirme y ahí acaba la historia —contesto y ha sido decirlo y sentir un pinchazo en el estómago. Sé que no es el mejor momento de Telmo, pero verbalizar algo que es un secreto para ellos y algo tan evidente para mí, cuesta. Creo que es la primera vez que lo digo en alto a excepción de las conversaciones que mantengo con mi doctor.

—No digas tonterías —rebate Telmo algo incómodo por mi afirmación.

—¿De qué habláis? Buenos días —irrumpe Martina en la cocina.

—Buenos días —contestamos al unísono.

—Nada, bobadas de buena mañana —añade Telmo.

—¿Cómo estás? ¿Has descansado? Te dije que durmieras en la habitación —interviene sin dejar contestar.

—Bien, todo bien —responde Telmo.

Martina está guapísima, unos pantalones vaqueros ajustados, americana y camisa de seda debajo. En los pies unos botines de piel marrón y el pelo suelto. Deja a su paso un aroma delicioso que es imposible de ignorar. Un maquillaje leve y la sonrisa que siempre le acompaña, es increíble. Ella nos acompaña mientras hablamos de cosas sin importancia. Parece que Telmo ha reaccionado después del café y tiene mejor cara.

—Es muy grata vuestra compañía pero he de irme —dice Martina

dándome un beso en los labios y otro en la mejilla de Telmo.

—Que tengas un buen día cariño —me despido.

—Igual para vosotros, luego hablamos —contesta saliendo por la puerta.

Nos quedamos Telmo y yo en la cocina viendo cómo se aleja.

—Debo irme también —comento llevando mi taza al fregadero —. Tómate tu tiempo —le digo a Telmo que no sabe muy bien qué hacer.

—¿Podemos hablar? Solo te robaré un minuto —me dice algo nervioso.

—¡Claro hombre! —respondo curioso.

—Ayer le dije a Martina que quería besarla —confiesa.

En ese momento me quedo parado, siento como me sube desde las entrañas hasta la garganta una fuerza que de buena gana descargaría con un puñetazo en la cara de mi amigo. Trago saliva y lo miro a la cara, quiero grabar en mi retina su expresión. Veo vergüenza, tristeza y una desolación que me deja helado. Simplemente mi enfado se ha disipado. No puedo pegarle. Acierto a decir unas pocas palabras.

—¿Qué? —contesto y me vuelvo. No quiero mirarlo.

—Lo que oyes Max, soy lo peor. Lo reconozco y por eso quería decírtelo. Siento que todo lo hago mal y sois los únicos que me estáis apoyando en esto, creo que al menos debo ser honesto, aunque pierda vuestra amistad —explica.

Siento mezcla de dolor, impotencia, rabia, celos… no sé cuántas cosas más se agolpan dentro de mi cabeza y mi corazón y es que nunca han estado más de acuerdo que en este momento.

—No sé qué decirte, Telmo. —Niego deambulando de un lado al otro de la cocina. Mi plan estaba trazado en mi cabeza, pero ahora que parece que se va a cumplir no me siento tan bien como debería.

—Nada, que soy un gilipollas. La verdad —afirma algo más repuesto —. Me voy, gracias por todo. Dáselas también a Martina, os habéis portado conmigo increíble y esto también lo he estropeado. Lo siento de verdad —suelta y se va.

Me quedo como un imbécil mirando por la ventana de la cocina, veo como su coche se aleja por el camino, acciono la verja para que desaparezca de mi vista. No sé si quiero verlo más. Me ha fallado como amigo.

Capítulo 24. Telmo

Abandono la casa de Max y Martina apesadumbrado. No sé por qué lo he hecho pero de repente sentí que debía sincerarme con ellos. Lo que menos me gustaría es que se rompiera otra pareja, suficiente tengo con mi desastre de vida. No sé qué pasará entre ellos, supongo que lo hablarán y lo arreglarán; yo me aparto. Sé que me viene bien hablar con ellos, me ayudan y me apoyan, pero después de todo esto supongo que no contaré con su compañía. Me lo tengo merecido, parece que últimamente todo lo que toco lo jodo. No estoy orgulloso de lo que he hecho pero tampoco me voy a arrepentir, confieso que me hubiera gustado besar a Martina … ¿Por qué? No lo sé, que es guapa y tiene un cuerpo bonito es evidente. ¿Eso quiere decir que me gusta? Supongo que hay cierta atracción pero por otro lado podría achacarlo al alcohol, simplemente me dejé llevar por la situación. Necesito ser querido, que me amen, que me entiendan… y ella lo hace. Así me hace sentir, y eso es mucho más de lo que he tenido en los últimos tiempos.

Llego a casa, me doy una ducha y me cambio. He de ir a la empresa, independientemente de mis problemas personales tengo a varias familias que dependen de mí, no puedo fallarles. Odio venir a

la oficina y mucho más desde que Sara me está sangrando, parece que cada esfuerzo, toda mi energía, cada minuto que dedico a producir son consumidos por ella. Me da rabia trabajar para que ella se lo lleve, toda mi dedicación, mi tiempo, mis ganas se disipan cuando pienso que va a parar en la persona que me está destrozando la vida, que me ha arrebatado a mis hijos y que quiere que le financie la vida. ¿Dónde quedaron esas promesas de amor? ¿Qué fue de la mujer de la que me enamoré? ¿Qué es lo que ha hecho que cambie tanto? ¿He estado confundido todo este tiempo? Tengo tantas preguntas en mi cabeza que a veces creo que va a explotar. Pensé que lo nuestro sería para toda la vida, ella era mi elección, mi futuro… pero se ve que ella no ha pensado lo mismo.

Ayer dormí por primera vez en muchas semanas y de verdad necesito parar mi cerebro, no deja de devolverme pensamientos una y otra vez, a cada cual más catastrófico y feo. No sé cómo afrontar toda esta situación, tengo reunión con uno de mis abogados para frenar el tema de los videos, aunque estoy tan exhausto que lo que quiero es descansar. Que acabe todo esto, sea como sea. Me da igual si quiere más dinero, se lo daré. Necesito que desaparezca de mi vida, que me deje en paz. De verdad que es lo que más ansío en estos momentos. Soy un hombre roto, lo sé. De repente mi vida organizada y estable se ha desmoronado y siento tanto vértigo bajo mis pies que no sé a qué anclarme. Reconozco que las personas a las que podía recurrir las he apartado de un plumazo de mi vida por mi mala cabeza. Voy dando bandazos, me choco contra una pared y voy al lado contrario, realmente no sé cuál es el rumbo de mi vida. Esto es desolador. Intento relativizar todo y puedo llegar a entender que mi vida matrimonial se haya ido al traste, pero ¿mis hijos? No puedo soportar que me rechacen, que se crean todo lo que su madre les ha contado de mí. Los quiero conmigo, son lo mejor que

he hecho nunca, no me lo merezco. Creo que es por lo único que lucharé, por ellos. Caiga quien caiga y cueste lo que cueste ellos son mi prioridad ahora.

Capítulo 25. Martina

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Ehh —titubea —, bueno, bien, ahí voy.

—¿Telmo? ¿Qué te pasa? —pregunto algo preocupada.

—Eh, bueno, no pensé que me llamarías —afirma tartamudeando.

—Y ¿por qué no lo iba a hacer? Somos amigos —añado extrañada por su comportamiento.

—Ayer te quise besar —admite.

—No le di mayor importancia Telmo, sé que estás pasando por un mal momento y seguramente el vino te hizo soltar la lengua —argumento queriendo quitar hierro al asunto. No creo que otro quebradero de cabeza sea lo que necesita ahora.

—¿Has hablado con Max? —quiere saber y cada vez me extraño más por su comportamiento.

—No desde primera hora de la mañana, la verdad es que no he parado y ahora que estoy tomando un café he decidido llamarte —comento distraída.

—Entiendo. —Se hace un silencio al otro lado de la línea. No sé si se ha colgado, miro el móvil y veo cómo van contando los segundos sin oír nada al otro lado.

—¿Telmo? —inquiero.

—Sí, perdona. Me he quedado pillado —admite.

—¿Qué te pasa? Estás rarísimo. ¿Has tenido noticias de Sara? —quiero saber.

—No. Aunque no creo que tarde en volver a las andadas —suelta resoplando —. Se lo he dicho a Max —espeta.

—¿Qué le has dicho a Max? —pregunto.

—Que quise besarte —responde y noto como en su voz hay un atisbo de alivio.

—¿En serio? —pregunto enfadada —. ¿Cómo has podido hacer tal cosa? —quiero saber y noto como la ira sube por mi pecho llenándome de calor.

—Creo que se lo debía —admite.

—¿Cómo? ¿Qué le debes que…? —pregunto irritadísima —. ¿Qué pretendes Telmo? ¿Romper mi matrimonio? —escupo —. ¿No es suficiente con que tu vida sea un desastre que quieres esparcir tu mierda por la mía? —añado y al momento me arrepiento. Sé que no he debido herirlo de esa forma tan gratuita, pero no he podido contenerme. Para mí, Max es mi todo.

—No. No he querido hacer eso, pero ahora que lo dices creo que es lo que podría ocurrir y créeme que es lo último que querría en este mundo —admite con un tono de voz casi inaudible.

—Pues para no querer, puede que pase. No me esperaba esto de ti, Telmo. He estado contigo en esto, creo que necesitas ayuda y yo, en la medida de mis posibilidades lo intento, pero visto lo visto me planto. Hasta aquí hemos llegado. Lo siento —cuelgo.

Tiro el teléfono en el sofá que tenemos en la salita donde tomamos café, estoy indignada y dolida. Ha sido una puñalada trapera. No entiendo el por qué de sus actos, no debió haber hecho eso. Mi matrimonio se puede ver resentido por una metedura de

pata suya y es lo que no quiero. Dijo que quería besarme, en ningún momento le di pie a ello… ¡Joder! ¿Qué parte de la historia me he perdido? Realmente no entiendo nada. No quiero ni imaginar como estará Max, conociéndole como lo conozco no creo que se lo haya tomado bien, y lo entiendo.

Capítulo 26. Max

He tenido un día de contrastes inesperados. Desde por la mañana me he encabronado por lo que me ha contado Telmo, pero por otro lado he pensado que este puede ser el comienzo de un plan perfecto. En el trabajo, satisfacciones y marrones a partes iguales y ahora en casa quiero estar, pero a la vez no quiero estar. De hecho, permanezco en el coche esperando muy bien no sé a qué. Sé que Martina no ha llegado puesto que su coche no está aparcado en el garaje, pero por otro lado desearía que estuviera esperándome como tantas otras tardes con una copa de vino o una cerveza para disfrutar juntos.

He vivido tantas emociones en pocos minutos que noto como si mi corazón estuviera alterado todo el tiempo. Galopa fuerte en el pecho y me noto cansado. ¿Desde cuando experimento celos? Pensé que no era un hombre celoso, nunca he tenido esa sensación con Martina a mi lado. Soy consciente de que habrá hombres a los que pueda gustar pero nuestro vínculo ha sido siempre tan sano que ahora me cuesta asimilar todo esto. ¿Celos de un amigo? Esto se pone cada vez peor. Nunca hubiera imaginado que uno de mis amigos pudiera tener un interés diferente al plano de la amistad con

mi mujer; y todo esto me ha hecho pensar si ella tiene el mismo efecto en algún otro y creo que me hace volverme muy inseguro. De verdad que esto no lo sé gestionar. Si tal y como me ha dicho Telmo no se han llegado a besar, ¿cómo puede dolerme esto tanto? No tengo ni idea, pero entonces… ¿Puede que mi plan, ese que a priori sonaba fenomenal en mi cabeza, sea un desastre? Tengo tantas preguntas en mi cerebro que realmente me siento abotagado, con ganas de dormir y que mañana sea otro día. Otro día en el que nada de esto hubiera sucedido, nada más una pesadilla.

Me desnudo, me meto en la ducha e intento relajarme. Lo necesito. Música suave y dejo que mi cabeza se evada. Salgo un poco más recompuesto y en cuanto lo hago veo a Martina sentada en la cama del dormitorio.

—Hola Max —saluda con mala cara. Más bien con cara de cansancio.

—Hola, ¿qué te pasa? —pregunto preocupado, me aproximo a ella y me agacho poniéndome a su altura.

—Me pasa que Telmo se ha ido de la lengua y no sé cómo va a afectarnos esto —confiesa con lágrimas en los ojos. Es tan tierna a veces que es imposible no quererla.

—¿Os habéis besado? —pregunto y conozco la respuesta.

—¡No! Por el amor de Dios, Max —espeta irritada levantándose de la cama como un resorte.

—Pues ya está, asunto zanjado —concluyo y no me creo ni mi propia reacción.

—¿En serio, Max? ¿Aquí termina todo? ¿No hay más de lo que hablar? —pregunta insistentemente mientras se mueve por la habitación.

—Hablamos de lo que quieras Martina, pero eso no tiene mucho más recorrido. Sé que no pasó nada, ya está. No se lo tendremos en

cuenta, Telmo no está en su mejor momento —añado acercándome a ella. Necesito sus brazos.

—No, no pasó nada —murmura muy pegada a mi oído. Parece que soy yo el que la consuela, pero en realidad es ella la que me da la paz que necesito.

—Confío en ti amor, no hay duda con eso —afirmo mirándola fijamente a los ojos. Ella esboza una sonrisa y me besa.

El resto de la tarde lo pasamos haciendo el amor en nuestro cuarto. Se ha detenido el tiempo y poco importa qué hora es, qué es lo que está pasando en el mundo y que le importe a otra gente. Solo importa esto y puedo decir que soy feliz entre los brazos de Martina.

Capítulo 27. Martina

El día ha comenzado como terminó el anterior, de una manera agradable. Después de estar con Max haciendo el amor durante mucho tiempo hablamos muchísimo. De lo que pasó, de la situación de Telmo, de nuestros sentimientos, de algunos planes a futuro aunque en ese punto Max me cortó en alguna ocasión alegando que el futuro está muy lejos y que no nos anticipemos. Me ha extrañado un poco su forma de ver la vida de repente ya que siempre hemos tenido un viaje en mente, alguna actividad… no sé. Pero igualmente está bien así.

He ido a trabajar y me he sumergido en mi quehacer diario, no he tenido noticias de Telmo y lo siento por él, pero no me sale llamarlo. ¿Resentida? No sé si esa es la palabra, más bien dolida por lo que hizo. Afortunadamente no pasó nada, pero se podría haber cargado un matrimonio de muchos años por su mala cabeza. Si todavía hubiera pasado algo… pero no ha sido el caso. En ningún momento titubeé, no dudé, no se me pasó por la imaginación engañar a mi marido con nuestro amigo.

—Martina ¿cómo estás? —me pregunta Max al otro lado.

—Bien, aquí ando, con mucha tarea —admito sin dejar de mirar la

pantalla del ordenador.

—Eso no puede ser, ¿te apetece hacer algo esta tarde? —pregunta y lo cierto es que lo único que quiero es llegar a casa y descansar.

—La verdad es que no estoy con mucho ánimo solo quiero irme de aquí y desconectar... Tal vez meditar un poco y un baño relajante, nada más —confieso.

—Lo entiendo, hoy te doy esa tregua, pero el fin de semana preparo algo —afirma y no hay lugar a réplica. Max ha colgado.

Sigo con la rutina y en cuanto he verbalizado mis planes para la tarde más ansío llevarlos a cabo. Es lo que me pide el cuerpo y el alma. Estar tranquila. No han sido unas horas fáciles, pensé que mi vida pendía de un hilo, y todo por un beso que nunca se produjo.

En algunos momentos me ha pasado por la cabeza Telmo, me gustaría saber cómo se encuentra, soy así de empática, pero no voy a llamarle. No. No es orgullo, más bien me molestó que no midiera sus palabras y que las consecuencias de ellas pudieran arruinar algo tan maravilloso como lo que tenemos Max y yo.

En cuanto llego a casa veo el coche de Max, últimamente siempre llego más tarde que él. Entro y oigo música delicada por todas las estancias, luces bajas y velas encendidas. La chimenea también lo está. Dos copas de cava frente a ella y ni rastro de mi marido. Reconozco que así da gusto llegar después de un día duro.

—Es tu momento, nena. —Escucho tras de mí.

Noto la presencia de Max acercándose, me agarra por la cintura; deposita un beso en mi cuello y me dejo mecer por su abrazo. No le he visto la cara pero sé que está sonriendo. Suspiro, agradecida y no me puedo sentir más afortunada. La verdad es que no.

—Gracias —respondo en su suspiro.

—La bañera estará lista en unos minutos, tú verás si quieres meditar ahora o después del baño —me informa. Toma una de las

copas de la mesa y me la ofrece, hace lo mismo con la suya. Brindamos mirándonos a los ojos.

—Salud —brindo.

—Te quiero —responde él.

Tal y como estaba previsto hago todas las actividades planeadas y de verdad esto es lo que necesitaba. Un poco de calma en todo el caos de las últimas horas.

Capítulo 28. Max

La confesión de Telmo me pilló descolocado, era lo que quería, pero a la vez me ha hecho remover todos los cimientos. Esos que creía que eran sólidos y fuertes. Estos días con Martina y después de estar con ella y de las largas conversaciones, me han hecho pensar mucho. Estoy seguro de que ella está enamorada de mí y quiero seguir adelante con mi plan. ¿Qué sucede? Que tengo sentimientos encontrados, que estoy en una montaña rusa y no sé si podré tener la sangre fría para hacer como que no me importa. Soy muy obstinado y cuando algo se me mete en la cabeza no paro hasta que lo consigo. Tengo algunas cosas claras, la primera es que me queda poco de vida, la segunda es que quiero que Martina sea feliz después de mi ida y tercero que a pesar de que me duela, Telmo es de las mejores opciones. ¿He barajado otras? Pues sí y no. De entre nuestros amigos, es él el único que está solo y aunque conozco a mucha gente, sé que Telmo es muy buena persona y que cuidará de ella como se merece. Por lo que sé, parece que mi mejor amigo está sintiendo cosas por mi mujer, por ese lado bien, lo que no estoy seguro es de que si estos sentimientos son fruto de su desamor, del afecto que le profesa Martina y su afán de ayudar o porque

realmente esté enamorado de ella. Solo el tiempo dirá, el problema es que el tiempo corre y yo no dispongo de demasiado para poder cerciorarme y asegurarme de que mi plan llega a buen puerto. El caso de Martina es más difícil, ella está enamorada de mí. Lo sé, se sabe al igual que yo de ella y pasar del desenamoramiento de una persona al enamoramiento de otra no es una tarea fácil. ¿Qué puedo hacer? He pensado en varias opciones, pero no quiero que ella sufra. Podría decepcionarle tanto que no quiera volver a verme jamás en su vida, sin embargo, eso sucederá sin necesidad de provocarle un daño innecesario. ¿Cómo podría enamorarse de Telmo lentamente? No lo sé, en mi plan estaba todo calculado y medido y parecía factible, pero llegados a este punto lo veo complicado. Es como buscar un recambio de uno por otro, y eso no sucede así. Tal vez tenga que dejar que la vida siga su curso, la semilla ya está plantada y puede que germine o no. Yo lo he intentado, no me veo con tantas fuerzas como al principio y además considero que forzar las cosas no servirá de nada. Todo lo contrario, tal vez, haga que se precipite todo y termine mal.

Ahora las cosas entre ellos están distantes, lo sé, conozco a mi mujer y sé que se muere de ganas por saber qué tal va Telmo, si está mejorando, si tiene noticias de Sara, pero también sé que no va a llamarle. Se ha decepcionado tanto que es poco probable que lo haga y estoy seguro de que le dolió mucho más que me lo dijera a mí que todo lo demás. Como ella dice siempre, todo lleva su proceso, y su tiempo. Dejaré que este transcurra para todos y que el agua vuelva a su cauce. La relación entre ellos volverá a ser como era.

Vuelvo a Estados Unidos. Creo que las últimas pruebas no son muy halagüeñas y parece que todo se precipita y acelera de forma estrepitosa. He de poner las cosas en orden antes de irme, en el

aspecto legal está todo más que zanjado. Martina es mi única sucesora y será ella la que reciba todo lo que tengo. No hay más que hablar. Debo pensar en cómo viviré mis últimos días. No quiero que ella me vea sufrir y aunque mi deterioro físico no es patente aún, es probable que me vea desmejorado y no quiero que se lleve un último recuerdo así de cruel. Por otro lado, me veo en la obligación de contarle la verdad, por lealtad y honestidad, pero tampoco sé muy bien cómo hacerlo. Solo quiero que sea feliz, ahora lo es, pero después, aunque tenía un objetivo y un plan trazado, hay cosas que no van a depender de mí. Tengo unos cuantos días para pensarlo y debo tener las cosas claras.

Capítulo 29. Telmo

Estos días están siendo duros. La situación con Sara no mejora, pero tampoco empeora, por lo que podría decir que está parada. Es de agradecer, pero ahora mismo lo que más me duele es la distancia con Martina. Me había acostumbrado a sus atenciones, a sus buenos días y a los mensajes inesperados que me hacían sonreír. La echo de menos. Lo reconozco, me hacía bien. Sin ella en mi vida todo es más gris. Ya no hablo solo del aspecto sentimental, reconozco que tengo sentimientos hacia ella, era la compañía, las conversaciones, la calma que me daba… de repente eso ya no está y duele. Soy el culpable, si hubiera ocultado a Max mis deseos de besarla y después todo lo que desencadenó seguramente todo seguiría igual. No sé por qué lo hice, tal vez, todavía quede en mí un ápice de dignidad y de lealtad. Estoy solo, me lo merezco seguro, sin embargo, creo que es lo que debí hacer. Podría haber seguido con mi secreto y haber pensado solo en mí, ser egoísta y disfrutar de Martina, pero no. Algo hizo que decidiera hablar.

Del que sí que tengo noticias es de Max. Está en Estados Unidos y de vez en cuando me llama o me manda un mensaje preocupándose por mí. Es un tipo genial. En el caso contrario no sé si hubiera

podido perdonar mi falta de escrúpulos para con su esposa. El caso es que hablamos de vez en cuando. Hay demasiadas horas de diferencia, pero encontramos nuestros ratos. Dice que tiene la hora cambiada y que apenas duerme y por eso se entretiene preguntando por mí. No he vuelto a sacar la conversación, pero él me habla de Martina y saber que está bien me alivia. No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en la cara cuando habla de ella. No me cansaría nunca de escuchar algo sobre la mujer de la que creo que estoy enamorado. Las conversaciones básicamente se reducen a lo mismo, novedades acerca de mi ex y mi estado anímico. Reconozco que va mejorando día a día, aunque a veces tenga bajones, es en esos momentos cuando me vendría muy bien la serenidad y los consejos de Martina. Ella sabe cómo recomponerme, la palabra adecuada, el silencio justo, el abrazo necesario. Puede sonar algo desesperado, y puede que en algún momento haya sido así, sin embargo, ella me ha hecho ver la vida de otra manera; no estoy tan desolado como al principio. La historia con Sara está terminada. No hay vuelta atrás, no hay forma de arreglarlo y aunque deseé que así fuera, ya no. Es algo pasado. No volvería con ella por nada del mundo. Necesito salir a flote y el dolor que me ha provocado no se borra de un plumazo. Es hora de avanzar, con nuevas ilusiones, con otra perspectiva. ¿Con Martina en mi vida? Lo deseo, aunque ahora mismo lo veo bastante improbable.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Max al otro lado de la línea.

—Bueno, voy mejorando. No es para tirar cohetes, pero estoy tranquilo —confirmo. Tan solo hace unas semanas esta frase sería impensable para mí.

—Ese es el camino Telmo. Poco a poco —asegura.

—Sí, me suena mucho esa frase —añado.

—La verdad es que esa frase la dice mucho Martina, me la he quedado porque confío en el proceso. En los espacios y en el tiempo —confirma riendo.

—Por eso mismo te lo decía. Siempre me ha animado con ella, por cierto, ¿cómo está? —me atrevo a preguntar con cautela.

—Bien, mucho trabajo, pero es una tía muy serena que sabe desconectar y centrarse en lo importante de cada momento —explica y tiene toda la razón del mundo.

—Eso es verdad, es admirable —musito.

—La echas de menos ¿eh? —inquiere.

—Honestamente, sí. Mucho —confirmo con un nudo en el corazón.

—¿Por qué no la llamas? Seguro que también está deseando hablar contigo —me propone y alucino con su sugerencia. Quise besar a su mujer… ¡Por el amor de Dios!, a veces no entiendo nada.

—Creo que no es conveniente, y, además que tú me lo propongas me sorprende —digo alucinado.

—Fue un desliz, no tiene mayor importancia, Telmo. Además, no pasó nada, ¿o sí? —quiere saber y no le culpo.

—No, no, no —niego atropelladamente —. No pasó nada, de verdad Max —insisto.

—Pues ya está —no hay que darle mayor importancia.

—No lo sé Max, la verdad es que… —corto la frase porque no sé muy bien qué era lo que iba a decir, más bien, creo que no es justo que se lo diga.

—Es que ¿qué Telmo? —me pregunta y no sé cómo salir de este jardín en el que me he metido.

—Nada, nada, olvídalo —improviso.

—¿Estás enamorado de Martina? —pregunta a bocajarro. Abro la boca pero no emito ningún sonido. No sé muy bien qué decir ni qué hacer. Cuelgo o no cuelgo, contesto o no contesto —. ¿Estás ahí

Telmo?

—Sí, perdona. La verdad es que no sé qué decir —confieso avergonzado.

—No hace falta que contestes, Telmo.

—No sé cuáles son mis sentimientos Max, te puedo engañar y decir que no hay nada, pero también me engañaría a mí. Siento cosas por Martina, ¿el qué? No lo sé —confirmo y siento alivio y dolor a partes iguales. No se merece todo esto que le estoy diciendo. Es mi amigo. Tal vez no estar cara a cara facilite la sinceridad y haga que no tema a las consecuencias.

—Entiendo —murmura. Ahora el que está cortado es él y puedo entenderlo.

—Lo siento Max —añado y cuelgo. Ahora mismo me siento la peor persona del mundo y es que parece que cuando se trata de Martina no hago más que meter la pata. No se lo merecen ninguno de los dos. Ya la aparté a ella de mi vida y es posible que Max también lo haga. En realidad, me lo he buscado yo solito, pero sobre el corazón no se puede mandar.

Capítulo 30. Max

La confesión de Telmo me ha confirmado lo que ya sabía. Realmente no ha reconocido nada, pero su silencio lo ha dicho todo. Está enamorado de mi mujer. Eso es así. He sentido una punzada en el pecho cuando lo he escuchado, también rabia y algo de alivio. No sé, es posible que con todo el proceso mental que estoy sufriendo esta circunstancia se magnifique, sin embargo, debo tener sangre fría y asimilar todo e ir allanando el camino, aprovechar la inercia de los acontecimientos y dejar que todo fluya.

Estos días lo único que hago es pasear, me siento en un parque, veo a la gente deambular, grupos de colegas de trabajo que aprovechan algunos rayos de sol y el descanso para el almuerzo para reunirse en las zonas verdes que están distribuidas por la ciudad. Por la tarde familias jugando, parejas paseando. Echo de menos a Martina, sé que en estos momentos me haría mucho bien que estuviera a mi lado acompañándome, por eso entiendo perfectamente a Telmo. Sé cómo de bien se ha tenido que sentir arropado por ella, por sus palabras dulces, su compañía, por las conversaciones no siempre cómodas pero necesarias… no puedo dejar de empatizar con él y no le culpo por haberse enamorado, es

lo natural.

He hablado con mis médicos, me han explicado con detalle cómo va a ser el desenlace y tengo todo más o menos claro. No voy a sufrir más de lo necesario, en cuanto ya no haya solución, los paliativos, si es que llego, no funcionaran, tengo escrito que quiero una muerte digna. Cuanto antes mejor. ¿Dónde lo haré? No lo sé, no quiero que suceda en la casa que comparto con Martina, no quiero dejarle esa responsabilidad ni ese mal sabor de boca. Buscaré un lugar en el que pasar mis últimos días y descansaré. No es fácil hacerse a la idea de que te vas a ir de este mundo con todas las cosas que tengo por hacer, pero ahora mismo, lo que más me interesa es no hacer más daño al gran amor de mi vida. No me siento precisamente bien con todo lo que le estoy ocultando y sé que al principio no, pero me terminará perdonando. No nos enseñan a morir, y mucho menos a pasar el trago con los seres queridos. Es difícil.

Son los últimos días en Estados Unidos y estoy deseando volver a casa. Me agotan los viajes tan largos y mucho más sin Martina a mi lado. Me costará hacerme a la idea, pero quiero exprimir mis últimos momentos con la mujer de mi vida. No sé si habrá algo después de la muerte, pero si hubiera añoraré los momentos que comparto con ella.

Llegada a España. No he avisado a Martina, quiero que sea una sorpresa, pero antes de ir a casa me paso por la empresa de Telmo. He madurado una idea que quiero compartir con él. Más bien, encontrar un aliado para mi batalla final.

—Buenos días —saludo nada más entrar en su oficina. Veo a Telmo enfrascado con algo que hace que ni siquiera levante la vista del ordenador.

—¡Vaya sorpresa! —contesta en cuanto me oye carraspear —.

¿Qué tal por los *States*? —pregunta levantándose y dándome un abrazo sincero.

—Bien, todo bien —miento.

—Me alegra escuchar eso —responde tomando asiento e invitándome a que yo lo haga. Deniego su ofrecimiento y hablo.

—Quería hablar contigo, si tienes un rato, pero mejor en otro sitio —comento mirando las paredes de su oficina. Tiene fotos y dibujos de sus hijos por todas partes.

—Sí, claro. Vamos a tomarnos un café —accede cogiendo su chaqueta del respaldo de la silla que ocupa.

Juntos salimos de las instalaciones y nos dirigimos a un bar cercano. Se ve que Telmo es conocido allí ya que saluda con confianza al camarero y le indica con la cabeza que tomaremos asiento en una zona alejada. Tras hablar de banalidades y estar frente a un café me atrevo a confesarle todo a mi amigo, no sin antes allanar el camino. Sé que es una noticia bastante fuerte.

—Te preguntarás por qué he venido a verte sin pasar antes por casa y créeme que estoy deseando pillar la cama. Cada vez se duerme peor en los aviones —comienzo infundiéndome mentalmente la fuerza necesaria para decirle a Telmo todo lo que tengo pensado.

—La verdad es que no es raro que un amigo quede con otro a tomar un café —reconoce con inocencia.

—Eso es cierto —asiento y sé que va a añadir algo referente a su desliz con Martina, pero antes de que suceda lo corto —: es de lo más normal. Obviemos lo de Martina, que ya sé que es algo que te atormenta. —Él asiente y se muestra agradecido con un gesto.

—Lo cierto es que sí, no dejo de darle vueltas a eso —afirma dolido.

—No lo hagas. Nos ha venido hasta bien —confirmo.

—¿En serio? ¿Os ha venido bien? —pregunta sin dar crédito.

—Nos —rectifico —. A ti y a mí. Ahora te explico —añado. La cara de Telmo es un poema y no es para menos. Es difícil de entender incluso para mí en algunos momentos —. Lo que te voy a contar a continuación sé que es difícil de asimilar y he hecho muchos intentos en mi cabeza para saber cuál era la mejor manera de comunicártelo y sinceramente no tengo ni puta idea. —Tras estas palabras resoplo aliviado.

—Me tienes en ascuas Max, me estás asustando, ¿le pasa algo a Martina? —pregunta y esto me da pie a confesarle todo.

—Me pasa a mí Telmo, me estoy muriendo —musito y es decirlo y caer una lágrima por mi mejilla.

—¿Quéee? —inquiere tenso, alucinado, no sé muy bien cómo definir su expresión.

—Lo que oyes: tengo una enfermedad en fase terminal. Te podría aburrir con términos médicos, pero no merece la pena. La realidad es que me queda poco tiempo de vida y es ahí donde quiero contar con tu ayuda —le pido y su cara sigue sin cambiar su aspecto. Está en shock.

—Sí, sí tío, lo que necesites de verdad —reacciona atropelladamente —. Pídeme cualquier cosa y si está en mis manos, no dudes que lo haré. De pelas ando jodido por lo de Sara pero si quieres otras cosas o incluso dinero en la medida de mis posibilidades, te lo daré —añade.

—No se trata de dinero, no hay tratamiento para lo que tengo; por lo que ni por todo el oro del mundo podría curarme.

—Entonces ¿de qué se trata? —pregunta, quiere saber y es lógico.

—Quiero que cuides de Martina cuando yo ya no esté —expreso en voz alta un deseo que lleva meses rondando por mi cabeza. Duele y alivia a partes iguales.

—Yo… yo, claro, sí, sí… ehh, intentaré todo para que ella esté bien

—tartamudea sin saber muy bien qué decir.

—No quiero que la llames de vez en cuando, que la invites a cenar o cosas así. Quiero que te cases con ella —expongo. Mi plan está meridianamente claro en mi cabeza.

—¿Cómo? —espeta dando un respingo en la silla. Creo que me estoy pasando y que Telmo tiene el corazón bastante débil como para asimilar todo del tirón.

—Lo que has oído. Quiero que te conviertas en su marido. He estado pensando y creo que eres la persona idónea para ella.

—¡Estás loco, tío!, esto no es así, no funciona como si fuéramos máquinas. Reconozco que la proposición me gusta, ya sabes… —titubea y prosigue —, que Martina pues… me gusta.

—Estás enamorado de ella Telmo, lo sabemos, tú y yo —confirmo y lo miro. Agacha la cabeza y asiente.

—Bueno, podría decirse que sí —admite.

—¿Entonces? —pregunto.

—Ella está enamorada de ti que eres su marido, no de mí que soy el amigo pesado que no hace más que contarle mierdas de su vida. La elección es fácil —resume y aunque es así, hay ciertos matices que añadiría, pero no es el momento.

—Eso es ahora, en pocas semanas la vida nos cambiará a todos —respondo y me echo a reír de forma descarada. La frase que acabo de soltar se las trae. La vida nos cambia, y tanto que sí, a mí la muerte. Dicen que hay que reírse hasta de uno mismo y es que a veces tiene guasa lo que nos pasa.

Hablo largo y tendido con Telmo. Le explico todo bien, mi idea, como creo que debe conquistar a Martina y aunque él no lo ve claro noto en sus ojos un brillo especial cuando hablo de ella. Está irremediablemente enamorado de mi mujer, aunque no lo haya dicho de forma abierta. Hay evidencias que no se pueden ocultar. Tras la

charla vuelvo a casa, estoy agotado física y mentalmente. Necesito un descanso.

Capítulo 31. Martina

En cuanto llego a casa noto algo extraño. No es malo, pero sí algo diferente. Voy hasta la habitación y allí encuentro a Max tendido en la cama dormido como un bebé. No sabía nada de su llegada y mi corazón ha dado un vuelco cuando lo he visto ahí. De buena gana me hubiera tirado encima y hubiéramos empezado una batalla sexual, pero, me he contenido. ¿Por qué? No lo sé. Le he visto cansado y creo que le vendrá bien descansar. Tenemos tiempo para nuestro reencuentro. Sin pensármelo me meto en la cama, me acurruco contra el pecho de Max y me quedo dormida.

Noto cosquillas en mi cuello de buena mañana y dos manos fuertes que me agarran la cadera y el glúteo sin miramientos. Ronroneo. Me encanta que Max sea así de posesivo en algunos momentos. Tal y como era de esperar tenemos nuestro encuentro sexual, más desesperado que nunca, me atrevería a decir. Parece que Max me ha echado mucho de menos a juzgar por sus acometidas, es como si se quisiera meter dentro de mí, más y más profundo. He de confesar que yo tampoco me he quedado atrás, me he puesto bastante exigente e incluso dominante en algunos momentos, pero lejos de disgustarle le ha encantado. Lo sé, nos

conocemos demasiado bien.

Da gusto ir así a trabajar. Relajada y muy contenta. He dejado a Max un rato más en la cama. Se ve que no tiene que ir temprano al trabajo, pero yo sí. A lo largo de la mañana le llamaré para que me cuente qué tal le ha ido en Estados Unidos. Apenas hemos hablado.

—Hola amor, ¿qué tal? —pregunto en cuanto tengo un ratito libre.

—Hola nena, sigo en casa. Me has dejado exhausto y como hasta mañana no tengo que ir a la oficina he aprovechado para descansar —comenta riendo.

—¡Qué suerte tienes! —refunfuño fingiendo enfado.

—Es lo que tiene ganar horas con el cambio —responde airoso.

—Ya, ya veo —comento —. Y a parte de descansar ¿qué planes tienes? —quiero saber.

—Pues estoy pensando en celebrar una fiesta en casa. Me apetece mucho ahora que parece que el tiempo mejora. Quiero poner mesas con comida en el salón, pero también por el jardín para que cada cual campe a sus anchas. Sofás hechos con cojines, alfombras, pufs… puedo pedir algunas cosas en el trabajo, tengo material de sobra de otras temporadas —enumera entusiasmado.

—Y ¿eso? ¿Qué celebramos? —pregunto contagiada por su entusiasmo.

—La vida, la amistad, la familia, la primavera… da igual Martina, cualquier excusa es buena para celebrar —concluye y se queda en silencio.

—Sí, sí, me parece bien —añado.

—Ve preparando una lista de quien quieres que venga. Yo ya voy elaborando la mía —espeta como si nada.

—A ver Max, no sé, la idea es tuya, los que tú quieras —respondo.

—Pues los de siempre ¿no?, tu familia, la mía, Telmo, Elisa…

—¿Telmo? —inquiero algo confusa.

—¡Anda! ¿por qué no?, es nuestro amigo —contesta y ante su tono no tengo nada más que añadir. Sé que vendrá, sí o sí. Tendré que hacer de tripas corazón y aguantar el chaparrón, no es lo que más me apetece, la verdad.

Tras nuestra conversación no dejo de pensar en la fiesta que quiere celebrar Max en casa. Me apetece por un lado, pero por otro, me apetecería disfrutar de él. Sé que puede ser debido a su ausencia prolongada y que la fiesta tardará algunos días en celebrarse, pero el hecho de que Telmo esté invitado me amarga un poco. No pasó nada, pero sé que no estaré cómoda.

Capítulo 32. Max

Mis planes me reactivan, ya le he comentado a Martina lo de la fiesta y sé que al final la disfrutará. Cuando empiece a ver los preparativos, la lista de invitados y como va tomando forma todo lo que está en mi cabeza se entusiasmará como yo. También tengo asuntos pendientes del trabajo, me espera otra escapada a Portugal y aunque me veo con fuerzas temo que en algún momento me flaquee la salud. De momento todo va según lo previsto.

Empiezan a llegar sillones a casa, de hecho, he contratado un camión pequeño para que estén de una sola vez y así irlos distribuyendo por todo el jardín. Los iré acomodando según vaya viendo el emplazamiento, el acceso, la luz, la superficie y es que esto es mi trabajo y me encanta. Dejaré para el final la decoración interior, básicamente será lo que hay ahora pero moviendo los muebles de lugar para dejar el espacio más diáfano aún.

En cuanto llega Martina me ve moviendo unos pufs debajo de un sauce llorón de grandes dimensiones. He colocado unas alfombras de rafia y yute con diferentes dibujos y encima los asientos. Una mesa moruna en el centro y unos candelabros bastante grandes a cada lado.

—¡Vaya, sí que te lo has tomado en serio! —exclama tras de mí.

—Siempre me tomo mi trabajo en serio —replico fingiendo enfado.

—Lo sé, pero esto no es trabajo, es ocio —apunta airosa.

—¡Claro! Lo menos serio también es serio —contesto abrazándola mientras me meto entre el hueco de su clavícula y su oreja.

—Estaba bromeando, va a quedar genial —finaliza ronroneando por mis mimos.

Juntos nos encaminamos hacia la casa, por hoy será suficiente. Quiero ir mandando las invitaciones a nuestros amigos y familiares. No va a ser nada formal. Un pequeño video que he hecho esta mañana y que quiero que Martina visione conmigo para que me diga si le parece que hay que cambiar algo. Nada más han sido unas cuantas fotos de todos los que quiero que estén con nosotros. Música agradable y unas pocas letras al final indicando que en quince días los esperamos a todos en nuestra casa. No quiero dilatar demasiado en el tiempo la celebración. Será mi forma de despedirme, nada más lo sé yo y supongo que Telmo atará cabos y lo verá tal y como yo. No he vuelto a hablar con él desde mi confesión y estoy seguro de que lo habrá pensado en más de una ocasión. Tal y como me pasó a mí, él también tendrá que asimilar todo. Es normal.

Martina no puede evitar llorar cuando ve el montaje que he realizado, unas pocas fotos de todos nosotros en momentos divertidos y poco más. Esto me ha dado una idea y creo que haré algo parecido para el final de la fiesta con más material gráfico que tengo por ahí. A fin de cuentas, quiero que todos se lleven un buen sabor de boca cuando se vayan de aquí, y me recuerden cuando ya no esté. En cuanto Martina me comenta que le encanta me dispongo a enviarlo. Tenemos un grupo por ambas familias así que por ahí ya tengo bastantes invitados avisados, otro de los amigos que fuimos

de fin de semana a Huesca, otros invitados que no pertenecen a ninguno de esos grupos y creo que estaría todo. Lo de la lista de invitados fue una excusa para allanar el camino a Telmo, sé que a Martina no le agrada demasiado que esté en la fiesta, pero él es uno de los invitados más importantes, aunque eso ella aún no lo sabe.

Capítulo 33. Telmo

Desde mi conversación con Max no dejan de venirme pensamientos a la mente. Si bastante tengo yo con mi vida caótica, esto me ha pillado con el pie cambiado y me inquieta bastante. Jamás me hubiera esperado que mi amigo esté a punto de morirse, en realidad no lo veo tan mal como para que eso suceda, y por otro lado el plan que tiene trazado me parece una locura. No digo que no me agradaría, es más, me encantaría que sucediera, sin embargo, lo veo poco probable. Las cosas no se pueden forzar y la forma que tiene Max de explicarlo parece hasta factible, pero una cosa es lo que tu cabeza idea y otra la realidad. Martina está enamorada de su marido, no va a enamorarse de mí, además creo que desde nuestra última conversación soy alguien al que no quiere ver.

No he vuelto a hablar ni con uno ni con el otro, y es que no sé cómo abordar el tema con él. ¿Qué hago? Llamo y pregunto: tío, ¿cómo estás? Obviamente su respuesta no va a ser que bien. Puede que esté apartándome de él y es ahora cuando más me necesita. La verdad es que no sé cómo afrontarlo, este es uno de los momentos en los que Martina me sería de gran ayuda.

He recibido un mensaje en el grupo de amigos, una fiesta en casa

de Max y Martina. Algo me comentó de que quería despedirse sin llamarlo despedida. Esta creo que es la excusa perfecta para hablar con él.

—¿Hola Max? ¿Puedes hablar?

—Sí, claro. Dime.

—Era para confirmarte la asistencia a la fiesta —espeto del tirón.

—Contaba con ello. Sé que ibas a venir —afirma seguro de sí mismo.

—¿Necesitas ayuda con algo? —me ofrezco.

—De momento, de la decoración me estoy encargando yo. Lo tengo casi todo ya a falta de algunos detalles como las flores frescas que llegarán ese mismo día y algunos globos —enumera.

—Me imaginaba, ese es tu trabajo, pero si necesitas que me acerque a colocar algo, o te llevo alguna cosa… —prosigo.

—Catering encargado, música también… —añade pensando en alto —. De todas formas, seguramente cuatro ojos vean más que dos y podrás aportar alguna idea que seguro es bienvenida.

—Bueno, no sé. Cuando quieras que vaya me dices y vemos lo que necesites —reitero.

—Vente a cenar hoy —escupe sin pensárselo.

—¿Hoy? Y ¿Martina? —pregunto algo cortado.

—Por Martina no te preocupes, vas a venir a echarme una mano con la fiesta. No es discutible, además ella últimamente llega muy tarde a casa y bastante cansada. Ni siquiera tendrá fuerza para replicar —argumenta.

—Vale, como quieras —acepto.

En cuanto cuelgo me arrepiento, no sé si estaré cómodo pero lo que menos me apetece es que ella no lo pase bien. No le debe de agradar que yo haya sido el que casi le rompe el matrimonio. Es algo comprensible.

La noche llega y aunque a última hora de la tarde me he acercado a casa de Max hemos estado liados en el jardín ubicando diferentes espacios con mesas y asientos. Este tío tiene un concepto del espacio y del estilo increíbles. Con razón es un crack en lo suyo. Hemos bebido alguna cerveza mientras movíamos mesas o sillas. La verdad es que su casa es increíble, pero él ha logrado crear espacios mágicos. Cuando cae la noche y el jardín queda iluminado se ven las diferentes zonas bien diferenciadas, pero a la vez cohesionadas entre sí. Será estupenda.

Tal y como me dijo Max esta mañana, Martina aparece pasadas las ocho y media de la tarde. Se la ve cansada. Saluda a su marido y a mí me da un escueto beso en la mejilla que me sabe a poco. Miro a Max y él me tranquiliza con un gesto de manos, he entendido algo así como: tranquilo ella lleva su proceso y su tiempo. Todo está bien. Le he agradecido con un movimiento de cabeza.

Martina se ausenta, y mientras tanto Max y yo nos quedamos en la cocina preparando la cena. Pescado al horno que se encarga de sazonar y preparar Max y a mí me ha asignado una ensalada. Me siento un poco intruso merodeando por su casa a mis anchas, pero Max me ha dado total libertad para coger lo que necesite. Desconozco la ubicación de la fuente o donde está la tabla y el cuchillo adecuado para cortar el tomate, pero muy amablemente me va guiando e indicando dónde encontrarlo. Cuando vivía con Sara a veces estábamos así en la cocina, los dos cómplices; pero en los últimos tiempos nos limitábamos a hacer la vida cada uno por su lado. O bien ella ya había cenado con los niños cuando yo llegaba y no tenía nada de cena para mí o muchas veces ni siquiera me planteaba meter nada en el estómago. Fue insostenible esa situación hasta que decidí abandonar mi casa. Se me partía el alma haber llegado a ese punto después de todo lo vivido.

Al poco rato aparece Martina con ropa cómoda y desmaquillada. Tiene mala cara. Se une a nosotros ofreciéndonos una copa de vino a cada uno. Se queda mirando a través de las ventanas de la cocina mientras saborea su copa.

—Está quedando precioso —comenta distraída.

—Sí, la verdad es que hoy entre Telmo y yo le hemos dado un buen empujón. Está casi casi como quiero que quede —responde Max mirando también hacia la misma dirección que ella.

—Me he limitado a seguir tus órdenes, no es mérito mío —intervengo.

—No te quites importancia tío —corrige mi amigo.

—Trabajo en equipo, como debe ser —dice Martina como siempre tan equilibrada —. ¿Cenamos? —pregunta —. Estoy bastante cansada y quiero acostarme temprano.

—Le faltan cinco minutos al pescado —contesta Max acercándose al horno para mirar el temporizador.

Lo cierto es que un aroma delicioso ha inundado la cocina desde hace rato y es imposible que los jugos gástricos no se remuevan. Ponemos la mesa y comenzamos a cenar. La charla es distendida y lejos de estar tensos creo que Martina me ha perdonado de alguna manera. Está guapísima a pesar de sus ojeras color malva bajo los ojos.

Capítulo 34. Max

Hoy es el gran día, estoy impaciente porque quiero que salga bien y todos se lleven un grato recuerdo de mi despedida. Ha amanecido un día primaveral como ninguno, un poco de fresco por la mañana pero a medida que vayan avanzando las horas se irá calentando el ambiente. Es sábado, la hora de llegada se estima sobre las doce, pero el catering, los arreglos florales y la banda de música que he contratado llevan campando por casa desde las nueve y media. Martina duerme y eso que la prueba de sonido ha sido larga, en las últimas semanas está llegando la primera al trabajo y saliendo la última. Siempre pasa cuando tienen algún proyecto grande entre manos. Espero que hoy al menos disfrute de la fiesta.

—Buenos días remolona —saludo al ver a Martina en pijama y despeinada llegar a la cocina.

—No podía abrir los ojos —contesta y se percata de que falta algo y rápido reacciona —, buenos días amor.

—Tienes tiempo de sobra para desperezarte, darte una ducha y disfrutar del día —comento acercándome a ella para recibir mi beso de buenos días.

—Sí, sí —afirma yendo directa a la cafetera —. En cuanto la

cafeína haga efecto en mí me pongo a ello —añade sirviéndose una taza enorme de café para beberlo a continuación.

—No hay prisa amor, tómate tu tiempo.

Dicho y hecho, nada más terminar su bebida deja la cocina y se activa. Sé que Martina tiene sus rituales de belleza y estará más tiempo de lo normal arreglándose, me encanta que me sorprenda. Voy recibiendo a los invitados a medida que llegan: amigos, familia, conocidos, todas las personas con las que tenemos algún vínculo importante. Esto es como celebrar la navidad, pero en primavera y sin los horribles jerséis que Martina compra todos los años, a cada cual más feo. Poco a poco se van haciendo corrillos en los que se conversa y se ríe; estoy feliz. No puedo pedir más a la vida, solo me queda agradecer que me acompañen. Sé que el secreto que guardo es grande, pero quiero hacerlo así, a mi manera. Martina entra en escena, ha elegido un vestido largo y vaporoso de flores en tonos crema que le hacen destacar su belleza, está realmente guapa. Algunas joyas étnicas y el pelo suelto, parece incluso despeinado, pero sé que esto forma parte del look. Está hecho a propósito. Vamos saludando a unos y a otros, suena la música y reconozco que en algunos momentos me vengo abajo y las lágrimas están a punto de salir. Alego que es la alergia primaveral la que me hace tener los ojos vidriosos y nadie sospecha nada. A medida que avanza el día nos vamos entonando y relajando más; mis padres y mis suegros se han ido y se han llevado a los sobrinos para dejar a nuestros cuñados algo de libertad para que disfruten. Todos contentos: los nietos porque saben que con los abuelos todo es más fácil y hay pocas normas, y mis cuñados porque un espacio para la pareja les viene fenomenal.

Me acerco a Telmo que ha estado en un perfil bajo durante toda la velada, sé que quiere, pero no sabe cómo afrontar todo esto.

—¿Cómo vas tío? —pregunto ofreciéndole una cerveza.

—Bien, bien, creo que borracho —afirma riendo.

—Esa era la idea —añado acompañándolo mientras brindamos.

—Bueno, ahora no sé si seré responsable del todo —asegura mirándome serio.

—Está guapísima —corto dirigiendo la mirada hacia donde él la tiene. Ambos miramos a Martina que habla de forma distendida con nuestros amigos.

—La verdad es que sí —murmulla casi avergonzado.

—No quiero que estés así Telmo, lo hemos hablado y aunque no me has dado tu confirmación sé que lo harás bien —intervengo.

—¡Joder tío! Es una de las cosas más difíciles a las que me he enfrentado en la vida y una responsabilidad enorme.

—Todo fluirá —decreto con convencimiento.

—¿Y si no fluye? ¿Y si no quiere saber nada de mí? ¿Y si se entera de esta encerrona y se niega? —pregunta atropelladamente, nervioso y algo irascible. No le culpo.

—Tranquilízate, todo va a ir bien. El primer golpe será duro, pero estoy convencido de que con el tiempo todo saldrá como tengo planeado.

—No lo veo, de verdad —niega cada vez más desconcertado —. No sé en qué estaría pensando cuando accedí a todo esto; es una locura Max.

—Te entiendo Telmo, pero estás enamorado de ella. Sabrás cómo hacerlo.

—¡Pero ella de mí no! —espeta subiendo el tono. No podemos evitar que algunas cabezas se vuelvan a mirarnos. Reconduzco la situación y me echo a reír para que todos crean que no hay nada de lo que preocuparse.

Converso largo y tendido con Telmo, lo tranquilizo, le hablo de

Martina, de lo que le gusta, de lo que no. Un poco el día a día que lleva y cualquier detalle que creo que es importante que sepa para poder conquistarla. Es un "proyecto" ambicioso, pero todo irá bien… ¿Qué por qué lo sé? No tengo ni idea, pero estoy convencido de ello.

La fiesta alcanza su culmen sobre las nueve de la noche, la banda se pone seria y nos deleita con canciones que todos coreamos como quinceañeros, levantamos nuestras copas y no puedo evitar hacer una barrida con mis ojos y comprobar que es así como quiero que me recuerden. Celebrando, riendo y cantando. Soy feliz. Mi mirada se cruza con la de Martina, me guiña y sé que todo va bien, el siguiente es Telmo; mueve la cabeza en señal de agradecimiento y todo se calma en mi corazón. No podría encontrar a nadie mejor.

A las tres de la madrugada me retiro, no puedo más. Algunos noctámbulos quedan pero como puedo me escapo y me meto en la cama. He forzado demasiado y mañana pagaré las consecuencias, pero lo cierto es que no me importa. Nunca mejor dicha la frase: que me quiten lo bailao.

Capítulo 35. Telmo

—Hola Martina. —Me decido a acercarme a ella. He sopesado la idea desde hace horas pero no me he atrevido. Solo nos hemos saludado a mi llegada y después me he perdido en grupos de personas evadiendo su compañía.

—Hola Telmo, ¿qué tal todo? —pregunta y no sé a qué se refiere, si a mi vida, a la fiesta.

—Bien, creo que he bebido de más y… ¿Qué puede salir mal? —espeto. Parece que ella no entiende nada y es lógico, pero yo no dejo de pensar en la petición de Max. Suerte que Martina se ríe y yo con ella.

—Esa es la actitud Telmo, paso a paso —afirma serena.

—Entonces ¿debo ir paso a paso? —pregunto.

—Exacto, sin prisa y sin pausa. Todo lleva su proceso…

—… y su tiempo —termino.

—¡Eso es! Ya veo que te sabes la lección —afirma orgullosa de que sus palabras hayan calado en mí. Si ella supiera que no solo son sus palabras, si no su sonrisa, su cuerpo, todo.

—Sí, soy un alumno aventajado, la teoría me la sé, lo de la práctica ya es otra cosa —confieso y es que no sé ni cómo lo haré,

ni cuando, ni nada.

—Confía Telmo, déjate llevar por tu corazón y lo que te vaya pidiendo la vida —me aconseja. Si ella supiera que no estoy hablando de mi vida en general, si no de mi vida con ella, creo que no diría las mismas palabras.

—¡Vale! —me calmo. Y es que ella tiene ese poder en mí —. Confiaré en el proceso, en el tiempo y en el corazón —me repito musitando, siendo que la lengua no responde y parece de trapo.

—Eso es —me dice al oído para irse. Mi piel se ha erizado como si de repente hubiera bajado la temperatura veinte grados.

Intento llevar una conversación algo menos trascendental con Martina, no sé si lo estoy consiguiendo pues me noto algo ido, el alcohol, y esa forma suya de mirarme o yo de sentirme, me hacen titubear y no estar ni ágil ni espabilado. Es lo que hay, no tengo otra forma de actuar, y menos con todas las cervezas y vino que he bebido. El caso es que ella no se va espantada ni escandalizada por mi estado, de hecho, bromeamos y nos reímos y de verdad que lo agradezco. Me he visto como un auténtico imbécil, como un patán que no sabe comportarse, pero como ella es así y lo hace todo más fácil creo que al final salvo la situación. Más amigos se unen a nosotros y el ambiente se vuelve más ligero, lo agradezco, poco a poco, me digo, fluyendo y dejando que todo se recoloque en el momento oportuno.

Terminamos a eso de las nueve de la mañana desayunando unos cuantos en la cocina de Martina y Max. Churros, que un kamikaze inconsciente se ha atrevido a ir a comprar, y chocolate. Esta estampa me recuerda a la de hace unos cuantos años, cuando todos éramos más jóvenes y acabábamos comiendo churros pringados en chocolate, cerveza o vete a saber, pero igual de inconscientes en algunos momentos. Si esta es la vida, reconozco que no es tan fea

como algunos la pintan.

Capítulo 36. Max

Oigo ruidos y me encuentro algo descolocado. Me cuesta ubicarme, estoy en la habitación pero las carcajadas me ponen rápido en contexto. La fiesta aún no ha acabado, miro mi reloj y veo que son las nueve y media de la mañana de un domingo de primavera. No puedo evitar sonreír, ha ido mucho mejor de lo que hubiera podido imaginar. Una ducha rápida y me uno al grupo.

—¡Qué bien! Todos aquí desayunando y yo famélico, podíais avisar —amonesto riendo.

—Había pensado en ir a despertarte de una forma sensual, pero no me he depilado —espeta Diego que sigue borracho.

—¡Vete a la mierda! —contesto poniendo cara de asco. Todos reímos.

Martina se apresura en ponerme delante una taza con chocolate y acercarme un plato con churros.

—Buenos días amor —saluda poniéndose a mi lado. Sigue tan guapa después de tantas horas.

—Buenos días —contesto agarrándola por la cintura, ella se esconde en mi clavícula y mi mirada se cruza con la de Telmo que avergonzado baja la suya. No ha sido mi intención hacer que se

sintiera mal.

Tras el desayuno todos se van a sus casas, tanto Martina como yo les hemos ofrecido nuestra casa para que descansaran, pero todos han denegado la invitación. Se han apañado unos y otros para irse. Espero que todos lleguen bien. Insto a Martina para que se acueste mientras yo intento recoger algo. Es mirar todo y entrarme el agobio; de repente me siento cansado. Los preparativos de todos estos días me han mantenido activo, pero ahora que paro, me doy cuenta de que este ritmo no podré mantenerlo demasiado tiempo. Mi cuerpo no lo resistirá.

Solo, en medio del jardín me vengo abajo. Dejo que las lágrimas salgan, han sido muchas emociones y sé que el paso más difícil de mi vida se aproxima. He barajado la forma menos dolorosa de hacerlo y no la he encontrado. Conozco a Martina, es incapaz de odiar a nadie, pero estará enfadada conmigo durante mucho tiempo. La entiendo perfectamente, voy a actuar como un cobarde, pero la verdad es que no veo otra forma de irme de su vida. No quiero que sufra y sé que lo hará, lo único que intento es que sea lo menos posible. Me odio por cómo lo voy a afrontar, pero juego con la ventaja de que Telmo estará ahí para echarme un cable. Lo va a hacer bien.

Los primeros pasos están meridianamente claros. Telmo ha recibido las instrucciones pertinentes. Esperará a mi llamada para actuar. No me va a fallar. No lo puede hacer. Dudo por momentos: ¿y si ahora se echa para atrás?, ¿y si abandona a Martina a su suerte? No. No puede ser, me digo con firmeza. Está demasiado enamorado de ella como para hacerlo.

No tengo tiempo que perder. Recojo todo lo que puedo. La empresa de transporte tiene concertada la recogida, en los próximos días, de los enseres que pedí prestados a la empresa, me dedico a

llenar unas cuantas bolsas de basura con restos de botellas y comida. Básicamente hago desaparecer todo lo que demuestra que aquí se celebró una fiesta ayer.

Martina sigue durmiendo, me doy una ducha, recojo parte de las cosas que tengo preparadas, dejo la carta encima de la mesa del salón y desaparezco sin mirar atrás. Quiero morirme de verdad, no creí que fuera capaz de alejarme del amor de mi vida. Soy lo peor. No me merezco ni el aire que respiro. Espero que todo esto acabe ya. Es insoportable el dolor que ahora mismo me aprieta el pecho.

Capítulo 37. Martina

Estoy entumecida, no sé ni qué hora es. Una tenue luz entra por la ventana, con los ojos llenos de legañas logro vislumbrar el reloj de mi mesilla, son las siete y media de la tarde. Con razón la luz es tan suave. Me extraña que Max no me haya despertado para comer, pero realmente se lo agradezco, estaba cansada. Me estiro y como puedo me levanto. Siento un leve dolor en la cabeza y también en los pies, ayer bailé mucho. La casa parece desierta, no se oye ni una mosca. No sé dónde estará Max. Después de pasar por el baño y algo más recompuesta me acerco hasta el salón, ni un alma, voy hasta la cocina. Los churros y el chocolate han desaparecido, nada más unas cuantas tazas en el fregadero esperando para meterlas en el lavavajillas. Bebo un vaso de agua y mi cuerpo parece reaccionar, sin duda lo necesitaba. Otro más, tengo resaca. El tercero va con un paracetamol, la cabeza empieza a palpitar. Intento recordar dónde dejé mi móvil ayer, pero no tengo ni la más remota idea; es igual. El siguiente paso es tomarme un café para espabilarme, más leche que café porque mañana hay que ir a trabajar y no quiero pasarme la noche en vela. Despistada llego hasta el salón, veo mi móvil sobre la mesa grande, no le presto atención. Ya lo tengo localizado. Me tiro

en el sofá tras beber otro sorbo de café con leche, me estiro y cierro los ojos. Lo más parecido a la felicidad tiene que ser esto. Estoy exhausta sí, pero lo de ayer no lo olvidaré nunca. Fue un acierto por parte de Max celebrar sin ningún motivo aparente una reunión con la gente que queremos, deberíamos hacerlo más. Es bonito compartir momentos. Se lo tengo que proponer para que al menos dos o tres veces al año nos reunamos todos. Me quedo traspuesta, pero sin llegar a dormirme del todo, abro los ojos y me percato de que no hay noticias de Max, no tengo ni idea de donde puede estar, pero empiezo a preocuparme. Me levanto y reviso mi móvil, algunos mensajes de agradecimiento, miles de fotos que me hacen sonreír pero no hay llamadas. Me parece raro que no me haya avisado si tenía previsto salir, por un momento pasa por mi mente Telmo, ¿y si ha habido alguna novedad con Sara y ha llamado a Max para que le eche una mano? Es lo único que podría haber pasado. Paseando por el salón me percato de que hay un pedazo de papel doblado sobre la mesa, justo al lado de donde había dejado la taza con mi café con leche. Un último sorbo para apurar su contenido ya frío y me dispongo a ver de qué se trata con curiosidad. Pone mi nombre, sin duda son las letras de Max. Qué nervios, siempre tan detallista conmigo. Abro con manos temblorosas lo que parece una carta, leo.

Querida Martina:

No me odies por esto, sé que no lo harás porque te conozco demasiado bien. Me voy, no hay vuelta atrás. Te puedo jurar que ha sido una decisión sumamente meditada y que espero que algún día entiendas el porqué de mi huida. Es así, no es otra cosa que una huída porque te quiero demasiado como para plantarme delante de ti y exponerte todo lo que pasa por mi cabeza. No tengo justificación y soy un cobarde, pero

créeme que todo lo hago por ti, por tu bien, porque no te mereces esto. Pueden parecer letras que quedan bonitas sobre el papel, pero tengo mis motivos para hacer lo que hago. No hay una tercera persona, nunca la ha habido. Seguro que estás alucinando con todo esto y que no puedes creerlo, lo sé y te entiendo. Mis letras son ambiguas, pero es que no puedo darte más detalles, más bien no quiero hacerlo por no hacerte sufrir. Espero que alguna vez me perdones y si aún tengo derecho a pedirte algo solo te pido una cosa: sé feliz Martina. Por ti, por mí, te lo mereces todo.

No te olvides nunca de que siempre has sido mi todo. Te quiero con locura.

Max.

En cuanto termino de leer la carta vomito, no puede ser verdad lo que acabo de leer. Max se ha ido, ¿por qué? ¿Cuáles son los motivos de los que habla? ¿Por qué no ha tenido la confianza de confesarme lo que sea que le pase? No puedo entender nada, mi cabeza va a mil revoluciones por minuto, rememoro la noche de ayer buscando alguna pista, no doy con ella. Me levanto como un resorte aguantando las náuseas que siguen amenazando con hacerse más grandes y voy hasta nuestra habitación. Su armario está prácticamente igual, apenas faltan algunas prendas de ropa. Tal vez sea un paréntesis y vuelva en poco tiempo. No entiendo nada, corro hasta el baño, sigo vomitando y vomitando. No hay quien pare todo esto. Estoy exhausta y creo que esto solo es el principio.

Capítulo 38. Telmo

He recibido la llamada de Max, dice que Martina ha intentado ponerse en contacto con él pero que no ha contestado al teléfono. No me ha hecho falta inventar ninguna excusa para acercarme a ella, ha sido la misma Martina la que me ha llamado a eso de las nueve de la noche. No he tardado ni una hora en volver a su casa; tras una ducha rápida me presento allí.

—Oh Telmo —saluda echándose a llorar y abrazándome fuerte.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes Martina? ¿Qué te pasa? —suelto como si fuera una ametralladora. Martina no dice nada solo gime en mi cuello y llora.

Pasamos unos minutos así, no puedo verla sufrir de esa manera, pero tengo que seguir disimulando que no sé los motivos que le hacen estar así. Cuando parece más recompuesta se retira de mis brazos, me mira a la cara y empieza a relatar cómo puede lo que le ocurre.

—Max se ha ido —expone como ida, parece que decirlo en alto le ha hecho darse cuenta de la magnitud de lo que está pasando.

—¿Dónde? —pregunto incrédulo.

—No lo sé —afirma con una serenidad que me parece increíble,

creo que está en shock y por eso se muestra así de aséptica. Me muestra un papel y con un gesto de su cabeza me invita a leerlo. Tras una lectura rápida, he de reconocer que me ha provocado cierto pudor ser partícipe de algo tan íntimo entre ellos, le devuelvo la carta.

—No sé qué decir Martina —admito y es que esto no estaba planificado. A partir de ahora tendré que seguir mi instinto e intentar que ella esté lo mejor posible —. ¿Habéis discutido? ¿Iban las cosas mal entre vosotros? La verdad es que por lo que vi ayer no me pareció. —Ella niega con la cabeza sin decir nada más.

El resto de la noche la paso con Martina, ella habla de vez en cuando, aunque los silencios son más grandes. Respeto su espacio y nada más estoy a su lado, intento que esté cómoda, que coma algo y que se acueste, pero se ve que quiere saber dónde está Max, me pregunta, divaga y no sé qué contarle. Si piensa que tengo información al respecto no lo va a conseguir. Sé lo mismo que ella. A eso de las cinco y media de la mañana cae rendida en el sofá. La tapo y observo sentado en el otro extremo. Aun así, está bellísima y eso que tiene los ojos hinchados y la cara roja. No sé si Max es consciente del daño que le ha provocado o si es menor del que le pudiera ocasionar su enfermedad y posterior muerte. No lo tengo claro, sí que es verdad que por lo que me ha contado los últimos meses para él van a ser bastante duros pero también estoy seguro de que Martina lo hubiera acompañado de mil amores, cuidándolo y queriéndolo más que nunca. Tal vez el trago que le quería evitar ha superado con creces este. Se me parte el corazón verla así, tan triste, tan incrédula con todo… porque no sabe ni cómo gestionarlo y eso que ella tiene esa calma y paz mental que muchos quisiéramos para nosotros. Supongo que el primer golpe es así, de impotencia, de desesperanza, de duda… Todos en algún momento de nuestras

vidas hemos pasado por situaciones parecidas en mayor o menor medida, sin embargo, no es fácil de llevar y es complicado estar como acompañante ya que todo lo que digo o hago me parece poco para mitigar su dolor.

Me tomo la libertad de mandar un mensaje a su jefa, Martina no está en condiciones de ir a trabajar. Creo que lo mejor es que descanse y se reponga un poco. No he dado demasiadas explicaciones al respecto, nada más un OK como respuesta. También me ha escrito Max. En cuanto he leído su mensaje he sentido una rabia y una indignación increíble, ella no le odiará, pero yo… yo no sé qué siento por él. Creo que lo ha hecho de la peor manera posible, Martina no se merece esto. He sido muy escueto. Le he dicho que dormía y creo que, aunque no se puede interpretar el tono del mensaje, le ha quedado claro que no me apetece hablar con él. Quiero que se muera, sí. Que desaparezca y que no tenga nada más que ver con Martina, el daño gratuito que le ha provocado es imperdonable. Ahora me doy cuenta de que esto es una locura… ¿Y yo? Que sé toda la verdad, ¿seré capaz de estar callado y seguir con toda esta farsa? Cada vez tengo más dudas de si mi participación en este plan macabro tendrá buen resultado, como Martina se entere de todo esto es muy posible que no quiera vernos ni a Max ni a mí, y no la culpo.

Capítulo 39. Martina

Abro los ojos, estoy tumbada en el sofá. Miro a mi lado y veo a Telmo tapado con una manta en el otro sofá. No entiendo nada, me duelen los párpados. Miro en derredor y me topo con un trozo de papel encima de la mesa. Siento que a mi cabeza llegan fogonazos de imágenes de la fiesta, de mi vida con Max, la llegada de Telmo… y todo cobra sentido. Max no está, no obstante no estoy segura si lo que estoy viviendo es un sueño o la realidad. Sin hacer ruido me levanto y voy hasta mi habitación. La cama sigue deshecha pero solo del lado que yo ocupo. Eso me da pistas de que realmente Max no ha dormido en casa. Miro la hora del reloj y me percato de que debería estar trabajando, sin embargo, no tengo ganas. He vuelto a ponerme a llorar y una presión atenaza mi pecho. He debido hacer ruido o hablar en alto porque en cuanto me doy cuenta tengo a Telmo detrás de mí.

—¿Estás bien Martina? —pregunta con sigilo. Me giro y le veo mirarme como nunca, una mezcla de lástima, de cautela y amor infinito en sus ojos.

—La verdad es que no —aseguro y no sé por qué, pero me abrazo a él.

Lloro desconsolada mientras Telmo me frota la espalda con cariño, sé que dice algunas palabras pero no entiendo lo que significan. No veo solución a nada de lo que me está pasando, más bien, no logro encontrar el porqué de su huida, los motivos, las razones… me cuesta creer que haya desaparecido. Parece todo una pesadilla de la que despertaré en cualquier momento, lo deseo así. Despertar empapada en sudor, mover mi mano y sentir que a mi lado duerme Max. Todo ha sido un mal sueño y todo está bien. Quiero eso, lo necesito. No me puede estar pasando esto. Estábamos bien, nos queremos, somos el uno para el otro. Esto es una broma pesada. No puedo estar viviendo esta angustia y esta tristeza tan profunda.

Telmo me acompaña durante todo el día, le he pedido que me deje, que se vaya a trabajar pero se ha negado. Dice que no estoy en condiciones de quedarme sola y que respeta que no se lo quiera contar a nadie más y por esta razón será él el que me cuide. La verdad es que es un encanto y no puedo quejarme de los amigos que tenemos. Se desvive por acomodarme las almohadas, darme pañuelos limpios para que no tenga que levantarme del sofá, ha hecho sopa y está pendiente de mí todo el rato. No puedo pedir más, bueno en realidad sí. Quisiera tener una explicación a todo esto, me faltan episodios en esta película y sí o sí tendré que saberlo. Desaparecer de la vida sin dar motivos no es del estilo de Max, lo conozco bien, tiene que ser algo tremendamente horrible para haberme dejado.

—Telmo, ¿de verdad que no sabes nada? —pregunto por enésima vez.

—Lo mismo que tú, Martina —repite y es que no logro sacar nada de él.

—Es que me cuesta creer que Max haya hecho algo así, no me entra en la cabeza. Su personalidad va en contra del oscurantismo,

del doblez, de los secretos, ¡nos contábamos todo, joder! —espeto levantándome del sofá. Acto que ha hecho dar un respingo a Telmo que no se lo esperaba para nada.

—Pues… no te puedo ayudar Martina —se excusa.

—¡Sabe que no nos besamos!, ¡lo sabe todo! —grito fuera de mí. Era cuestión de tiempo que saliera la rabia que tengo dentro de mí.

—¿Crees que por ese motivo se ha ido? —pregunta negando con la cabeza.

—Ya no sé qué creer Telmo, no sé qué pensar, le doy vueltas y no consigo encontrar un camino claro.

Durante toda la tarde intento encontrar los motivos ayudada por Telmo, he de decir que él aporta poco, algún apunte o detalle que hace que me pierda más en este enredo del que no entiendo nada. A las nueve y después de cenar, le pido a Telmo que se vaya. Estoy realmente agotada y necesito dormir algunas horas. Espero que mañana esté algo más claro y encuentre un hilo del que tirar, tal vez Elisa me de otro punto de vista y juntas podamos encontrar algo significativo.

Capítulo 40. Max

—Hola Telmo, ¿cómo está Martina? —pregunto al otro lado del teléfono.

—¡¡¿Qué cómo está Martina?!! —espeta irritadísimo. Jamás lo había oído hablar así ni cuando su separación con Sara —. Imagínatelo Max, está destrozada, no sabe qué hacer ni qué decir, si ir a buscarte, o dejar que todo pase. ¿Me puedes decir en qué cojones estaba yo pensando para aceptar este despropósito? — inquiere furioso.

—Estás enamorado de ella —suelto bastante calmado.

—¡Por supuesto! Estoy locamente enamorado de Martina, sí Max, me da exactamente igual como te siente, después de verla como está no merece ni un minuto de sufrimiento por ti —argumenta dolido —. Mañana mismo hablaré con ella, no quiero ser partícipe de esta farsa. Lo siento Max.

—¡No me jodas Telmo! Dijiste que me ayudarías, que estabas conmigo en esto. Que harías que Martina se enamorara de ti para no sufrir por mí.

—¡He cambiado de opinión! ¡Es una locura! —grita cada vez más fuera de sí —. ¿En algún momento pensaste en que esto podría salir

bien? Porque no se sostiene, ni en la peor película de Hollywood cabría un guion como este. Si se quiere enamorar de mí, me parece perfecto, pero no engañándole, así no se hacen las cosas. Todo lo que has ideado es una locura, ¡una auténtica locura! Estás fatal Max.

—Eso es cierto —afirmo con rotundidad —. Hoy mismo me han dado el resultado de una analítica y parece que la muerte tiene prisa por llevarme por delante —confirmo resoplando, pero al otro lado no escucho nada —. Telmo, ¿estás ahí?

—Sí, estoy aquí —dice abatido —. Lo siento Max, de verdad que sí, pero entiéndeme, se me parte el corazón ver a Martina tan hundida y lo peor de todo es que no tiene a nada a lo que agarrarse. No hay evidencias, no hay una última palabra… nada y eso la está minando, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo Telmo y créeme que no quisiera que pasara por este trago, pero es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? —corta otra vez furibundo.

—Para todos Telmo, para ella, para ti, para mí —enumero y oigo que se ha cortado la comunicación. Está claro que esto va a ser más complicado de lo que pensaba.

Pienso en lo que me ha dicho Telmo y tiene razón. Martina no se merecía este dolor, pero la conozco muy bien, y dejar que me acompañe para verme morir no era una opción mucho mejor. También iba a pasarlo mal. Tal vez he actuado de forma egoísta y en el fondo esta decisión solo era buena para mí porque de esta manera no tengo que enfrentarme a todo lo que se me viene y Telmo ha sido mi *partner in crime*, necesario para afianzar más mi teoría. Sé que no estaba del todo convencido pero su amor por mi mujer es tan puro y tan grande que fue fácil convencerlo. Todo lo que esté relacionado con ella le toca dentro. Valorando todo esto me siento mala persona, pero ¡joder! Me estoy muriendo. Solo quiero

que ella tenga una vida fácil, alguien a su lado que la cuide y la mime y sobre todo que la quiera y la única persona capaz de hacerlo es Telmo. No quiero pensar que Martina no podría rehacer su vida con otra persona, ella es muy fácil de querer, es puro amor y cualquier hombre podría hacerlo, sin embargo, no me convence que fuera cualquier hombre. Telmo es perfecto para ella.

No me siento orgulloso de mi decisión, ahora lo veo claro, pero ya no hay marcha atrás. Es cuestión de tiempo que deje de estar aquí, a partir de ese momento ya no podré afectar para nada en su vida, solo espero que Telmo recapacite y no la haga sufrir más si decide contarle todo.

Capítulo 41. Telmo

—Hola Martina, ¿cómo estás? —pregunto saludándola con dos besos.

—Mal, la verdad —confiesa y no hace falta que lo jure. Su aspecto no es el mejor —. ¿Por qué no has venido a casa? —pregunta.

—Así te da un poco el aire, llevas demasiados días encerrada —confieso y es que ella insistía e insistía en que fuera a verla. No quería salir para nada.

—Pff —resopla resignada.

Paseamos por un parque tranquilo, algunos viandantes pasean, otros atraviesan el paseo central para acortar el camino hasta la otra parte de la ciudad, algunos niños corretean delante de sus madres. En cuanto encuentro un banco un poco alejado decido parar y sentarnos.

—Martina, tengo algo que contarte —me atrevo a decir con el corazón latiendo a mil por hora en mi cabeza. Sudo y no sé ni por dónde empezar.

—¿Es algo de Max? —pregunta dando un respingo.

—Sí, de él también —admito un poco triste —. Pero primero quería contarte otra cosa —añado expectante.

—Dime —responde impaciente, seguro que lo que tengo que decirle lo pasará por alto porque lo que ansía saber es el paradero de su marido, es comprensible.

—Ya lo sabes Martina, porque eso se sabe, pero quiero decírtelo yo mismo —inspiro, suelto el aire y armándome de valor confieso —: estoy enamorado de ti.

—Ehh —titubea —. Ahora mismo Telmo eso pues… —duda —. No sé, yo… —corta, me evita la mirada y continúa —. Lo siento — admite abatida.

—Sí, sí, lo sé Martina. No estás para mis chorradas —corto desesperanzado.

—No, no me malinterpretes, de verdad —dice compungida —. No son chorradas, estar enamorado de alguien es un sentimiento precioso, pero… mi cabeza la ocupa Max. Necesito saber todo — afirma rotunda.

—Sí, no te preocupes. Yo te cuento todo. —Respiro profundo de nuevo y comienzo mi relato —. Max tiene una enfermedad terminal, se está muriendo —espeto sin maquillar un ápice la situación.

—¿Cómo? ¿Qué? —pregunta echándose a llorar.

—Tiene una enfermedad rarísima que avanza rápido, es cuestión de pocas semanas que fallezca, por eso decidió irse. No quería que vieras su deterioro y su sufrimiento —confirmo.

—Pero… yo le hubiera ayudado, estaría con él acompañándole. ¡Es mi marido! —grita indignada y no la culpo.

—Eso él lo tiene muy presente pero no quería que pasaras por ese trago y por eso decidió alejarse —añado esperando su reacción.

—No lo entiendo, de verdad —musita sorbiendo los mocos —. Somos un equipo, estamos juntos en esto, no me entra en la cabeza como ha podido apartarme así. —Niega con la cabeza. La incredulidad y la decepción han mudado su cara.

—Él pensó que era la mejor opción —resumo.

—Y ¿yo? ¿Por qué no me ha consultado a mí? ¿Por qué no ha pensado que su opción no era la mejor para mí? ¿Por qué no me ha contado toda la verdad? —pregunta sin dejarme contestar a ninguna de ellas.

—No sé, supongo que quería ahorrarte sufrimiento —respondo no muy convencido.

—Pues me ha hecho daño, y mucho —espeta dolida.

—Lo sé, te he visto —afirmo convencido más que nunca de que su plan ha sido una auténtica mierda.

—Y ¿tú? ¿Por qué sabes todo esto? ¿Por qué me lo cuentas ahora? ¿Qué tienes que decirme? —se atropella para interrogarme duramente.

—Me lo contó porque yo era parte del plan —afirmo avergonzado. Ahora que lo expreso de viva voz me parece macabro.

—¿Túúú? —Se muestra desafiante —. ¿Qué tienes que ver tú en nuestra pareja?

—Max sabe que estoy locamente enamorado de ti, y eso le sirvió para convencerme —admito sintiéndome un pelele en su plan, básicamente he sido el tonto útil de toda esta historia.

—¿Y? —quiere saber y se lo voy a contar.

—Quería que tú te enamoraras de mí para no dejarte sola, para que yo te cuidara y te quisiera. Básicamente yo era su remplazo —resumo y me parece surrealista lo que acabo de decir.

—¿Os habéis parado a pensar que no soy imbécil? ¿Qué el amor se siente o no se siente? ¿Qué no se puede obligar a nadie a que te quiera como tú no puedes querer a alguien por obligación? De verdad que insultáis mi inteligencia. Sois unos cretinos —espeta y no le falta razón —. Esperaba que fuerais más inteligente y menos egocéntricos, me da igual uno que el otro. De verdad que me habéis

decepcionado. —Martina se levanta y se va dejándome como un imbécil sentado en un banco de un parque que hasta ahora me parecía romántico, pero que se ha tornado un sitio frío.

Capítulo 42. Martina

No doy crédito a lo que acabo de escuchar. Parece todo una película mala, malísima. Y lo peor de todo es que no sé en qué estaban pensando estos dos para hacerme creer semejante farsa. La carta que me dejó Max era bastante ambigua y sé que no era por terceras personas, eso lo tenía claro pero este plan es absurdo. Si está tan enfermo, yo lo hubiera cuidado hasta su último aliento, así nos lo prometimos y yo estaba dispuesta a cumplirlo hasta el final. Su forma de actuar no me la esperaba, ¿desde cuándo se ha vuelto tan inseguro o tan cobarde? No sé muy bien sus motivos para actuar así, que no me quiere ver sufrir lo admito, sin embargo, la decepción, la rabia y la desconfianza que me ha hecho sentir también duelen, y mucho.

No suelo actuar de forma impetuosa ni cegada por el sentimiento que en cualquier momento me invada pero en este caso en particular no puedo evitarlo y lo llamo por teléfono. Sin respuesta, no quiere dar la cara. Parece que proseguirá con su plan hasta sus últimos días. De verdad que no me merezco esto. Tampoco sé si es conocedor de la espantada de Telmo, porque está claro que todas sus maquinaciones han quedado al descubierto, lo cierto es que creo

que me da igual. Ahora mismo no quiero ni verlos en pintura. Nunca pensé que dos de las personas a las que más quiero en el mundo hayan podido traicionarme de esta manera. Hubiera puesto la mano en el fuego por ellos.

Con todo lo que pasa por mi cabeza y mi corazón decido volver a casa, es mi refugio aunque me recuerde a él. Veo algún enser que todavía no han recogido de la fiesta. Ahora lo entiendo todo, la fiesta fue la despedida. Quiso celebrarlo para que nos lleváramos un bonito recuerdo de él, el gesto le honra, sin embargo, todo se ha visto empañado por lo que ha venido después. Telmo me ha comentado el nombre de la enfermedad, pero se me ha olvidado, tal vez si conociera su problemática podría entenderlo. Estoy tan confundida que de buena gana desaparecería del mapa por unas semanas, aunque me temo que tampoco serviría de mucho. La historia mal acabada seguiría ahí a mi regreso.

Debo relativizar todo, seguir con mi vida. Me ha dejado mi marido, lo admito, no es una ruptura habitual, es por una enfermedad grave. No quiere que lo acompañe ni que esté en su vida, cuanto antes lo interiorice y lo asuma será mucho mejor; sin embargo cuesta y duele a partes iguales. No dejo de pensar por qué ha hecho esto, ¿tan mal está? ¿Su estado es tan frágil como para no querer que lo vea nunca más? Me falta tanta información que creo que mi cabeza va a estallar. Decido tomarme un tranquilizante y meterme en la cama. Esto va a costar, pero lo lograré.

Capítulo 43. Max

Telmo me ha llamado para contarme que ha confesado toda la verdad a Martina y como era de esperar, ella no se lo ha tomado demasiado bien. Se ha sentido traicionada, y no la culpo. Al final todos nos hemos traicionado, nosotros a ella, Telmo a mí… ha sido una cadena de acontecimientos que no estaban previstos. El resumen de este desastre es que estamos todos jodidos y solos. Yo, sin Martina y Telmo también y ella sola, ha salido todo al revés de lo planeado. La única certeza es que mi enfermedad avanza imparable y que seguiré hasta el final sin ellos. No espero que me acompañen, fue mi decisión y he de acatarla.

He sufrido un deterioro considerable, apenas puedo andar y hacer desplazamientos cortos me cuesta la vida, nunca mejor dicho. He venido a Portugal, he alquilado una casita en Ferragudo y he contratado a Rosa, una mujer viuda portuguesa que me ayuda en el día a día. He sido sincero con ella, y le he dicho que hasta que dure estará conmigo. Ella ha accedido. Se encarga de prepararme la comida, de tener la casa ordenada y de sacarme a pasear. Me veo como un anciano de noventa años en silla de ruedas, con la diferencia que tengo muchos menos. Me he rendido, al principio

estaba convencido de que con buena actitud podríamos, incluyo a Martina en esto; vencer la enfermedad, sin embargo, los médicos de Estados Unidos fueron muy claros. En este caso para lo único que sirve la actitud es para no desarrollar un episodio de depresión. Por el momento lo llevo bien, el que me dé el sol en la cara, sentir la brisa en mis mejillas es un regalo. Disfruto de mis días leyendo, observando el día a día de este pueblo pesquero, no es mucho, pero me siento en paz a pesar del nudo que se me forma en el pecho al pensar en Martina. He llorado tanto por ella que es inevitable que me sienta como un auténtico imbécil por cómo la traté. Ahora sé que no se lo merecía.

Rosa me agarra y me ayuda a caminar por el paseo cercano a la playa, voy muy lento y mis piernas se han retorcido como viejas raíces, arrastro los pies y logro dar pocos pasos para caer exhausto en la silla de ruedas. Al menos muevo algo el cuerpo y eso que Rosa me obliga a hacer ejercicios en casa, pero es como si estuviera oxidado. No me reconozco en mi propio cuerpo. Esto es como si la vida castigara por cómo de mal he hecho las cosas, no creo que todo esté escrito y que sea una venganza del destino, pero a veces me vienen estos pensamientos a la cabeza y aunque no les tengo muy en cuenta, son recurrentes.

A partir de este momento mi vida será así. En el trabajo ya les comuniqué lo que me pasaba y estoy de baja, pero es cuestión de tiempo que me despidan. Honestamente, me da igual. De mi familia no sé nada desde la fiesta. Esto lo único que hace es confirmarme que Martina no ha dicho nada y que se está comiendo sola este marrón. Lo mismo ocurre con los amigos a excepción de Telmo. Prefiero que sigan pensando que no hablamos por exceso de trabajo. Con Telmo he hablado en pocas ocasiones, la última cuando me comunicó que le había contado la verdad a Martina, nuestras

conversaciones se han vuelto bastante desagradables ya que ambos tenemos diferentes formas de ver las cosas. Nunca pensé que llegáramos a este punto y es que nunca antes habíamos tenido ningún problema. Confieso que le tengo un poco de envidia porque está acompañando a Martina, pero vista su falta de lealtad, es posible que ya ni eso. Martina habrá dado carpetazo al asunto y no querrá saber jamás nada de nosotros, es comprensible.

Capítulo 44. Martina

—Hola Telmo, ¿podemos vernos y hablar? —espeto nada más descolgar el teléfono.

—Hola Martina, sí claro, cuando quieras —contesta de forma atropellada.

—De acuerdo, esta tarde a partir de las siete en mi casa ¿podrás? —sentencio, firme.

—Sí claro, sin problema —acepta rápidamente —. Creo que tengo que estar con mis hijos, pero me apañaré o me los llevo.

Llevo horas enjaulada en casa y se me está haciendo eterna la espera, son las siete menos diez y no hay señales de Telmo. Suele ser puntual, pero parece que esta vez no va a ser así. Llaman al timbre, rauda voy a abrirle. No sé cómo reaccionaré cuando lo vea, tengo tantas emociones en mi pecho que desconozco el cariz que tomará todo esto.

—Hola Martina —saluda y noto que algo se mueve detrás.

—Hola Telmo —respondo y efectivamente compruebo que tras él están sus dos hijos: Raúl y Guillermo.

—Lo siento, me tocaba estar con ellos y Sara no me ha querido hacer el favor —se disculpa.

—Sin problema, hola chicos ¿cómo estáis? —Me agacho para ponerme a su altura y saludar. Los niños se abalanzan sobre mí y me dan besos. Son un amor.

Dejo a los niños que investiguen un poco por casa, les preparo unos sándwiches y les pongo dibujos en la tele para que estén entretenidos. Telmo y yo nos quedamos en la cocina. Necesito que estemos solos para lo que tengo que proponerle.

—Voy a ir al grano Telmo —comienzo, directa. Esta no es una visita de amistad, ya no. Estoy tan decepcionada que ahora que lo tengo delante le diría todo lo que me ha dolido, pero creo que es fácil interpretar mi cara y mi tono de voz.

—Me parece bien, adelante —me alienta.

—Quiero que me digas dónde está Max —espeto de forma segura. Es la primera vez que digo su nombre en alto desde hace mucho tiempo.

—Eh, no sé Martina, eh —titubea —. No mantengo con él mucha relación, la verdad es que desde que le conté que sabías todo, nuestra comunicación se cortó —admito.

—¿Max sabe que me has dicho la verdad? —pregunto curiosa.

—Sí claro, no quería seguir con este plan absurdo —admite sereno.

—Entiendo —digo cavilando —. No sé lo tomó muy bien ¿eh? —inquiero. Y es que al principio no, pero ahora quiero saber más detalles. Es posible que sea masoca, pero necesito información.

—No, la verdad. Me da igual también te digo. No me importa lo que piense, he hecho lo que tenía que hacer. Su estrategia era una locura —se explica y creo que es la primera vez que le dejo hablar tanto.

—Sin embargo, te prestaste a ello —ataco.

—Sí, al principio, ya que era la única forma que veía de acercarme

más a ti —admite levantando los hombros en señal de rendición.

—Cada uno teníais un objetivo —maquino —. Él, abandonarme y tú acercarte.

—No exactamente, no seas injusta Martina. Max quería que estuvieras atendida y cuidada y yo quería hacerlo. Nunca pensó que te haría tanto daño.

—Ya —corto y me recompongo, no estoy aquí para escuchar excusas —. Quiero ver a Max y tú vas a llevarme —ordeno.

—¿Qué? —pregunta, incrédulo, parece que va a decir algo más, pero se calla.

—Lo que oyes, ¿dónde está Max? —pregunto algo descolocada.

—Creo que, en Portugal, pero no lo tengo claro —admite.

—Me cuadra, siempre dijo que le gustaría pasar su jubilación y sus últimos días allí —pienso en voz alta.

—No es seguro, tendría que llamar y preguntar —añade algo confundido.

—No lo hagas, sé dónde estará. ¿Cuándo vamos? —pregunto con ansia.

—No sé Martina, el fin de semana ¿no? —contesta algo acobardado.

—Mañana, tú verás cómo lo haces, pero mañana por la mañana salimos temprano de aquí —impongo. No voy a aceptar una negativa —. Me lo debes —añado para que quede clara mi postura.

—Como tú quieras, sé que no tengo escapatoria y que insistirás hasta conseguirlo —musita muy bajo.

Al final me he salido con la mía y estoy más tranquila, quiero ver a Max por última vez. No tengo intención de hablar con él. Solo verlo, será algo así como mi despedida, necesito cerrar ese círculo de alguna manera. un broche, un adiós, un hasta siempre para proseguir con mi vida.

El resto de la tarde la paso con Telmo y sus hijos. No es que me haga especial ilusión, pero los niños no tienen la culpa de nada. He estado jugando con ellos y estaban encantados, está claro que necesitan a una mamá y por lo que parece Sara no les hace mucho caso, lo he notado, además ellos me lo han confirmado con sus comentarios. Una verdadera pena porque son riquísimos.

Capítulo 45. Telmo

Tal y como me dijo Martina estoy a primera hora de la mañana en su casa. Ella sale parapetada con unas enormes gafas de sol, una bolsa de viaje y ropa cómoda. Yo no llevo nada más que lo puesto, no sé por qué había pensado que sería un viaje de ida y vuelta. Me apañaré como sea.

—Buenos días —saluda entrando en mi coche. Huele fenomenal.

—Buenos días Martina, ¿qué tal? —contesto.

—Mala noche, la verdad, pero se pasará —espeta y por el tono sé que por el momento la conversación no va a ser fluida. Esperaré hasta que ella quiera hablar.

Los primeros kilómetros los dedico a conducir de forma tranquila, la radio suena con un volumen bajo pero suficiente para escuchar. Martina mira por la ventana, consulta algo en su móvil, habla con Elisa en algunos momentos y poco más. Le he dicho que necesito estirar las piernas y tomar un café, el sol de frente y el calor que hace me provocan somnolencia. Ella accede así que aquí estamos en una estación de servicio, ella ha aprovechado para ir al baño mientras yo revuelvo mi café pensando en que este es el primer viaje que hago con la persona de la que estoy enamorado y no

puedo sentirme más extraño.

Martina aparece ya sin las gafas de sol, tiene los ojos algo hinchados, es posible que haya estado llorando mucho tiempo tal y como ha comentado. Lo siento de verdad, pero sin que me deje entrar en su vida es complicado consolarla. También toma un café y en cuanto salgo del baño seguimos nuestro camino. Parece que este parón la ha hecho activarse y está más habladora, lo agradezco porque si no el viaje sería un auténtico aburrimiento. Martina sabe de muchas cosas y me encanta escucharla, cambiamos de tema aleatoriamente y es maravilloso, de esta manera nunca se acaba la conversación.

Paramos a comer a mitad de camino para llegar a Ferragudo a media tarde, a eso de las cinco y media. Ella está convencida de que Max está aquí, yo no tengo ni idea y tal y como ella me pidió no lo he llamado para confirmarlo. Está embalada, sabe dónde tiene que ir y sin demora nos vamos al paseo que está cercano a la playa, ahí vemos una silla de ruedas y una mujer que está sentada en el murete que separa la arena del paseo. Martina dirige su mirada al mismo lugar que yo. Me ha impactado la estampa, pero sin duda es Max, estamos cerca pero no lo suficiente como para que nos vea. La miro de reojo, está totalmente paralizada, me atrevo a agarrarle del brazo por miedo a que se caiga redonda al suelo. No habla, solo mira.

—¿Quieres acercarte? —pregunto y me arrepiento al momento.

No contesta, creo que no me ha oído, aprieto su brazo para llamar su atención. Parece una estatua.

—No —responde rotunda.

Dirijo mi vista hasta donde está Max, la mujer que lo acompaña frena la silla y ayuda a Max a levantarse. Verdaderamente no parece el mismo, se ha vuelto viejo en cuestión de días. Da pena ver cómo

se puede deteriorar un cuerpo. Ella quita los reposa pies y da las manos a Max para que se incorpore, su cara hace una mueca de dolor al tiempo que a Martina se le escapa un quejido ahogado. Está llorando, lo sé, aunque sus gafas le tapen los ojos. Unos cuantos pasos con mucha dificultad, se queda quieto dirige la mirada hasta donde estamos a la espera de que la mujer mayor que lo atiende lleve la silla de ruedas hasta donde está. Se deja caer de forma pesada, espera a que sus pies reposen en la pieza movible de la silla para continuar con su paseo. Francamente ha sido un hachazo de realidad lo que acabamos de presenciar. Max se está muriendo.

Capítulo 46. Max

Tengo una desazón que me ha vuelto muy irascible, lo reconozco y lo he pagado con la pobre Rosa. Me ha parecido ver a Martina con Telmo en la calle, ya no sé si es que me estoy volviendo loco o es esta maldita enfermedad la que me hace alucinar y ver cosas que no existen. El caso es que el paseo ha sido más corto de lo normal, no quería estar en la calle, quería volver a casa y acostarme. A Rosa no le ha gustado el cambio de plan, la entiendo ya que hacía una tarde para pasear hasta entrada la noche. Me ha dado mi cena, pero no tenía demasiada hambre, me ha puesto el termómetro y efectivamente tengo fiebre. Mi medicación y a la cama. Esto era lo que quería, estar en mi cuarto solo rememorando una y otra vez la presencia de Martina. Estaba más delgada, eso lo he percibido, pero poco más, siempre tan elegante y tan buena presencia. Al verla me ha dado un vuelco el corazón. También una punzada al verla con Telmo, era lo que quería ¿no? Pues no queda otra que aguantarse, ¿estarán juntos? Al final el plan no salió tan mal y si ellos están juntos el objetivo está cumplido. Tampoco he visto demasiado contacto entre ellos así que tengo dudas al respecto. Da igual, la verdad. Es cuestión de días que me vaya y no quiero preocuparme

más de lo necesario. Martina estaba preciosa, me quedo con eso. La vida sigue para ella y así tiene que ser. Fue un gran privilegio vivir tantos años a su lado, un regalo de la vida que jamás olvidaré. Se merece ser feliz y rehacer su vida, si es con Telmo, mejor que mejor. Mi amigo tampoco lo ha pasado bien con su antigua pareja, es merecedor de algo bonito y con Martina lo tendrá. Estoy seguro de ello.

Cierro los ojos, quiero dormir. Noche intranquila, me despierto muchas veces, doy vueltas en la cama. Estoy sudando. Llamo a Rosa que rápidamente me cambia la ropa y hace que sienta un frío increíble al contacto de las sábanas secas. Sigo con fiebre, me da otra pastilla y se queda a mi lado hasta que me quedo dormido. Quiero descansar y dormir para siempre y como si fuera un deseo gritado a los cuatro vientos así sucede.

Capítulo 47. Telmo

Martina al principio quiso hacer noche en Ferragudo, pero después se arrepintió y pidió que nos fuéramos. Creo que se quedó impactada al ver el deterioro de Max y no es para menos, realmente estaba mal. La vuelta será una paliza ya que llevo muchos kilómetros encima pero no queda otra, acepto y continúo.

A eso de la una de la mañana recibo una llamada, no sé quién es, es un número que no tengo registrado. Descuelgo mientras Martina se remueve incómoda en el asiento del copiloto, creo que estaba dormida.

—Dígame —contesto.

—*É você Telmo?* —escucho al otro lado.

—Sí, sí, dígame —respondo alterado.

—*Eu sou Rosa, Max morreu* —prosigue y no sé portugués, pero no hace falta. Max ha muerto.

—Oh —suelto resoplando —. ¿Qué necesita?

—*Nada, eu tenho as instruçoes* —responde y cuelga.

Me aparto en el arcén, salgo y grito. Martina sigue dentro del coche, no tengo la más remota idea de si ha escuchado algo o no. Lloro desconsolado viendo como otros coches me deslumbran con

sus luces, corre el viento y no sé muy bien qué hacer. A continuación, Martina sale del coche también y me abraza llorando. Estamos así durante mucho tiempo, yo consolándola a ella y ella a mí. Max era el amor de su vida y si antes lo sabía ahora lo tengo más claro que nunca y para mí fue un amigo especial. Atrás queda el tremendo plan que ideó con el único propósito de hacernos la vida más feliz.

Capítulo 48. Martina

Nunca pensé en cómo me sentiría cuando Max muriera, era algo que jamás me había planteado. Noto tal tristeza dentro de mí y tanta desolación que no me importa nada. Abrazo a Telmo con fuerza, no quiero que deje de hacerlo quiero que esté así mucho tiempo, es mi única ancla, la única persona a la que puedo aferrarme. Tengo la sensación de que si me separo de él estaré sola para siempre. Evidentemente no es cierto, tengo a muchos seres queridos cerca, pero en estos momentos lo único que me consuela son sus brazos. Me acaricia la espalda despacio, a veces me habla, pero entre el viento, los coches que pasan y que no me separo de él apenas puedo escuchar. No quiero, da igual lo que me diga, nada me consuela. El gran amor de mi vida se ha ido. No me imaginé que esto sucedería. Me separo un poco de Telmo y él me mira con ojos vidriosos:

—Martina, podemos tener un accidente aquí, deberíamos irnos —dice en un tono cariñoso.

—Ya —confirmo bajando la mirada. Me queman sus ojos.

Deshace el abrazo sin dejar de agarrarme por la cintura y nos encamina hacia el coche otra vez. Dos portazos casi simultáneos nos

separan del ruido del viento y de otros coches.

—¿Quieres volver? —pregunta sin mirarme.

—No —niego con lágrimas en los ojos —. Él nunca quería verme triste —confirmo con una leve sonrisa, de repente han venido miles de recuerdos a mi cabeza. Conversaciones que teníamos acerca de un posible final, tantas cosas que eran premonitorias pero que nunca pensé que viviría.

—De acuerdo —añade poniéndonos en marcha.

El camino se hace largo, Telmo no habla si yo no lo hago y lo cierto es que lo agradezco. No me agobia, deja que yo diga lo que tenga que decir, de vez en cuando acerca su mano a la mía, me acaricia levemente para después volver al volante. Creo que le da cierto reparo el tocarme, es como que tiene ese impulso de acercarse a mí y después lo reprime.

En cuanto llegamos a casa Telmo me pide quedarse. No quiere dejarme sola y lo cierto es que no tengo fuerzas para decirle que se vaya. Me acurruco contra él en el sofá y me quedo dormida en su regazo. De vez en cuando me muevo y me encuentro algo descolocada, pero oigo su voz suave musitando algo y vuelvo a quedarme dormida.

A la mañana siguiente me encuentro tapada en el sofá, abro los ojos y me vienen fogonazos de imágenes a mi cabeza, al igual que las luces de los coches que pasaban a nuestro lado la madrugada de ayer. Max en la silla de ruedas, la llamada de Rosa, el camino de vuelta, momentos de mi vida vividos con mi marido, Telmo acompañándome… no puedo evitarlo y vuelvo a llorar.

—Buenos días Martina, ¿has descansado algo? —escucho cerca de mí. No localizo a Telmo por ninguna parte.

—No lo sé, supongo que algo sí —contesto levantándome, entumecida.

—Deberías comer algo y pegarte una ducha, en el orden que quieras —me ordena de forma cariñosa. Se ha sentado cerca de mis pies, los acaricia por encima de la manta.

—No sé. ¿Qué día es hoy? —pregunto.

—Es lunes, me he tomado la libertad de llamar a Elisa, le he dicho que no irás a trabajar. No ha preguntado nada. Supongo que querrás comunicarle tú la noticia —apunta diligente.

—Sí, después la llamaré —digo distraída —, necesito una ducha. Solo dime que estarás aquí cuando vuelva —imploro desesperada, de repente todo me parece demasiado grande.

—No te quepa la menor duda, aquí estaré.

Me levanto como puedo y me dirijo a mi habitación, llevo tiempo durmiendo sola en ella, pero todavía noto la presencia de Max. Casi sin pararme a mirar entro en el baño, el agua me despeja y me reconforta. Me pongo cómoda y vuelvo al salón. Tal y como he pedido Telmo sigue ahí. Me siento en el sofá y me acurruco contra él. Él pasa su brazo por encima de mí y me acaricia el lateral de mi cuerpo. Cierro los ojos y descanso.

Capítulo 49. Telmo

Llevo días haciendo la misma rutina, del trabajo a casa de Martina y viceversa. Podría decirse que vivo allí, quiero acompañarla, estar con ella y echarle una mano en lo que precise. Lo cierto es que desde que murió Max he estado prácticamente a su lado todo el tiempo y confieso que me gusta. No es la mejor de las situaciones pero ella es encantadora y me hace sentir pleno. Experimento cierto recelo en mostrarle mi cariño, es como si tuviera que guardar el luto de mi amigo, sin embargo, a veces me pueden las ganas y alargo un poco más de la cuenta los abrazos. Entiendo de sobra que ella no esté para nada en estos momentos y que esté centrada en no sufrir demasiado, no tiene espacio para el amor. Max dejó todo bien atado y ella no ha tenido que hacer prácticamente nada, testamento, últimas voluntades, todo a su nombre… Los trámites más básicos los tenía calculados y bien hechos. Max pidió que lo incineraran, pero poco más sabemos, supongo que también habrá instrucciones para saber dónde hemos de colocar sus restos en el caso de que quiera que lo hagamos nosotros. Apenas pregunto por nada, solamente sé lo que Martina quiere contarme, entiendo que es algo muy personal para ella y que no quiera compartirlo con nadie es lógico.

Hoy he venido con mis hijos a su casa, me tocaba visita y aunque no doy explicaciones a Sara procuro no hacer nada que la enfade, después monta la escena delante de ellos y no quiero que lo padezcan. Parece que es lo que busca, y siendo sincero no quiero darle ese gusto. Martina se desvive por ellos, les pone la tele, les hace la merienda y entre los dos nos repartimos con ellos las tareas. Creo que el cambiar un poco de rutina le viene bien. Obviamente le pedí permiso antes para llevarlos conmigo, no haría nada que le incomodara. Ni a mis hijos ni a Martina.

—Mira papá, somos como una familia, tú haciendo los deberes conmigo y Martina con Raúl —dijo el pequeño Guillermo.

—Sí, ¿verdad? —inquiero mirando extrañado a Martina.

—¿Podría ser así siempre? —pregunta de nuevo Guillermo —. Mamá siempre nos grita cuando hace las tareas.

—No lo sé Guille, no lo sé —contesto levantando los hombros. Si él supiera que es lo que más deseo, pero no le puedo decir eso. Nunca jugaría con sus ilusiones.

—Martina, ¿quieres ser la novia de mi papá? —pregunta en este caso Raúl.

—¿Yo? —inquiere ella sorprendida. Lo cierto es que mi hijo me ha puesto en bandeja la pregunta que llevo días queriendo hacer.

—Claro, no hay nadie más aquí. Mis papás ya no son novios, entonces tenemos que buscarle una novia nueva y a mí me gustas y creo que a Guille también, ¿Guille a ti te gusta Martina como novia para papá? —vuelve a la carga Raúl.

—Pss —musita distraído —. Si no grita, está bien —sentencia mientras sigue con sus dibujos.

—No grita, así que sí —confirma Raúl.

No dejo de mirar a Martina con cara de pedir perdón, esto no estaba planeado y las ideas de mis hijos me han dejado en

evidencia. Creo que debo cortar esto si no quiero que Martina se moleste.

—Vale ya chicos, no agobiéis a Martina —intercedo para dar por zanjado el asunto.

—Estoy bien Telmo, no te preocupes. Los niños nada más muestran sus deseos y sus necesidades, está bien escucharlos —afirma y ahora soy yo el que no sé dónde meterme. ¿Qué ha querido decir con esto? Los tres se han compinchado para hacerme pasar un rato embarazoso. ¿Martina siente algo por mí? Asiento y no digo nada, no tengo palabras.

Capítulo 50. Martina

Hoy es la primera vez que voy a salir desde que Max murió, me he armado de fuerza y he invitado a comer a Telmo. Se está portando conmigo increíble. Ya ha pasado más de un mes desde que vinimos de Portugal y el recuerdo de mi marido no me abandona y él ha estado todo este tiempo a mi lado apoyándome, es un amor. Quiero agradecerle de alguna manera toda su dedicación, sé que ha dejado toda su vida por atenderme a mí y aunque a veces le riño y le digo que tiene que seguir con sus rutinas él se niega. Me acompaña todos los días un ratito, a veces cenamos en casa, otras tomamos algo rápido después de trabajar, y siempre, siempre me llama por la mañana. Está en constante contacto conmigo y lo agradezco.

He reservado mesa en un restaurante céntrico muy acogedor, muchas plantas como decoración, maderas claras, algún cuadro y mesas muy bien vestidas. Este lugar le hubiera encantado a Max, no lo he escogido por eso, simplemente quería venir aquí y he llamado a Telmo y ha accedido. Lo veo llegar arreglado pero informal, pantalones vaqueros, camisa y una cazadora de cuero que le da cierto aire de chico malo. Está muy guapo, esa es la verdad.

—Hola Martina —saluda dándome dos besos.

—Hola Telmo, ¿qué tal? —pregunto.

—Bien, bien, me costó un poco aparcar, pero todo controlado —contesta algo azorado.

—No pasa nada, tenemos tiempo. Hasta dentro de media hora no tenemos la reserva. Podemos tomar algo mientras —sugiero.

—Sí, de acuerdo. ¿Qué te apetece? —pregunta muy seguro de sí mismo.

—Un vino blanco —contesto decidida.

—Un vino blanco y una cerveza para mí por favor —pide al camarero de la barra que se ha acercado.

El ratito que estamos esperando hasta que se hace la hora de entrar a comer es muy ameno, ya ha pasado la temporada de silencios y de estar más introspectiva por mi parte. Ahora me noto con más fuerzas, con ganas de socializar y he de confesar que Telmo tiene conversación de toda clase, nunca me aburro con él y eso es maravilloso. La velada transcurre de forma fluida, hablamos de todo, reímos también, me cuenta sus inquietudes, yo las mías y he de reconocer que me he encontrado muy tranquila y a gusto.

—Tengo que ir a recoger a los niños después, si llego tarde Sara se pondrá como una fiera —afirma mirando su reloj.

—¿Cómo sigue todo eso? —pregunto prudente.

—Bueno, a días, ya sabes, temo cuál va a ser su siguiente paso. Es muy retorcida y en cualquier momento volverá a la carga —afirma rotundo.

—Nunca lo hubiera pensado de ella —comento distraída y es que me cuesta creer que tenga ese comportamiento.

—Nadie lo habría pensado, empezando por mí, pero se ve que tenía una doble cara que ninguno de nosotros conocíamos. Se dice que se conoce a las parejas en los divorcios, y así ha sido en mi caso. Ya conoces toda mi historia, me ha estado chantajeando hasta

que ha querido, ha malmetido a los niños en mi contra, con mis padres parecido… en fin, podría estar horas hablando de sus jugarretas y no acabar —comenta hastiado por la situación.

—Sí, sí, lo sé. —Estoy al tanto —. No te lo mereces —añado algo enfadada.

—Supongo que no, nunca me he portado mal con ella, pero se ve que no era suficiente. Yo he pasado página Martina, no estoy enamorado de ella. Fue importante en mi vida durante un tiempo, pero ya no. Respeto por mis hijos y hasta ahí —concluye seguro de sí mismo.

—Te veo muy seguro y muy firme en tus decisiones —digo con alegría, realmente me ilusiona que esté bien y centrado en sí mismo.

—Así es y gracias en parte a ti, me ayudaste mucho en su momento —afirma sonriendo.

—Es lo que hacen los amigos, Max también te ayudó —añado y su cara cambia de gesto.

—¡Por supuesto Martina, Max y también los demás, pero sobre todo tú! —apostilla.

—No quería ofenderte —me disculpo.

—No me ofendes Martina, de sobra sabes lo que siento por ti, estoy enamorado de ti, no es un secreto —espeta y me quedo callada. Lo sé porque me lo ha dicho en varias ocasiones, sin embargo, no sé cómo encajarlo.

—Ya, bueno, yo…—titubeo.

—No digas nada, está bien así y lo entiendo. Es demasiado pronto — zanja con una sonrisa en la cara —. He de ir a por los niños, ¿vienes? —me invita.

—De acuerdo —accedo y no sé muy bien por qué.

Capítulo 51. Telmo

Martina y yo llegamos 5 minutos pasados de la hora acordada para recoger a mis hijos. Ya tengo dos llamadas perdidas en mi móvil y otros tantos mensajes de *whatsapp.*

—Hola Sara, ¿los niños están listos? —pregunto nada más llamar al telefonillo del chalet que hasta hace poco tiempo compartía con ella.

—Llegas tarde. —Se oye al otro lado con una voz metálica. Resoplo y me armo de paciencia mientras Martina me mira y mueve las manos en señal de calma.

—Cinco minutos Sara, ¿los niños salen ya? —pregunto de nuevo. Antes de colgarme el telefonillo oigo un grito de mi ex mujer llamando a nuestros hijos. Si esto lo tienen que soportar a diario tiene que ser un auténtico infierno.

A los pocos minutos aparecen mis hijos con sus mochilas del colegio y otra bolsa de ropa. Este fin de semana lo pasaremos juntos. Tras ellos aparece mi ex con cara de pocos amigos, cara que muda a un estado de furia cuando ve a Martina a mi lado.

—¿Se puede saber qué hace esa aquí? —escupe como si fuera una serpiente.

—Esa se llama Martina y la conoces perfectamente, es amiga mía —espeto con más calma de la que me gustaría. Mis hijos han ido a abrazarla de forma cariñosa, hecho que creo que ha enfurecido más a Sara.

—¡Se de sobra quien es! A rey muerto, rey puesto —añade dándose la vuelta, hasta el último momento haciendo daño.

—No te equivoques Sara, somos amigos —refuto. No quiero que quede por encima.

—¡Ja! —grita.

—Sara, ¿podemos hablar un minuto? —interviene en ese momento Martina que ya se ha encargado de meter a los niños en el coche.

—¿De qué tenemos que hablar tú y yo, roba maridos? —pregunta girándose.

—Lo primero, yo no he robado el marido a nadie —responde con una serenidad pasmosa —. Lo segundo y como bien sabrás, yo soy una persona libre y Telmo también, y en el caso de que iniciáramos una relación creo que serías de las primeras personas en saberlo por el bien de tus hijos.

—¡No metas a mis hijos en esto! —ladra como si fuera un animal.

—Los meto porque sé que son una parte importantísima en la vida de Telmo, y son menores. Lo primero es su bienestar —apostilla y no le cambiaría ni una coma a su discurso.

—¡Qué sabrás tú de nada! Vas de digna y eres una interesada —insulta volviéndose cada vez más dañina.

—¡Basta ya Sara, por favor! —intervengo exasperado.

—Por supuesto que sí Sara, soy una interesada, te voy a dar la razón. Estoy interesada en Telmo y en tus hijos que me parecen unos niños extraordinarios, no los estropees —añade dando la puntilla final a Sara que está que echa humo —. Ya te he dicho lo

que te tenía que decir, así que, por el bien de todos, de ti la primera, de tus hijos los segundos y de la relación que mantengo con Telmo, vamos a llevarnos bien —concluye dándose la vuelta y dejando a Sara con un palmo de narices.

Ambos nos encaminamos hacia el coche, arranco y nos perdemos por las calles. Mis hijos juguetean y Martina no dice ni una palabra, y yo sinceramente no sé muy bien qué hacer. En cuanto llegamos a un parque cercano y mis hijos se alejan, pregunto.

—¿Por qué has dicho eso Martina? —pregunto cauto.

—Se lo merecía —afirma tajante —. No puede hacer o decir lo que le venga en gana y que no tenga consecuencias, hasta ahora le ha valido, pero conmigo no le va a valer. No voy a consentir que me insulte —añade y no le falta razón —. No sé si llegaremos a algo Telmo, pero estoy ya harta de su despotismo y la forma en la que os trata a ti y a tus hijos. Quería guerra, pues la va a tener si es lo que pretende —explica divertida.

—¿Tú y yo? ¿Vamos a intentarlo? —pregunto de nuevo.

—Sí Telmo, tú y yo vamos a intentarlo. Sabes que soy una persona que cumple su palabra, y siempre le prometí a Max que haría todo por estar bien —afirma y no quepo en mí de felicidad —. Ya sé que él había ideado un plan un tanto extraño para juntarnos a ti y a mí con el firme propósito de que yo fuera feliz, y él con una especie de sexto sentido, que siempre decía que yo tenía para conocer a las personas, te eligió a ti y creo que acertó —añade sonriendo.

—No quiero que te veas obligada a… —empiezo a decir y me corta.

—No Telmo, no estoy obligada a nada, no voy a hacer esto por Max, aunque él lo quiso así, lo hago por mí, porque en estos meses me has demostrado que eres una persona muy valiosa en mi vida, que me quiere y me cuida y por la que estoy empezando a sentir

cosas —explica.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunto porque necesito saber —. No quiero que sea un agradecimiento por tu parte, lo he hecho de forma desinteresada —aclaro. No quiero limosnas.

—Entiendo tu postura Telmo, puedes estar seguro de mis sentimientos, no es un pago por tus atenciones, simplemente siento que quiero estar contigo, me haces bien y me aportas muchas cosas —concluye.

—De acuerdo Martina, ahora mismo no sé ni qué decir —admito cortado —, llevo tanto tiempo esperando esta respuesta que ahora que la tengo me quedo paralizado.

—No digas nada y bésame —me ordena con un gesto cariñoso.

No pierdo la oportunidad y cogiendo a Martina por la cintura la traigo hacia mí y la beso en medio del parque mientras mis hijos juegan. Oigo de repente un grito de mi hijo.

—¡Mira Guille, Martina y papá ya son novios! —dice riendo Raúl.

Nuestro beso cesa y nos echamos a reír. Dados de la mano vamos hasta donde están los niños y nos abrazamos los cuatro. Al final mi amigo maquinó el mejor de los planes y a parte de hacer feliz a Martina, nos ha hecho felices a mis hijos y a mí.

Epílogo

Un año después estamos en Ferragudo, hemos quedado con Rosa. Ella nos da la urna con las cenizas de Max, la mujer no puede evitar emocionarse, se ve que hizo buenas migas con él, lo cierto es que era fácil llevarse bien con Max. Ella se presta a quedarse con Raúl y Guillermo mientras Telmo y yo vamos en una pequeña barquita al mar. Max quería descansar aquí así que tiraremos sus cenizas en medio del océano. Ha sido una ceremonia muy íntima, nada más el barquero, Telmo y yo. No hemos derramado ni una lágrima, era su última voluntad y la cumpliremos hasta el final. Max nos dejó una carta para cada uno, se ve que su plan estaba mejor orquestado de lo que nos pareció al principio y en ellas nos expuso sus motivos y sus razones para querer hacerlo de esta manera. Telmo me ha dejado leer la suya y yo le he leído la mía, hubo una coincidencia en ambas y fue el último párrafo:

> Ya sé que en temas del corazón nadie puede mandar, se siente o no se siente, se quiere o no se quiere. Pero no habría cosa que me hiciera más feliz que acabarais juntos. Sé que seréis una pareja excepcional, que se querrá y se respetará hasta el final. No te lo voy a pedir como un favor, porque

como ya he dicho, el corazón tiene sus propios tiempos, motivos y razones para querer. No olvides nunca sonreír y que te quiero.

Max.

Pues no fue porque él nos lo dijo, simplemente surgió y un año después Telmo y yo estamos juntos. Los niños se han hecho a mí perfectamente, los hijos que nunca tuve me llegaron por partida doble y estoy encantada de la vida. Telmo me cuida, me quiere y me ama y el amor que dijo que me tenía me lo ha demostrado con creces en este último año que no ha sido nada fácil para mí, por su pérdida y también por las trabas que está poniendo Sara a nuestra relación, pero así y todo me siento plena y feliz. Al final Max se salió con la suya y su obstinación nos llevó hasta donde estamos ahora. No me arrepiento, sí de no haberme despedido de Max como debería, pero después de arrojar sus cenizas al mar estoy mucho más tranquila porque he cumplido su último deseo.

FIN

Si te ha gustado

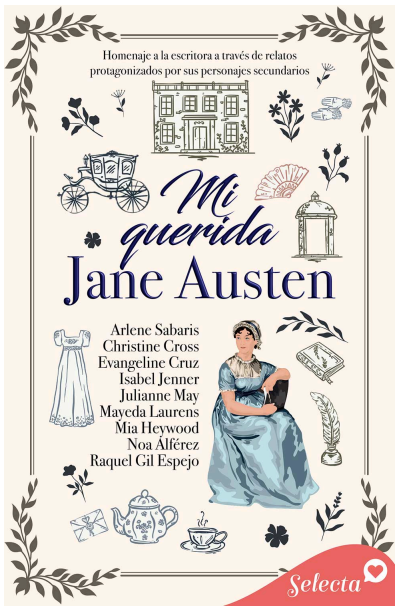
Objetivo: tu felicidad

puedes disfrutar de estas






La impostora
ANA M. LUJÁN
PAULA SERRANO
Selecta


Homenaje a la escritora a través de relatos protagonizados por sus personajes secundarios
Mi querida Jane Austen
Arlene Sabaris
Christine Cross
Evangeline Cruz
Isabel Jenner
Julianne May
Mayeda Laurens
Mia Heywood
Noa Álférez
Raquel Gil Espejo
Selecta


MIA HEYWOOD
La rosa roja del jardín
Las huérfanas de Hopeless Park 3
Selecta


Elizabeth Bowman
Raquel Gil Espejo
Julianne May · Encarna Magín
S. F. Tale · Laimie Scott
Emma Maldonado· F. Jenner
Natalia Sánchez Diana
Marian Arpa · Livia Nohi
Una vez en diciembre
Selecta


Nuestra última Navidad
MARÍA HEREDIA
Selecta


SANDRA BREE
La última danza
Las huérfanas de Hopeless Park 2
Selecta

El amor traspasa hasta la muerte



Max y Martina llevan juntos desde que se conocieron. Lo suyo fue un flechazo, amor a primera vista y casi como si se tratara de una película se casaron a los seis meses. Años después siguen siendo la envidia de muchos de sus amigos, son una pareja compenetrada que se quiere y se respeta. Que deja al otro su parcela individual y que disfruta de los momentos juntos. Comparten vida, ilusiones y un proyecto vital conjunto.

Toda su felicidad se ve truncada cuando a Max le diagnostican una enfermedad. Telmo entra en escena mucho antes del diagnóstico ya que es amigo de la pareja, Martina se toma como un reto personal el ayudarlo cuando su matrimonio hace aguas. **Este hecho hace que**

Telmo se enamore perdidamente de la mujer de su mejor amigo.

El amor lo puede todo y la perseverancia de Telmo y la visión de futuro de Max hacen que se consiga **el objetivo inicial: que Martina sea feliz**.

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.

Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que lee compulsivamente.

De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.



Edición en formato digital: enero de 2026

© 2026, Vega Fountain
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: kitzcorner

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-84-2

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Objetivo. tu felicidad
Capítulo 1. Martina
Capítulo 2. Max
Capítulo 3. Martina
Capítulo 4. Max
Capítulo 5. Martina
Capítulo 6. Max
Capítulo 7. Martina
Capítulo 8. Max
Capítulo 9. Martina
Capítulo 10. Max
Capítulo 11. Martina
Capítulo 12. Max
Capítulo 13. Martina
Capítulo 14. Max
Capítulo 15. Martina
Capítulo 16. Max
Capítulo 17. Martina
Capítulo 18. Max

Capítulo 19. Martina
Capítulo 20. Telmo
Capítulo 21. Martina
Capítulo 22. Telmo
Capítulo 23. Max
Capítulo 24. Telmo
Capítulo 25. Martina
Capítulo 26. Max
Capítulo 27. Martina
Capítulo 28. Max
Capítulo 29. Telmo
Capítulo 30. Max
Capítulo 31. Martina
Capítulo 32. Max
Capítulo 33. Telmo
Capítulo 34. Max
Capítulo 35. Telmo
Capítulo 36. Max
Capítulo 37. Martina
Capítulo 38. Telmo
Capítulo 39. Martina
Capítulo 40. Max
Capítulo 41. Telmo
Capítulo 42. Martina
Capítulo 43. Max
Capítulo 44. Martina
Capítulo 45. Telmo

Capítulo 46. Max
Capítulo 47. Telmo
Capítulo 48. Martina
Capítulo 49. Telmo
Capítulo 50. Martina
Capítulo 51. Telmo
Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Vega Fountain
Créditos